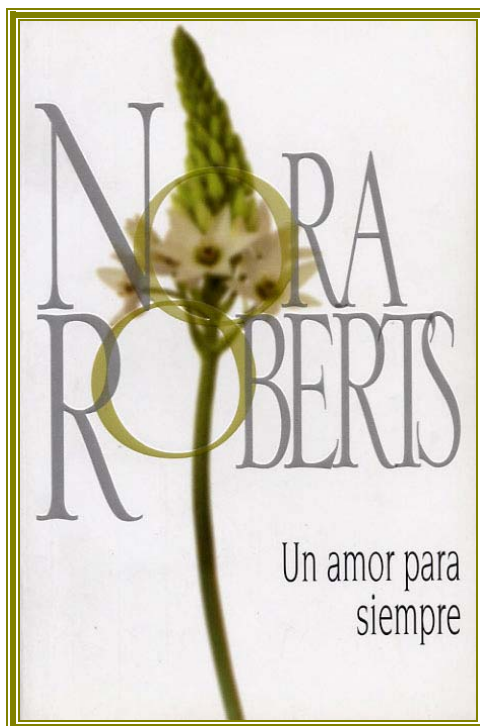


Un amor para siempre

Nora Roberts

1º Chef



Un amor para siempre (2004)

Título Original: Summer desserts

Serie: 1º Chef

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Nora Roberts inédita 13

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Blake Cocharan y Summer Lyndon

Argumento:

Summer Lyndon, una chef de fama mundial especializada en repostería, se hallaba en la cima de su carrera cuando recibió del magnate hotelero Blake Cocharan una succulenta oferta de trabajo para reformar el restaurante de un lujoso hotel de Filadelfia. No había razón para que Summer aceptara a un cliente tan presuntuoso y arrogante como Blake. Pero Blake suponía también un desafío. Y Summer nunca daba la espalda a un desafío. Sin embargo, a medida que iba congeniando con su irresistible jefe, Summer veía puesta a prueba de manera definitiva su legendaria fuerza de voluntad.

Capítulo I

Se llamaba Summer. Su nombre evocaba flores de violentos colores, tormentas repentinas y noches largas y agitadas, imágenes de prados soleados y siestas a la sombra. Era un nombre que le sentaba bien.

Permanecía en pie, con las manos suspendidas en el aire, el cuerpo tenso y la mirada alerta, y en la sala no se oía ni un solo ruido. Nadie, absolutamente nadie, apartaba los ojos de ella. Tal vez se moviera lentamente y ni una sola persona quería correr el riesgo de perderse un gesto, un ademán suyo. Todas las miradas estaban fijas y reconcentradas en su esbelta y solitaria figura. Una melodía romántica de Chopin surcaba el aire. La luz oblicua refulgía en su pelo pulcramente atado, de un color castaño oscuro y cálido, con leves tonos dorados. Dos cuentas de esmeraldas centelleaban en sus orejas.

Su tez estaba un poco sonrosada, de modo que un leve tinte rosado acentuaba sus ya prominentes pómulos y la elegante estructura ósea que sólo la buena crianza puede producir. La emoción, la intensa concentración, agudizaban los trazos ambarinos que salpicaban sus ojos castaños. La misma emoción reconcentrada que le hacía fruncir sus labios suaves y moldeados.

Iba toda de blanco, sin adornos, pero atraía las miradas de manera tan irresistible como una radiante mariposa en vuelo. No hablaba y, sin embargo, todo el mundo en la sala se inclinaba hacia delante como si quisiera captar el más leve sonido.

La habitación era cálida; los olores, exóticos; la atmósfera, tensa.

Summer prestaba tan poca atención a cuantos la rodeaban que parecía estar sola. Había sólo una meta, un fin. La perfección. Ella nunca se conformaba con menos.

Con infinito cuidado colocó la angélica sobre el savarin para completar su creación. Las horas que había pasado preparando y horneando el enorme y complicado postre habían quedado en el olvido, al igual que el calor, las piernas cansadas y el dolor de brazos. El toque final, la presentación de una creación de Summer Lyndon, era de la mayor importancia. Sí, su sabor podía ser perfecto, su olor perfecto, incluso fundirse en la boca a la perfección. Pero, si su apariencia no era perfecta, nada de ello importaba.

Con la minuciosidad de una artista completando una obra de arte, Summer alzó el pincel para darle a las frutas y las almendras una leve y delicada capa de almíbar de albaricoque. Nadie dijo nada. Sin pedir ayuda, Summer comenzó a llenar el centro del savarin con la densa crema cuya receta guardaba celosamente.

Con las manos firmes y la cabeza erecta, Summer retrocedió para observar por última vez con mirada crítica su creación. Aquella era la última prueba, pues su ojo era más avezado que cualquier otro cuando se trataba de su propio trabajo. Cruzó los brazos. Su rostro no expresaba emoción alguna. En la enorme cocina, el ruido de un alfiler cayendo al suelo habría retumbado como un disparo.

Los labios de Summer se curvaron lentamente; sus ojos se iluminaron. Alzó un brazo e hizo un dramático ademán.

— Lléváoslo — ordenó.

Mientras dos asistentes se llevaban el reluciente manjar fuera de la habitación, estallaron los aplausos. Summer aceptó los elogios como debía. Sabía que había momentos para la modestia, y sabía también que aquél no era uno de ellos. Su savarin era, cuando menos, magnífico. El duque italiano quería magnificencia para la fiesta de compromiso de su hija, y para conseguirla había pagado. Summer se había limitado a cumplir.

—Mademoiselle —Foulfount, el francés cuya especialidad eran los mariscos, tomó a Summer por los hombros. Sus ojos estaban empañados por la admiración—. Incroyable —la besó con entusiasmo en ambas mejillas mientras sus gruesos y hábiles dedos apretaban la piel de Summer como si fuera una hogaza de pan recién salida del horno. Summer esbozó su primera sonrisa desde hacía horas.

—Mera —alguien había abierto una botella de vino para celebrar el acontecimiento. Summer tomó dos copas y le dio una al chef francés—. Hasta la próxima vez que trabajemos juntos, mon ami.

Apuró el vino de un trago, se quitó el gorro de chef y salió de la cocina como una exhalación. El savarin estaba siendo servido y admirado en el inmenso comedor de suelos de mármol, iluminado por candelabros. Antes de irse, Summer pensó que menos mal que no le tocaba a ella recoger todo aquel lío.

Dos horas después, se había quitado los zapatos y tenía los ojos cerrados. Una novela de misterio yacía abierta sobre su regazo mientras su avión cruzaba el Atlántico. Summer regresaba a casa. Había pasado casi tres días en Milán con el solo propósito de crear un único plato. No era la primera vez que lo hacía. Había preparado Charlotte Malakqff en Madrid, flambeado crepés Fourée en Atenas y moldeado ñejlottante en Estambul. A cambio de sus gastos y de unos honorarios asombrosos, Summer Lyndon creaba postres que pervivían en la memoria mucho después de que el último bocado, la última gota o la última migaja fueran consumidas.

Summer sonrió al tiempo que bostezaba. Se consideraba a sí misma una especialista, lo mismo que un hábil cirujano. En efecto, había estudiado en la universidad, hecho prácticas y trabajado como aprendiz tanto tiempo como muchos miembros respetados de la profesión médica. Cinco años después de aprobar las estrictas pruebas para convertirse en un chef cordón bleu en París, la ciudad del arte culinario, Summer tenía fama de ser tan temperamental como cualquier artista, de tener el cerebro de un ordenador cuando se trataba de memori—zar recetas y de poseer las manos de un ángel.

Medio dormida en su asiento de primera clase, Summer intentaba sofocar un repentino deseo de comer una porción de pizza de pepperoni. Sabía que el vuelo se le pasaría antes si leía o se lo pasaba durmiendo. Decidió hacer ambas cosas, echando primero una pequeña siesta. Ella apreciaba sus horas de sueño casi tanto como su receta de mousse de chocolate.

A su regreso a Filadelfia, su agenda estaría repleta. Estaba la tarta para el banquete benéfico del gobernador, la reunión anual de la Sociedad de Gourmets, la demostración que había aceptado hacer para la televisión pública... y aquella entrevista, recordó, soñolienta.

¿Qué le había dicho por teléfono aquella mujer con voz de pájaro?, se preguntó. Drake... no, Blake Cocharan. Blake Cocharan III, de la cadena de hoteles

Cocharan. Hoteles excelentes, pensó Summer sin mucho interés. Se había alojado en algunos en diversos rincones del mundo. El señor Cocharan III deseaba hacerle una proposición de negocios.

Summer suponía que quería que creara algún postre especial y exclusivo para su cadena de hoteles, algo que pudiera vincularse al nombre de los Cocharan. A ella no le disgustaba la idea... siempre y cuando las circunstancias fueran adecuadas. Y por los honorarios apropiados. Naturalmente, tendría que informarse minuciosamente acerca de los negocios de los Cocharan antes de comprometer su nombre y su talento. Si alguno de sus hoteles era de inferior calidad...

Dando un bostezo, Summer resolvió pensar en ello más adelante, cuando se hubiera reunido con el Tercero. Blake Cocharan III, pensó de nuevo con una sonrisa divertida y amodorrada. Gordo, calvo, probablemente dispéptico. Zapatos italianos, reloj suizo, camisas francesas, coche alemán... y, sin duda, se consideraría un americano de pura cepa. La imagen que había creado quedó suspendida en su mente un instante. Harta de ella, Summer bostezó de nuevo. Luego lanzó un suspiro cuando la visión de una pizza invadió de nuevo sus pensamientos. Reclinó el asiento un poco más y procuró dormirse.

Sentado en el mullido asiento trasero de la limusina gris metalizada, Blake Cocharan III repasaba meticulosamente el informe sobre el nuevo Cocharan House que estaba siendo construido en Saint Croix. Blake podía reunir una maraña de datos dispersos y ordenarlos en perfecto orden. El caos era simplemente una forma de orden que aguardaba a que la lógica lo desentrañara. Blake era una persona muy lógica. El punto A conducía invariablemente al punto B, y éste al C. Por más confuso que fuera el laberinto, con paciencia y lógica podía encontrarse el camino.

Debido a su talento para tales cosas, a sus treinta y cinco años Blake poseía casi por entero el control del imperio Cocharan. Había heredado su riqueza y, por consiguiente, raramente pensaba en ella. Su posición, sin embargo, se la había ganado, y estaba orgulloso de ello. La calidad era una tradición en la cadena Cocharan. Sólo lo mejor era aceptable para un Cocharan House, desde la ropa de cama al hormigón de los cimientos. Su dossier sobre Summer Lyndon decía que era la mejor.

Dejando a un lado el informe sobre Saint Croix, Blake sacó otra carpetilla del delgado maletín que tenía a sus pies. Un único anillo, un sello de oro grabado, relucía suavemente en su mano. Summer Lyndon, pensó, hojeando el dossier. Veintiocho años, licenciada en la Sorbona, chef cordón bleu titulada. Padre, Rothschild Lyndon, respetado miembro del parlamento británico. Madre, Monique Dubois Lyndon, antigua estrella del cine francés. Padres amistosamente divorciados desde hacía veintitrés años. Summer Lyndon había pasado sus años de aprendizaje entre Londres y París, antes de que su madre se casara con un magnate del hierro americano con sede en Filadelfia. Posteriormente había regresado a París para completar su educación y en la actualidad vivía a caballo entre París y Filadelfia. Entre tanto, su madre se había casado por tercera vez con un magnate paplero y su padre se había separado de su segunda esposa, una afamada abogada.

Cuántas pesquisas había hecho Blake habían dado el mismo resultado. Summer Lyndon era la mejor repostera a ambos lados del Adántico. Era además una

magnífica cocinera con olfato instintivo para las cosas de calidad, talento creativo y capacidad para improvisar en momentos de crisis. Por otro lado, tenía fama de ser autoritaria, temperamental y brutalmente sincera. Aquellas cualidades, sin embargo, no la habían privado de la amistad de jefes de estado, aristócratas o celebridades diversas.

Insistía en que Chopin sonara en la cocina mientras trabajaba, o se negaba en redondo a cocinar si la iluminación no era de su gusto, pero solamente su mousse bastaba para que cualquier hombre de fuerte carácter suplicara por cumplir sus más livianos deseos.

Blake no era hombre que suplicara por nada, pero quería a Summer Lyndon para Cocharan House. No dudaba de que podía persuadirla para que aceptara lo que tenía pensado.

Una mujer formidable, imaginaba con admiración. Él no tenía paciencia con los pusilánimes, sobre todo con las personas que trabajaban para él. Pocas mujeres habían alcanzado la posición y la fama de las que disfrutaba Summer Lyndon. Las mujeres cocinaban por obligación, pero los chefs eran por tradición hombres.

Se la imaginaba ancha de cintura de tanto probar los postres que confeccionaba. Manos fuertes, pensó vagamente. Seguramente tendría la piel un tanto fofa por pasar tantas horas de puertas para adentro, en las cocinas. Una mujer que no se andaba con tonterías, estaba seguro de ello, y con las ideas muy claras acerca de lo que es comestible y por qué. Organizada, lógica y educada. Tal vez un poco horterera, por preocuparse más de la comida que de las modas. Blake suponía que se entenderían muy bien. Echando un vistazo a su reloj, comprobó con satisfacción que llegaba justo a tiempo para la cita.

La limusina se detuvo majestuosamente junto a la acera.

—No tardaré más de una hora —le dijo Blake al conductor mientras salía.

—Sí, señor —el chófer miró su reloj. Cuando el señor Cocharan decía una hora, podía contarse con que así sería.

Blake alzó la mirada hacia el cuarto piso mientras se acercaba al antiguo y bien conservado edificio. Notó que las ventanas estaban abiertas. Por ellas entraba una cálida brisa primaveral y salía una melodía que Blake no podía identificar por encima del ruido del tráfico. Al entrar en el edificio, descubrió que el único ascensor estaba averiado. Subió a pie los cuatro pisos.

Tras llamar, le abrió la puerta una mujer menuda y con un rostro asombroso, vestida con una camiseta y unos ceñidos vaqueros negros. ¿La doncella, que se disponía a salir en su día libre?, se preguntó Blake vagamente. No parecía lo bastante fuerte como para restregar el suelo. Y, si se disponía a salir, iba a hacerlo sin los zapatos.

Después de lanzarle un vistazo breve y objetivo, la mirada de Blake se vio irresistiblemente atraída hacia el rostro de la joven. Era un rostro de facciones clásicas, desnudo y sensual. Sólo la boca podía poner en marcha la sangre de un hombre. Blake ignoró lo que le pareció una automática respuesta sexual.

—Blake Cocharan desea ver a la señorita Lyndon.

Summer alzó la ceja izquierda: un signo de sorpresa. Luego sus labios se curvaron ligeramente: un signo de placer. Gordo no era, observó. Era fibroso y atlético: paddle, tenis, natación. Saltaba a la vista que sentía más inclinación por el

deporte que por prolongar los almuerzos de negocios. Calvo tampoco era. Su pelo era negro, abundante y lustroso. Iba bien peinado, con leves ondas naturales que acrecentaban el atractivo de su rostro despreocupado y sensual. Pómulos marcados, mentón firme. A Summer le gustó la apariencia de los primeros, que sugerían fortaleza de ánimo, y del último, cuyo leve hoyuelo evidenciaba el encanto de su dueño. Las cejas negras eran casi rectas sobre los ojos claros y azules como el agua. Su boca era un poco alargada, pero bella. Su nariz era muy recta, de esas que a Summer siempre le habían parecido hechas para mirar con desdén. Tal vez no se hubiera equivocado respecto a su atuendo, los zapatos italianos y lo demás, pero, admitió Summer, respecto al hombre en sí mismo no había dado en el clavo.

Sólo tardó tres o cuatro segundos en formarse un juicio sobre él, y su boca se curvó aún más. Blake no podía apartar los ojos de ella. Era una boca que cualquier hombre, si estaba vivo, querría saborear.

—Pase, por favor, señor Cocharan —Summer retrocedió, abriendo un poco más la puerta—. Ha sido muy considerado al venir aquí. Por favor, tome asiento. Me temo que tengo algo en la cocina —sonrió, hizo un gesto y desapareció.

Blake abrió la boca y volvió a cerrarla. No estaba acostumbrado a que el servicio lo tratase de aquel modo. Pero tenía tiempo de sobra. Podía mostrarse tolerante. Mientras dejaba en el suelo su maletín, inspeccionó la habitación. Había lámparas de cuentas, un sofá curvado de mullido terciopelo azul, una mesa de cerezo ricamente labrada. Dos alfombras Aubusson, de suaves y descoloridos tonos azules y grises, estaban extendidas sobre el suelo. Un jarrón Ming. Pétalos secos en lo que sin duda era un cuenco de Dresde.

La habitación carecía de todo orden: era una mezcolanza de periodos y estilos europeos que no debían encajar, y, sin embargo, resultaba inmediatamente atractiva. Blake vio al otro lado de la habitación una mesa cubierta de papeles mecanografiados y notas escritas a mano. El ruido de la calle se colaba por la ventana. El estéreo difundía música de Chopin.

Mientras permanecía allí parado, observándolo todo, se convenció de pronto de que en el apartamento no había nadie, salvo él y la mujer que le había abierto la puerta. ¿Sería Summer Lyndon? Fascinado por la idea y por el aroma que se filtraba desde la cocina, Blake cruzó la estancia.

Sobre una rejilla había seis moldes de pasta en forma de caracola, levemente cubiertos de un líquido dorado. Una a una, Summer iba llenándolas hasta rebosar con lo que parecía ser una densa crema blanca. Al mirar su cara, Blake advirtió la expresión reconcentrada, intensa y seria que habría asociado con un neurocirujano. Ello podía haberle hecho gracia. Sin embargo, sin saber por qué, mientras la melodía de Chopin se derramaba a través de los altavoces de la cocina y aquellas manos delicadas y de finos dedos colocaban la crema en monton —citos, se sentía fascinado.

Ella hundió un tenedor en un cuenco y vertió sobre la crema unas gotas de lo que Blake supuso era caramelo caliente. El caramelo se deslizó suavemente por los lados y se solidificó. Blake dudaba que fuera humanamente posible no ansiar probar un solo bocado de aquel manjar. De nuevo, una a una, ella tomó las tartaletas y las colocó sobre una bandeja cubierta con un lienzo de blanco papel troquelado. Tras colocar la última, alzó la mirada hacia Blake.

—¿Le apetece un café? —sonrió, y la arruga que había entre sus cejas desapareció. La intensidad que parecía haber ensombrecido sus pupilas se suavizó.

Blake miró la bandeja y se preguntó cómo era posible que la cintura de Summer pudiera abarcarse con las dos manos.

—Sí, gracias.

—Está caliente —le dijo ella mientras alzaba la bandeja—. Sírvasse usted mismo. Tengo que llevar esto aquí al lado —pasó a su lado y, al llegar a la puerta de la cocina, se dio la vuelta—. Ah, hay galletas en ese frasco, si quiere. Enseguida vuelvo.

Se fue, llevándose los pasteles. Encogiéndose de hombros, Blake se giró hacia la cocina, que estaba manga por hombro. Summer Lyndon podía ser una gran cocinera, pero saltaba a la vista que no era muy ordenada. Aun así, a juzgar por el olor y el aspecto de aquellos pasteles...

Blake comenzó a revolver en los armarios en busca de una taza y un instante después cedió a la tentación. Allí de pie, con su traje de Saville Row, pasó el dedo por el borde del cuenco que había contenido la crema. Se lo llevó a la lengua. Dando un suspiro, cerró los ojos. Intenso, denso, muy francés.

El había comido en los restaurantes más selectos, en algunas de las casas más ricas, en docenas de países de todo el mundo. Con toda franqueza, no podía decir que hubiera probado nada mejor que lo que acababa de rebañar del cuenco en la cocina de aquella mujer. Summer Lyndon había elegido bien al decidir especializarse en postres y repostería, concluyó Blake, lamentando por un instante que ella se hubiera llevado las tartaletas. Esta vez, cuando reinició la búsqueda de la taza, divisó el frasco de cerámica de las galletas, que tenía forma de oso panda.

En circunstancias normales, no habría sentido interés alguno. No era especialmente goloso. Sin embargo, conservaba en la lengua el sabor de la crema. ¿Qué clase de galletas hacía una mujer capaz de crear los más refinados manjares de la alta cocina? Con una taza de porcelana inglesa en una mano, Blake quitó la tapa de la cabeza del panda. Dejándola a un lado, sacó una galleta y la miró maravillado.

Ningún estadounidense podía confundir aquel bocado en particular. ¿Un clásico?, pensó. ¿Una tradición? Una galleta Oreo. Blake continuó mirando la galletita de chocolate en forma de emparedado, con su doble ración de nata en el centro. Le dio la vuelta sobre su mano. La marca estaba claramente estampada a ambos lados. ¿Cómo iba a esperar semejante cosa de una mujer que cocinaba para la realeza?

Blake rompió a reír mientras dejaba de nuevo la galleta en el frasco. A lo largo de su carrera había tratado con numerosos excéntricos. Dirigir una cadena de hoteles no consistía únicamente en comprobar las entradas y salidas de clientes. Había diseñadores, artistas, arquitectos, decoradores, chefs, músicos, representantes sindicales... Blake se consideraba un buen conocedor de la naturaleza humana. No tardaría mucho tiempo en averiguar cuáles eran las debilidades de Summer Lyndon.

Ella volvió a entrar en la cocina mientras Blake acababa de servirse el café.

—Lamento haberlo hecho esperar, señor Cocharan. Sé que ha sido muy descortés por mi parte —sonrió como si no tuviera duda alguna de que la había perdonado, y se sirvió un café—. Tenía que acabar esos pasteles para mi vecina. Esta tarde da una pequeña fiesta de pedida de mano a la que van a asistir sus futuros

suegros —su sonrisa se hizo más amplia y, bebiendo un sorbo de café solo, tocó la cabeza del oso panda—. ¿Quería una galleta?

—No. Pero, adelante, cómasela usted.

Tomándole la palabra, Summer eligió una y le dio un mordisco.

—¿Sabe? —dijo, pensativa—, éstas son excelentes entre las de su clase —señaló con la media galleta que le quedaba—. ¿Nos sentamos a discutir su proposición?

Iba directa al grano, pensó Blake con agrado. Tal vez al menos no se hubiera equivocado al pensar que no se andaba con tonterías. Asintiendo con la cabeza, Blake la siguió. Él tenía éxito en su profesión no porque perteneciera a la tercera generación de los Cocharan, sino porque poseía una mente rápida y analítica. Los problemas había que resolverlos sistemáticamente. En ese momento, debía decidir cómo abordar a una mujer como Summer Lyndon.

Tenía un rostro que encajaba perfectamente a la sombra de un árbol del Bois de Boulogne. Muy francés, muy elegante. Su voz poseía el acento claro y preciso que evidenciaba su educación europea y sus orígenes: un retazo de Francia, pero con la disciplina propia de Gran Bretaña. Llevaba el pelo recogido hacia arriba, debido al calor y la humedad, pensó Blake, aunque tenía las ventanas abiertas, ignorando el aire acondicionado disponible. Sus pendientes eran cuentas de esmeralda, redondas y perfectas. La manga de su camiseta tenía un desgarrón de buen tamaño.

Sentándose en el sofá, ella dobló las piernas bajo su trasero. Llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa intenso, pero las de las manos eran cortas y sin esmaltar. Blake notaba el olor delicioso que emanaba de ella: un toque del caramelo de los pasteles, bajo el cual se adivinaba un perfume inconfundiblemente francés y sexual.

¿Cómo se abordaba a una mujer así?, pensó Blake. ¿Debía usar el encanto, los halagos o las cifras? Ella tenía fama de ser perfeccionista y a veces caprichosa. Se había negado a cocinar para un prominente personaje político porque él no quiso costear el traslado en avión de las herramientas de cocina de Summer a su país. Le había cobrado una pequeña fortuna a una celebridad de Hollywood por crear un extravagante pastel de bodas de veintisiete pisos. Y acababa de preparar a mano y de entregar personalmente una bandeja de pasteles a su vecina para el té. Blake prefería averiguar cuál era la clave de su personalidad antes de hacerle una oferta. Conocía las ventajas de tomar un rodeo. Sin embargo, también pudiera ser que estuviera perdiendo el tiempo.

—Conozco a su madre —comenzó a decir despreocupadamente mientras seguía evaluando a la mujer que tenía a su lado.

—¿De veras? —Blake advirtió sorna y afecto en su voz—. No debería sorprenderme —dijo ella, dándole de nuevo un mordisco a la galleta—. Mi madre siempre se hospedaba en un Cocharan House cuando viajábamos. Creo que cené una vez con su abuelo cuando tenía seis o siete años —la sorna no se disipó mientras daba un sorbo a su café—. El mundo es un pañuelo.

Un traje excelente, pensó Summer, recostándose contra el respaldo del sofá. Tan bien cortado y conservador que se habría ganado la aprobación de su padre. La figura a la que se amoldaba era tan atlética y fibrosa como para ganarse la de su madre. Tal vez fuera la combinación de las dos cosas lo que atraía su interés.

«Cielo santo, sí que es atractivo», pensó mientras escudriñaba de nuevo su cara. Ni muy blando, ni muy rudo, el poder le sentaba bien. Aquello era algo que ella reconocía al instante en sí misma y en los demás. Respetaba a quienes se esforzaban y se abrían paso por sí solos, tal y como seguramente había hecho Blake. Se respetaba a sí misma por idéntica razón. Atractivo, pensó de nuevo..., pero tenía la sensación de que un hombre como Blake tenía que serlo, con independencia de su apariencia física.

Su madre lo habría llamado séduisant, y con razón. Summer lo habría considerado peligroso. Una combinación difícil de resistir. Se removió, inquieta, tal vez para poner más distancia entre ellos. A fin de cuentas, los negocios eran los negocios.

—Entonces, estará usted familiarizada con los parámetros de calidad de nuestros hoteles —comenzó Blake. De pronto, deseaba que el olor de Summer no fuera tan atrayente ni su boca tan tentadora. No quería mezclar los negocios con el placer, por agradable que pudiera ser.

—Naturalmente —Summer dejó su café, pues beber—selo sólo parecía acrecentar el extraño hormigueo que sentía en el estómago—. Yo también me hospedo siempre en ellos.

—Me han dicho que sus parámetros de calidad son igualmente altos.

Summer sonrió con cierta arrogancia.

—Soy la mejor en mi oficio porque no tengo intención de cambiar en ese aspecto.

La primera clave, decidió Blake con satisfacción. Vanidad profesional.

—Eso me han dicho, señorita Lyndon. Y a mí sólo me interesa lo mejor de lo mejor.

—Entonces —dijo Summer, apoyando un codo sobre el respaldo del sofá y descansando la cabeza sobre la palma de la mano—, ¿para qué le intereso exactamente, señor Cocharan? —sabía que la pregunta estaba cargada de intención, pero no pudo resistirse. Cuando una constantemente se arriesgaba y hacía experimentos en su vida profesional, a menudo la costumbre se contagiaba a otros ámbitos de su vida.

Seis respuestas distintas cruzaron la mente de Blake, ninguna de ellas relacionada con el propósito que lo había llevado hasta allí. Dejó su café.

—Los restaurantes de los hoteles Cocharan son conocidos por su calidad y su servicio. Sin embargo, últimamente el de nuestro complejo de Filadelfia parece sufrir una falta de ambos. Francamente, señorita Lyndon, en mi opinión la comida se ha vuelto demasiado vulgar... demasiado aburrida. Pienso hacer ciertas remodelaciones, tanto del espacio físico como del personal.

—Una decisión muy sensata. Los restaurantes, al igual que la gente, a menudo se vuelven demasiado complacientes.

—Quiero el mejor jefe de cocina disponible —él le dirigió una mirada directa—. Según mis informes, es usted.

Summer alzó una ceja, pensativa.

—Eso es muy halagador, pero yo trabajo por libre, señor Cocharan. Y estoy especializada.

—Sí, en efecto, pero tiene experiencia y conocimientos en todas las áreas de la alta cocina. En cuanto a su modo de trabajar, sería usted libre de continuar trabajando por su cuenta en gran medida, al menos después de los primeros meses. Tendría que crear su propio equipo y elaborar la carta. A mí no me gusta contratar a un experto para luego interferir en su trabajo.

Ella volvió a fruncir el entrecejo, concentrada, pero no molesta. La oferta resultaba muy tentadora. Tal vez fuera por el cansancio que le había producido el viaje a Italia, pero empezaba a encontrarse un tanto hastiada de las constantes exigencias que le imponían sus viajes a cualquier país para crear un solo plato. Aquel hombre parecía haberla hallado en el momento oportuno para despertar sus ganas de concentrarse en un único lugar, en una única cocina, durante un largo periodo de tiempo.

Si era sincero respecto a la libertad de acción que le ofrecía, sería interesante rehacer la cocina y la carta de un hotel antiguo, afamado y respetado. Le costaría quizá seis meses de intenso esfuerzo, y luego... Era aquel «luego» lo que le hacía vacilar de nuevo. Si dedicaba tanto tiempo y esfuerzo a un trabajo a tiempo completo, ¿conservaría su talento para la extravagancia? Eso era algo que también debía tomar en cuenta.

Siempre se había negado rotundamente a comprometerse con un único establecimiento. El miedo al compromiso serpenteaba a través de todas las facetas de su vida. Si se vinculaba a algo, a alguien, se exponía a toda clase de complicaciones.

Además, razonó Summer, si quería asociarse a un único restaurante, podía abrir uno propio. No lo había hecho aún porque ello la ataría a un único lugar, la vincularía en exceso a un solo proyecto. Prefería viajar, confeccionar un plato soberbio cada vez, y luego marcharse. Otro país, otro plato. Ése era su estilo. ¿Por qué iba a alterarlo ahora?

—Una oferta muy halagadora, señor Cocharan...

—Y que nos favorecería a ambos —la interrumpió él, notando que se disponía a rechazarla. Con deliberada despreocupación, mencionó un salario anual de seis cifras que dejó a Summer momentáneamente sin habla, lo cual no era fácil.

—Y generosa —dijo ella cuando recuperó la voz.

—No se consigue lo mejor a menos que se esté dispuesto a pagar por ello. Quisiera que lo pensara usted, señorita Lyndon —buscó en su maletín y sacó un manojo de papeles—. Esto es el borrador del contrato. Tal vez quiera que le eche un vistazo su abogado. Naturalmente, los detalles pueden negociarse.

Ella no quería mirar el maldito contrato porque tenía la sensación, casi tangible, de que estaba siendo acorralada... con mucha suavidad.

—Señor Cocharan, agradezco su interés, pero...

—Cuando lo haya pensado, me gustaría que volviéramos a hablar de ello, tal vez cenando. Digamos, ¿el viernes?

Summer achicó los ojos. Aquel hombre era una apisonadora, pensó. Una apisonadora muy atractiva y elegante. Sin embargo, por muy refinada que fuera la maquinaria, uno podía verse aplastado si se ponía en su camino.

—Lo lamento, el viernes por la noche trabajo... La cena benéfica del gobernador.

—Ah, sí —él sonrió, a pesar de que se le había encogido el estómago. De pronto se imaginaba haciendo el amor con ella en el suelo húmedo de un bosque umbrío. Eso sólo bastó para que considerara la posibilidad de aceptar su negativa. Y, al mismo tiempo, aumentó su determinación—. Puedo ir a recogerla allí. Podemos cenar a última hora.

—Señor Cocharan —dijo Summer con frialdad—, va a tener que aprender a aceptar un no por respuesta.

«Y un cuerno», pensó él ásperamente, a pesar de que le lanzó una sonrisa encantadora.

—Le pido disculpas, señorita Lyndon, si parece que la estoy presionando. Verá, era usted mi primera opción, y suelo dejarme llevar por mi instinto. Sin embargo... —se levantó de mala gana. El nudo de tensión y rabia que Summer sentía en el estómago comenzó a disolverse—, si ha tomado una decisión... —quitó el contrato de la mesa y comenzó a guardarlo en el maletín—. Tal vez pueda usted darme su opinión sobre Louis LaPointe.

—¿LaPointe? —siseó Summer, incorporándose muy despacio en el sofá y levantándose después con el cuerpo rígido—. ¿Me está preguntando por LaPointe? —cuando se enfadaba, se le notaba más en el habla su origen francés.

—Le agradecería cualquier información que pudiera darme —continuó Blake cordialmente, sabiendo que había puesto el dedo en la llaga—. Dado que son ustedes socios y...

Sacudiendo la cabeza, Summer pronunció un seco insulto en la lengua de su madre. Los trazos dorados de sus ojos relucieron. Sherlock Holmes tenía al profesor Moriarty. Superman, a Lex Luthor. Summer Lyndon, a Louis LaPointe.

—Cerdo asqueroso —masculló ella, volviendo al inglés—. Tiene el cerebro de un cacahuete y las manos de un fontanero. ¿Quiere saber algo sobre LaPointe? —agarró un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa y lo encendió, como hacía únicamente cuando estaba sumamente agitada—. Es un patán. ¿Qué más hay que saber?

—Según mis datos, es uno de los cinco mejores cocineros de París —insistió Blake—. Según dicen, su canard en croûte es insuperable.

—Sí, como la suela de un zapato —replicó ella, escupiendo las palabras, y Blake intentó controlar los músculos de su cara para no echarse a reír. Vanidad profesional, pensó de nuevo. Summer tenía una buena dosis. Entonces, mientras ella respiraba hondo, Blake tuvo que controlar el resto de sus músculos para sofocar una feroz oleada de deseo. Sensualidad... tal vez tuviera más de la necesaria—. ¿Por qué me pregunta por LaPointe?

—La semana que viene voy a París a reunirme con él. Dado que usted rechaza mi oferta...

—¿Va a ofrecerle eso... —señaló el contrato que Blake aún tenía en la mano— a él?

—Reconozco que es mi segunda opción, pero hay algunas personas en la junta directiva que consideran que Louis LaPointe está más cualificado para el puesto.

—¿Ah, sí? —sus ojos se convirtieron en ranuras tras una pantalla de humo. Le quitó el contrato de la mano y lo dejó caer junto a su café frío—. Tal vez los miembros de su junta directiva sean unos ignorantes.

— Tal vez — logró decir él — estén equivocados.

— Desde luego que sí — Summer dio una chupada al cigarrillo y expelió el humo en un rápido chorro. Detestaba el sabor—. Puede recogerme a las nueve el viernes, en la cocina del gobernador, señor Cocharan. Seguiremos hablando de este asunto.

— Con mucho gusto, señorita Lyndon — inclinó la cabeza, procurando que su semblante no trasluciera expresión alguna hasta que hubo cerrado la puerta tras él.

Mientras bajaba los cuatro tramos de escaleras, se echó a reír.

Capítulo II

Hacer un buen postre de la nada no era tarea fácil. Confeccionar una obra maestra a partir de harina, huevos y azúcar tampoco era moco de pavo. Cada vez que Summer agarraba un cuenco, un batidor o una espumadera, sentía que era su deber crear una obra de arte. El adjetivo «correcto» aplicado a su trabajo era el más grave insulto. «Correcto», para Summer, era el resultado conseguido por una recién casada que abría un libro de cocina por primera vez el día después de la luna de miel. Ella no se limitaba a mezclar, hornear o congelar: ella concebía, desarrollaba y llevaba a la práctica sus proyectos. Un arquitecto, un ingeniero, un científico no hacían ni más ni menos. No había tomado a la ligera la decisión de dedicarse al arte de la alta cocina, ni lo había hecho sin tener en mente la meta de la perfección. La perfección seguía siendo lo que buscaba cada vez que levantaba una cuchara.

Había pasado casi todo el día en la cocina de la mansión del gobernador. Los demás chefs se atareaban con sopas y salsas... o se enzarzaban los unos con los otros. Todo el talento de Summer estaba reconcentrado en la creación del toque final, la exquisita mezcla de sabores y texturas, la belleza estética de la tarta en su conjunto.

El molde estaba ya relleno con el pastel borracho que había horneado y había sido sistemáticamente dividido siguiendo una pauta regular. Esto se había hecho con una plantilla y con la misma meticulosidad con que un ingeniero diseña un puente. El mousse, una deliciosa mezcla de chocolate y nata, se hallaba dentro de la cúpula que formaba la tarta. Aquel elemento, engañosamente simple, llevaba helándose desde primera hora de la mañana. Entre los preparativos, las mezclas y la preparación, Summer llevaba en pie todo el día.

Tenía las diversas partes de su tarta sobre una mesa que le llegaba a la altura de la cintura, con un cuenco de acero inoxidable repleto de puré de frambuesas junto al codo. Tal y como había ordenado, los altavoces de la cocina difundían una melodía de Chopin. En el comedor se estaba consumiendo ya el primer plato. Ella podía aislarse del bullicio que reinaba a su alrededor. Era capaz de sacudirse la presión de tener que terminar su parte del menú en el instante preciso. Todo aquello no era más que rutina. Pero, mientras permanecía allí parada, preparada para dar el siguiente paso, su concentración se dispersaba constantemente.

LaPointe, pensaba rechinando los dientes. Naturalmente, era la rabia lo que le impedía concentrarse, la idea de que le restregaran por la cara a Louis LaPointe. Summer no había tardado en darse cuenta de que Blake Cucharan había sacado a relucir su nombre a propósito. Saberlo, sin embargo, no cambiaba el modo en que

había reaccionado... salvo, quizá, por el hecho de que su ira se extendía ahora a dos hombres, en vez de a uno solo.

«Oh , se cree muy listo», se dijo Summer, pensando en Blake, como había hecho a menudo esa semana. Respiró hondo tres veces con el propósito de tranquilizarse mientras observaba la cúpula dorada de la tarta que tenía delante de ella. Aquel despreciable cerdo francés, rezongó para sus adentros, refiriéndose a LaPointe. Mientras recogía las primeras frambuesas, llegó a la conclusión de que Blake debía de ser también un cerdo si estaba considerando la posibilidad de tratar con el francés.

Recordaba cada uno de sus exasperantes encuentros con el bajito LaPointe, cuyos ojos eran como cuentas. Mientras recubría el exterior de la tarta con puré de frambuesas, Summer pensó en recomendárselo con entusiasmo a Blake. Así le daría a aquel astuto americano una lección al encontrarse atado a un asno pomposo como LaPointe. Mientras sus pensamientos bullían, enardecidos, sus manos extendían suavemente las frambuesas, redondeando y afirmando la forma del pastel. Detrás de ella, uno de los ayudantes dejó caer una cacerola con estrépito, y sufrió un aluvión de insultos. Ni los pensamientos ni las manos de Summer vacilaron.

Maldito imbécil soberbio y pagado de sí mismo, pensó ásperamente refiriéndose a Blake, y comenzó a extender con movimientos fluidos y firmes una capa de densa crema francesa sobre las frambuesas. Aunque su expresión era de concentración, el destello de sus ojos traicionaba la rabia que sentía. Un tipo como aquél disfrutaba manipulando y arrollando a los demás. Se notaba, pensó, en aquella actitud tan cortés, en aquel lustre de sofisticación. Dejó escapar un bufido desdeñoso mientras comenzaba a allanar la crema.

Prefería un hombre un tanto tosco a uno tan pulido que relucía. Prefería tener a un hombre que supiera sudar y agachar la espalda a uno que se hacía la manicura y llevaba trajes de quinientos dólares. Prefería tener a un hombre que...

Summer dejó de extender la crema al tomar conciencia de lo que estaba pensando. ¿Desde cuándo pensaba en tener a un hombre y por qué, por el amor de Dios, estaba haciendo comparaciones con Blake? Era ridículo.

La tarta era ya una suave y tersa cúpula que aguardaba su recubrimiento de denso chocolate. Summer se quedó mirándola con el ceño fruncido mientras un ayudante quitaba los cuencos vacíos de su camino. Empezó a mezclar la nata en una fuente más grande al tiempo que dos cocineros discutían sobre la densidad de la salsa del primer plato.

Era ridículo, siguió pensando, lo mucho que había pensado en él los días anteriores, recordando absurdos detalles... Sus ojos eran casi del color exacto del agua del lago de la finca de su abuelo en Devon. Su agradable voz profunda tenía aquel leve pero inconfundible acento del noreste, y su boca se curvaba de un modo particular cuando algo le divertía o cuando sonreía amablemente.

Era difícil explicar por qué se había fijado en esas cosas y más aún por qué seguía pensando en ellas días después. Por norma, ella no pensaba en un hombre a menos que estuviera con él... e incluso entonces sólo le concedía una porción cuidadosamente delimitada de su atención.

Ese, se recordó mientras comenzaba a extender la nata, no era el momento de pensar en otra cosa que no fuera la tarta. Pensaría en Blake cuando hubiera concluido

su trabajo, y se enfrentaría a él durante la cena tardía a la que había dado su consentimiento. Oh, sí, se enfrentaría a él.

Blake llegó antes de tiempo a propósito. Quería verla trabajar, lo cual era razonable, incluso lógico. A fin de cuentas, si iba a contratar a Summer para el Cocharan House durante un año, debía comprobar con sus propios ojos de qué era capaz y cómo se desenvolvía. No era raro en él observar cómo se manejaban sus posibles empleados o clientes en su propia salsa.

Se decía esto a sí mismo una y otra vez porque aún tenía dudas sobre los verdaderos motivos de su interés. Había abandonado el apartamento de Summer de un humor excelente, sabiendo que la había vencido en el primer asalto. La cara de ella al mencionarle a LaPointe, su rival, no tenía precio. Y Blake llevaba casi una semana sin poder quitarse de la cabeza aquella cara.

Incómodo... pensó al entrar en la enorme y retumbante cocina. Aquella mujer le hacía sentirse incómodo. Deseaba saber por qué. Conocer las razones de las cosas era esencial para él. Elaborando una precisa lista, podía hallarse la solución a cualquier problema.

El apreciaba la belleza: en el arte, en la arquitectura y, ciertamente, en el cuerpo femenino. Summer Lyndon era muy bella. Pero eso no debía hacerle sentirse incómodo. La inteligencia era algo que no sólo apreciaba, sino que exigía invariablemente en cualquiera de sus asociados. Ella era sin duda inteligente. En ello no podía verse tampoco ningún motivo de incomodidad. Otra cosa que buscaba era el estilo, y en Summer lo había encontrado, desde luego.

¿Qué tenía ella, qué tenían sus ojos?, se preguntó al pasar junto a dos cocineros enzarzados en una encendida discusión acerca de un pato asado. Aquel extraño tono pardo que no era ningún color definible con exactitud, aquellos trazos dorados que se oscurecían y se aclaraban según su estado de ánimo. Unos ojos muy francos, muy directos, pensó. Él apreciaba aquella cualidad. Pero el contraste de aquel color cambiante que no era en realidad ningún color lo intrigaba. Quizá demasiado.

¿Atractivo sexual? El que recelaba de la sexualidad natural femenina era un necio, y él nunca se había considerado tal. Ni tampoco un hombre particularmente susceptible. Sin embargo, la primera vez que la había visto había sentido aquella agitación instantánea del deseo, aquella atracción inmediata. Era extraño, pensó desapasionadamente. Algo que tendría que sopesar cuidadosamente... y luego descartar. No había sitio para el deseo entre socios profesionales.

Y eso iban a ser ellos, pensó mientras sus labios se curvaban. Blake contaba con que su poder de persuasión y la aparente despreocupación con que había mencionado el nombre de LaPointe convencieran a Summer Lyndon en su favor. Ya había empezado a ablandarse, pensó, y un instante después se paró en seco. Por un instante se sintió como si alguien le hubiera dado un golpe rápido y certero en la base de la espina dorsal. Le había bastado con mirarla.

Ella estaba medio oculta por el postre en el que estaba trabajando. Su expresión era intensa, concentrada. Blake se fijó en la leve arruga, que podía haber sido de enojo o de concentración, que bajaba entre sus cejas. Tenía los ojos entornados y los párpados bajos, de modo que su expresión resultaba ilegible. Su boca, aquella boca suave y moldeada que ella nunca parecía pintarse, formaba un mohín. Era una boca para ser besada.

Toda vestida de blanco, su aspecto debería haber sido soso y eficiente. El gorro de cocinero colocado sobre su cabello, pulcramente recogido, podía haberle dado un aire casi cómico. Sin embargo, estaba increíblemente guapa. Allí parado, Blake podía oír la melodía de Cho – pin que era su marca de fábrica, sentía el olor penetrante y exótico de los guisos, advertía la tensión que reinaba en el ambiente mientras los cocineros, llenos de temperamento, se afanaban en torno a sus creaciones. Él sólo podía pensar con claridad en cómo estaría Summer desnuda, en su cama, únicamente con la luz de las velas compitiendo con la oscuridad.

Rehaciéndose, Blake sacudió la cabeza. «Ya basta», se dijo con agria sorna. «Cuando se mezcla el placer con los negocios, uno o los dos salen malparados». Blake solía evitar aquellas situaciones sin mayor esfuerzo. Ocupaba su posición gracias a que sabía reconocer, sopesar y desechar errores antes de que se cometieran. Y podía hacerlo con una brusquedad y una sangre fría tan impolutas como su apariencia.

Summer tal vez fuera tan apetecible como la tarta que estaba haciendo, pero eso no era lo que él buscaba en ella. Lo que necesitaba era su talento, su nombre, su cerebro. Nada más. De momento se conformó con aquella idea, mientras intentaba refrenar las acometidas de una necesidad mucho más persistente y básica.

Manteniéndose lo más alejado posible del bullicio, Blake la observó aplicar metódicamente capa tras capa de crema. Advirtió con agrado que sus manos, en cuya elegante estructura ósea no había reparado antes, no vacilaban en ningún momento. No había falta de seguridad en sus ademanes. Blake notó también que, pese al ruido y la confusión que la rodeaban, parecía estar sola. Aquella mujer, pensó, podía confeccionar una tarta espectacular en medio de la avenida Ben Franklin en hora punta sin inmutarse siquiera. Bien. A él no le convenía una histérica que se dejara doblegar por la presión.

Aguardó pacientemente mientras ella completaba su obra. Cuando al fin llenó la manga pastelera con nata blanca y empezó a darle a la tarta los últimos toques decorativos, casi todo el personal de la cocina se había reunido a su alrededor para mirar. El resto de la comida estaba listo. Ya sólo quedaba el postre.

Al dar el último retoque, Summer retrocedió. Se oyó un suspiro colectivo de admiración. Ella, sin embargo, siguió sin sonreír mientras rodeaba del todo la tarta, revisándola una vez más. Perfección. Ninguna otra cosa era aceptable.

Entonces Blake vio que sus ojos se aclaraban y que sus labios se curvaban. Al oír algunos aplausos dispersos, la sonrisa de Summer se hizo más amplia y algo más que hermosa: accesible. Blake descubrió que aquello le turbaba aún más.

– Lléváosla – riendo, Summer estiró los brazos hacia arriba para desperezar sus músculos agarrotados. Pensó que sería capaz de dormir una semana entera.

– Impresionante.

Con los brazos todavía alzados, Summer se giró lentamente y se encontró cara a cara con Blake.

– Gracias – su voz era muy fría, su mirada recelosa. En algún momento entre las frambuesas y la nata, había resuelto tener mucho, mucho cuidado con Blake Cocha – ran III –. Tiene que serlo.

—En apariencia —convino él. Mirando hacia abajo, vio el gran cuenco de crema de chocolate que aún no se habían llevado. Pasó un dedo por el borde y se lo lamió. Su sabor bastaba para derretir los corazones más endurecidos—. Fantástico.

Ella no pudo contener una sonrisa: un pequeño mico infantil proveniente de un hombre ataviado con un traje exquisito y una corbata de seda.

—Naturalmente —le dijo sacudiendo un poco la cabeza—. Yo sólo hago cosas fantásticas. Por eso me quiere usted... ¿me equivoco, señor Cocharan?

—Mmm —aquel sonido podía ser una afirmación u otra cosa, pero ninguno de los dos insistió—. Estará cansada, después de estar de pie tanto tiempo.

—Es usted muy observador —murmuró ella, quitándose el gorro de cocinero.

—Si lo prefiere, podemos cenar en mi piso. Es muy tranquilo. Estará cómoda.

Ella alzó una ceja y a continuación lanzó una rápida y recelosa mirada sobre su cara. Las cenas íntimas eran algo que había que considerar cuidadosamente. Tal vez estuviera cansada, se dijo, pero aun así podía vérselas con cualquier hombre... sobre todo, con un empresario americano. Encogiéndose de hombros, se quitó el delantal manchado.

—Está bien. Sólo tardaré un minuto en cambiarme.

Se alejó sin mirar atrás. Mientras Blake la miraba, vio cómo un hombre bajito, con bigote negro, que pasaba a su lado, la agarraba de la mano y se la llevaba teatralmente a los labios. A Blake no le hizo falta escuchar sus palabras para sopesar la intensidad con que eran pronunciadas. Sintió una punzada de enojo que, con cierto esfuerzo, logró convertir en sorna.

El hombre hablaba velozmente mientras acariciaba el brazo de Summer. Ella se reía, sacudía la cabeza y lo apartaba suavemente. Blake vio que el hombre la seguía con la mirada como un cachorrito abandonado antes de agarrar su sombrero de cocinero y apretárselo contra el corazón.

Vaya efecto surtía sobre los hombres, pensó Blake, y concluyó desapasionadamente que había cierta clase de mujeres que atraían a los hombres sin aparente esfuerzo. Era una... habilidad natural. Blake suponía que ése era el término adecuado. Una habilidad que él no admiraba ni condenaba, pero de la que sencillamente desconfiaba. Una mujer así podía manipular a un hombre con un solo giro de muñeca. Personalmente, él prefería a las mujeres cuyos dones eran más obvios. Se apartó del camino mientras comenzaba el ruido y el ajetreo de las tareas de limpieza. Suponía que, si Summer llegaba a ser la jefa de cocina del Cocharan House en Filadelfia, aquella habilidad no podía hacerle ningún daño.

Diez minutos después, Summer regresó a la cocina sin apresurarse. Había elegido un vestido de fina seda de color amapola porque era sumamente sencillo: tan sencillo que tendía a ceñirse a cada curva de su cuerpo, atrayendo todas las miradas. Llevaba los hombros desnudos, salvo por un brazalete de oro labrado que lucía justo por encima del codo. Los pendientes le caían en espiral casi hasta los hombros. Su pelo suelto, se rizaba un poco alrededor de su cara por el calor y la humedad de la cocina.

Ella sabía que el resultado era en parte exótico, en parte excéntrico, al igual que sabía que transmitía una sexualidad primigenia. Vestía como vestía, desde vaqueros a sedas, por su propio placer y por capricho. Pero al ver el fulgor de los ojos de Blake, rápidamente sofocado, se sintió perversamente satisfecha.

No era de piedra, pensó, aunque, naturalmente, a ella no le interesaba de manera personal. Simplemente, quería afianzarse como persona, como individuo, a sus ojos, en lugar de ser únicamente un nombre que él ansiaba ver rubricado en un contrato. Summer llevaba la ropa de trabajo en una bolsa de lona que sujetaba en una mano, en tanto que del hombro contrario colgaba un exquisito bolso de pedrería. Con gesto majestuoso, le ofrecía a Blake la mano.

—¿Listo?

—Claro —la mano de ella era fría, pequeña y suave. Blake pensó en un torrente de sol y en hierba mojada y fresca. Su voz se hizo fría y pragmática—. Está preciosa.

Ella lo miró con sorna.

—Claro —por primera vez lo vio sonreír: una sonrisa rápida y seductora. Peligrosa. En ese momento, ella no estaba segura de quién tenía las de ganar.

—Mi chófer está esperando fuera —le dijo Blake suavemente. Salieron juntos de la cocina ruidosa y vivamente iluminada y se adentraron en la calle alumbrada por la luz de la luna—. Supongo que estará satisfecha con su trabajo en la cena del gobernador. No ha querido quedarse para escuchar las críticas, o los cumplidos.

Mientras metía el pie en la parte de atrás de la limusina, Summer le lanzó una mirada incrédula.

—¿Críticas? Esa tarta es mi especialidad, señor Cocharan. Siempre está espléndida. No necesito que nadie me lo diga —montó en el coche, se alisó la falda y cruzó las piernas.

—Por supuesto —murmuró Blake, deslizándose tras ella—. Es un plato complicado —continuó amablemente—. Si no me falla la memoria, lleva horas prepararlo.

Ella lo vio sacar una botella de champán de la hielera y abrirla con un ruido amortiguado.

—Hay pocas cosas espléndidas que puedan hacerse en poco tiempo.

—Muy cierto —Blake sirvió champán en dos copas de tallo largo y, dándole una a Summer, sonrió—. Por una larga amistad.

Summer le lanzó una mirada franca mientras la luz de las farolas se colaba en el coche, deslizándose sobre su cara. Un poco guerrero escocés, un poco aristócrata inglés, concluyó. Una combinación difícil. Claro que la simplicidad no era lo que ella andaba buscando permanentemente. Con una leve vacilación, hizo chocar su copa suavemente con la de él.

—Tal vez —dijo—. ¿Disfruta usted de su trabajo, señor Cocharan? —bebió un sorbo y, sin mirar la etiqueta, identificó el vino que estaba bebiendo.

—Mucho —él la observaba mientras Summer bebía, notando que sólo se había aplicado un poco de rímel al cambiarse. Por un instante, se distrajo pensando en cómo sería el tacto de su piel—. Salta a la vista por lo que acabo de ver que usted también disfruta del suyo.

—Sí —ella sonrió, pensando con agrado en lo que sin duda sería una interesante lucha de poder—. Tengo por norma hacer sólo lo que me gusta. A no ser que me equivoque, usted sigue la misma política.

Él asintió con la cabeza, sabiendo que le estaba tendiendo un señuelo.

—Es usted muy intuitiva, señorita Lyndon.

—Sí —le acercó la copa para que volviera a llenársela—. Tiene usted un gusto excelente para el vino. ¿Se extiende a otras áreas?

Él la miró a los ojos mientras le llenaba la copa.

—A todas.

La boca de Summer se curvó lentamente cuando se llevó la copa a los labios. Disfrutó de las burbujas antes de probar el vino.

—Desde luego. ¿Sería correcto afirmar que es usted un hombre con criterio?

¿Dónde quería ir a parar?

—Si usted quiere —contestó Blake suavemente.

—Un empresario —prosiguió ella—, un ejecutivo... Dígame, los ejecutivos ¿no delegan?

—A menudo, sí.

—¿Y usted? ¿No delega?

—Depende.

—Me preguntaba por qué Blake Cochran III en persona se tomaría la molestia de intentar engatusar a una cocinera para que trabaje para él.

Blake estaba seguro de que se estaba burlando de él. Más aún: estaba convencido de que quería que él lo supiera. Haciendo un esfuerzo, refrenó su enfado.

—Este proyecto es un empeño personal mío. Dado que sólo quiero lo mejor, me tomo la molestia de adquirirlo personalmente.

—Entiendo —la limusina se desvió suavemente hacia la acera. Summer le dio a Blake su copa vacía mientras el conductor le abría la puerta—. Pues, si sólo se conforma con lo mejor, resulta extraño que mencionara siquiera el nombre de LaPointe —Summer se apeó con una elegancia altiva con la que sólo se podía nacer. Eso, pensó con satisfacción, horadaría un poco la arrogancia de Blake.

El Cochran House de Filadelfia tenía sólo doce plantas y una fachada de ladrillo desgastada por la intemperie. Había sido construido para confundirse con la arquitectura colonial del corazón de la ciudad. Otros edificios se elevaban más alto, lanzaban destellos de modernidad, pero Blake Cochran sabía lo que quería. Elegancia, estilo y discreción. Y eso era lo que tenía el Cochran House. Summer se vio forzada a dar su aprobación. En muchos aspectos, prefería el mundo de antaño al moderno.

El vestíbulo era tranquilo y, si los dorados eran un tanto apagados, las alfombras un poco suaves y desgastadas, ello se debía a una elección consciente y sabia. En el hotel reinaba un ambiente de rancia y arraigada riqueza. Ningún oropel podría haber cumplido mejor su propósito.

Agarrando a Summer del brazo, Blake cruzó el vestíbulo asintiendo con la cabeza a los muchos «Buenas noches, señor Cochran» que recibía. Tras insertar una llave en un ascensor privado, la condujo dentro. Estaban rodeados por silencio y cristal ahumado.

—Un sitio encantador —comentó Summer—. Hacía años que no venía. Lo había olvidado —miró a su alrededor y vio sus reflejos atrapados entre el cristal gris del ascensor—. Pero ¿no le agobia un poco vivir en un hotel? Me refiero a vivir en el sitio donde trabaja.

—No. Es muy cómodo.

Una pena, pensó Summer. Ella, cuando no estaba trabajando, prefería mantenerse alejada de cocinas y tem—porizadores. Nunca se llevaba el trabajo a casa, como solían hacer sus padres.

El ascensor se detuvo tan suavemente que el cambio apenas se notó. Las puertas se abrieron en silencio.

—¿Dispone de toda la planta para usted?

—Hay tres suites para invitados, además de mi ático —le explicó Blake mientras avanzaban por el pasillo—. En este momento están todas libres —insertó la llave en una puerta doble de roble y le indicó que pasara.

Las luces habían sido amortiguadas. Blake había elegido bien los colores, pensó Summer al pisar la gruesa alfombra de color peltre. Los grises, desde el plata pálido al color humo, dominaban el sofá amplio y bajo, las sillas y las paredes. Con las luces bajas, aquellos colores producían un efecto onírico, sensual y tranquilizador a un tiempo. Podría haber sido apagado, incluso anodino, pero había destellos de color ingeniosamente distribuidos por la habitación: el azul marino profundo de las cortinas, los tonos perla del ejército de cojines que se alineaban a lo largo del sofá, el verde intenso y básico de una hiedra que se descolgaba por los travesanos ondulados de una estantería. Estaban además los colores fulgurantes del único cuadro, una pieza del impresionismo francés que dominaba una de las paredes.

La estancia carecía de la mezcolanza que ella habría elegido para sí misma, pero poseía un sentido del estilo que Summer admiró de inmediato.

—Original, señor Cocharan —dijo Summer en tono halagüeño mientras se quitaba automáticamente los zapatos—. Y efectivo.

—Gracias. ¿Otra copa, señorita Lyndon? El bar está bien surtido, y también hay champán, si lo prefiere.

Decidida todavía a salir victoriosa de aquel encuentro, Summer se acercó despacio al sofá y se sentó. Le lanzó una fría y despreocupada sonrisa.

—Yo siempre prefiero el champán.

Mientras Blake se encargaba de la botella y el corcho, ella se entretuvo observando de nuevo la habitación y llegó a la conclusión de que Blake Cocharan no era un hombre vulgar. A menudo, la vulgaridad era sinónimo de aburrimiento. Summer se vio forzada a admitir que, por el hecho de haberse codeado casi toda su vida con personas bohemias, excéntricas y creativas, siempre había pensado que los hombres de negocios eran aburridos de manera innata.

No, Blake Cocharan no era un hombre anodino. Summer casi lo lamentaba. A un panfillo, por muy guapo que fuera, podía manejársele con el mínimo esfuerzo. Blake, en cambio, se mostraría más correoso. Sobre todo, teniendo en cuenta que Summer aún no había tomado una decisión en firme acerca de su proposición.

—Su champán, señorita Lyndon —cuando Summer alzó los ojos hacia él, Blake tuvo que esforzarse para no fruncir el entrecejo. Aquella mirada era demasiado objetiva, en exceso calculadora. ¿Qué estaría tramando? ¿Y por qué demonios no desentonaba en absoluto allí sentada, tan tentadora, acurrucada en su sofá, con los cojines a la espalda?—. Debe de tener hambre —dijo él, sorprendido por necesitar refugiarse tras las palabras—. Si me dice qué le apetece, la cocina se lo preparará en un momento. O puedo traerle una carta, si lo prefiere.

—No será necesario —Summer bebió un sorbo del frío y escarchado champán francés—. Quiero una hamburguesa con queso.

Blake vio cómo se movía la seda mientras ella se acomodaba en un rincón del sofá.

—¿Una qué?

—Una hamburguesa con queso —repitió Summer—. Con patatas fritas, de las alargadas —alzó su copa para examinar el color del líquido—. ¿Sabe?, éste fue un año realmente excepcional.

—Señorita Lyndon... —con forzada paciencia, Blake se metió las manos en los bolsillos y controló su voz—. ¿A qué está jugando exactamente?

Ella bebió lentamente, saboreando el champán.

—¿Jugando?

—¿De veras pretende que me crea que a usted, una gourmet, una chef cordón bleu, le apetece comer una hamburguesa con queso y patatas fritas?

—De lo contrario, no lo diría —cuando su copa estuvo vacía, Summer se levantó para volver a llenarla. Blake notó que se movía con indolencia, sin la firmeza casi marcial que utilizaba cuando cocinaba—. Su cocina tiene ternera de primera, ¿no?

—Desde luego —convencido de que intentaba escandalizarle o hacerle pasar por tonto, Blake la tomó del brazo y la hizo girarse para mirarlo—. ¿Por qué quiere una hamburguesa con queso?

—Porque me gustan —dijo ella con sencillez—. También me gustan los tacos, las pizzas y el pollo frito, sobre todo cuando los hace otro. Son cosas que se hacen rápidamente, sabrosas y sencillas —sonrió, relajada por el vino y divertida por la reacción de Blake—. ¿Tiene usted algo contra la comida normal y corriente, señor Cocharan?

—No, pero pensaba que usted sí.

—Ah, he roto su imagen del esnob gastronómico —se echó a reír con una risa atractiva y sumamente femenina—. Como cocinera, puedo asegurarle que las salsas densas y las cremas pesadas no son fáciles de digerir. Además, yo cocino profesionalmente. Durante largos periodos de tiempo, estoy rodeada por lo mejor de la alta cocina. Exquisiteces, comidas que han de prepararse con absoluta perfección, midiendo hasta las décimas de segundo. Cuando no estoy trabajando, me gusta relajarme —bebió de nuevo champán—. En este momento, prefiero una hamburguesa con queso medio hecha a un filet aux champignons, si a usted no le importa.

—Como quiera —masculló él, y se acercó al teléfono para pedir la cena. La explicación de Summer era razonable, incluso lógica. Pero no había nada que le molestara más que el hecho de que alguien utilizara contra él su propio estilo de manipulación.

Con la copa en la mano, Summer se acercó lentamente a la ventana. Le gustaba el aspecto de las ciudades de noche. Los edificios se elevaban y extendían a lo lejos y el tráfico discurría en silencio por las carreteras entrecruzadas. Luces, oscuridad, sombras.

Summer ignoraba en cuántas ciudades había estado y cuántas había contemplado desde lugares parecidos a aquél, pero su favorita seguía siendo París.

Sin embargo, había decidido pasar largas temporadas en Estados Unidos: le gustaba el contraste de gentes, culturas y actitudes. Le agradaba la ambición y el entusiasmo de los americanos, que veía personificados en el segundo marido de su madre.

La ambición era algo que entendía. Ella tenía mucha. Sabía que ésa era la razón de que, en sus relaciones personales, buscara hombres con más talento creativo que ambición. Dos personas competitivas y volcadas en su trabajo formaban una pareja inestable. Ella lo había comprendido siendo muy joven, al observar la relación entre sus padres y la de éstos con sus siguientes cónyuges. Cuando decidía mantener una relación estable, cosa que no ocurría desde hacía al menos una década, quería que su pareja comprendiera que para ella lo primera era su trabajo. Cualquier cocinero, desde un crío haciéndose un sandwich de mantequilla de cacahuete hasta un jefe de cocina, tenía que establecer una serie de prioridades. Summer había establecido muy pronto las suyas.

—¿Le gusta la vista? —Blake estaba tras ella. Llevaba cinco minutos observándola. ¿Por qué le parecía distinta a las demás mujeres que había llevado a su casa? ¿Por qué le daba la impresión de ser más esquiva, más atractiva? ¿Y por qué su sola presencia le hacía tan difícil concentrarse en el asunto que los había llevado hasta allí?

—Sí —ella no se volvió porque de pronto se había dado cuenta de lo cerca que estaba él. Debería haberlo notado antes, pensó, frunciendo levemente el ceño. Si se daba la vuelta, se encontrarían cara a cara. Sus cuerpos se rozarían, sus miradas se cruzarían. Un leve cosquilleo nervioso la hizo beber un nuevo sorbo de champán. Ridículo, se dijo. A ella ningún hombre la ponía nerviosa.

—Lleva viviendo aquí el tiempo suficiente como para reconocer los sitios de mayor interés —dijo Blake con despreocupación, mientras sus pensamientos se concentraban en cómo sabría la curva de su cuello, cómo sería su tacto bajo el roce de los labios de él.

—Desde luego. Cuando estoy en Filadelfia, me considero de aquí. Algunos de mis amigos dicen que me he americanizado bastante.

Blake sintió el fluir de su voz de acento europeo y aspiró el sutil y seductor aroma de París que constituía el perfume de Summer. La luz tenue rozaba el oro disperso entre su pelo. Igual que sus ojos, pensó él. Sólo tenía que darle la vuelta y mirar su rostro para ver aquella mirada exótica y bruñida. Y ansiaba ver aquella cara.

—Americanizada —murmuró. Sus manos se posaron sobre los hombros de Summer antes de que pudiera detenerse. La seda se deslizó, fresca, bajo sus palmas cuando le dio la vuelta—. No... —bajó la mirada sobre su cabello y sus ojos, y la posó en su boca—. Creo que sus amigos están muy equivocados.

—¿De veras? —sus dedos se habían crispado sobre el tallo de la copa. De pronto sentía la boca caliente. Sólo a base de fuerza de voluntad logró que no le temblara la voz. Su cuerpo rozó el de Blake una vez y luego otra mientras él empezaba a atraerla hacia sí. El deseo, refrenado con mano firme, comenzó a fundirse. Mientras su mente barajaba posibilidades, Summer echó la cabeza hacia atrás y dijo con calma—. ¿Qué hay del negocio que hemos venido a discutir, señor Cocharan?

—Aún no hemos empezado a hablar de negocios —su boca quedó suspendida sobre la de ella un instante antes de que Blake cambiara de postura para depositar un

leve beso bajo una de sus cejas—.Y, antes de que lo hagamos, sería conveniente aclarar este punto.

La respiración de Summer se estaba cortando, atascándose en sus pulmones. Todavía era posible apartarse, pero Summer empezó a preguntarse por qué debía hacerlo.

—¿Qué punto?

—Sus labios... ¿Su sabor es tan excitante como su aspecto?

Ella bajó los párpados temblorosos. Su cuerpo se aflojó.

—Interesante cuestión —murmuró, y a continuación volvió a alzar la cabeza, tentadoramente.

Sus labios estaban apenas separados cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta. Algo se aclaró en el cerebro de Summer, en tanto su cuerpo seguía zumbando. Sonrió, concentrándose con todas sus fuerzas en aquella rendija de cordura.

—El servicio en los hoteles Cocharan es siempre excelente.

—Mañana —dijo Blake mientras se apartaba de mala gana—, despediré al jefe del servicio de habitaciones.

Summer se echó a reír, pero bebió temblorosa un sorbo de champán cuando Blake acudió a abrir la puerta. Había estado cerca, pensó, dejando escapar un largo suspiro. Demasiado cerca. Era hora de pasar a los asuntos de negocios y de ceñirse a ellos. Se concedió un momento de tregua mientras el camarero disponía la comida sobre la mesa.

—Huele de maravilla —comentó Summer, cruzando la habitación mientras Blake le daba una propina al camarero en la puerta. Antes de sentarse, miró la cena de Blake. Un filete poco hecho, una patata humeante, asada con su piel, y espárragos con mantequilla.

—Muy prudente —le lanzó una sonrisa burlona por encima del hombro mientras él le apartaba la silla.

—Podemos pedir el postre luego.

—Jamás tomo postre —dijo ella, y comenzó a extender una generosa capa de mostaza sobre su panecillo—. Leí su contrato.

—¿De veras? —él la observó mientras Summer cortaba limpiamente la hamburguesa en dos y alzaba una de las mitades. No debía sorprenderle, se dijo. A fin de cuentas, comía galletas Oreo.

—Y mi abogado también.

Blake le puso un poco de pimienta a su filete antes de empezar a cortarlo.

—¿Y?

—Y todo parece estar en orden. Excepto... —dejó que la palabra quedase suspendida en el aire mientras le daba un mordisco a la hamburguesa. Cerrando los ojos, se limitó a disfrutar del bocado.

—¿Excepto? —insistió Blake.

—Si llegara a considerar una oferta semejante, necesitaría mucho más espacio.

Blake hizo caso omiso del «si». Summer estaba considerando su ofrecimiento, y ambos lo sabían.

—¿En qué sentido?

—Sin duda sabrá usted que viajo bastante —Summer espolvoreó sal sobre las patatas y las probó—. A menudo sólo es cuestión de dos o tres días, cuando me voy a Venecia, por ejemplo, a preparar un gateau St. Honoré. La mayoría de mis clientes reservan mi tiempo con meses de antelación. Pero hay algunos que actúan con mayor espontaneidad. A algunos de ellos... —Summer le dio otro mordisco a la hamburguesa— ..., les complazco por afecto personal o porque ello constituye un reto profesional.

—En otras palabras, quiere poder viajar a Venecia o adonde sea cuando le parezca conveniente —a pesar de que la combinación le parecía incongruente, Blake le puso más champán en su copa mientras ella comía.

—Exactamente. Aunque su oferta tiene cierto interés para mí, sería imposible, incluso poco ético, en mi opinión, volverles la espalda a mis clientes de siempre.

—Entendido —ella era hábil, pensó Blake, pero él también—. Creo que podemos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambos. Podríamos revisar juntos su actual agenda.

Summer mordió una patata y luego se limpió los dedos en la servilleta blanca.

—¿Usted y yo?

—Así sería más fácil. Luego, si acordamos discutir por separado las ofertas que reciba a lo largo del año... —sonrió mientras ella agarraba la otra mitad de la hamburguesa—. Me gusta pensar que soy un hombre razonable, señorita Lyndon. Y, para serle franco, preferiría que firmara usted con mi hotel. En este momento, la junta directiva se inclina más hacia LaPointe, pero...

—¿Por qué? —preguntó ella con sequedad. Blake se sintió complacido.

—Normalmente, los grandes cocineros son hombres —ella comenzó a maldecir en francés. Blake se limitó a asentir con la cabeza—. Sí, exacto. Y, a través de ciertas pesquisas hechas con suma discreción, hemos sabido que monsieur LaPointe está muy interesado en el puesto.

—Ese cerdo perdería el culo por tostar cacahuètes en cualquier esquina con tal de que su foto saliera en el periódico —dejando su servilleta sobre la mesa, Summer se levantó—. Tal vez crea usted que no comprendo su estrategia, señor Cochran —su forma majestuosa de alzar la cabeza acentuaba su cuello largo y esbelto. Blake recordaba vivamente el tacto de su piel—. Me restriega por la cara a LaPointe creyendo que aceptaré su oferta por pura vanidad, por orgullo.

Él sonrió porque ella estaba magnífica.

—¿Ha funcionado?

Los ojos de Summer se achicaron, pero sus labios deseaban curvarse.

—LaPointe es un farsante. Yo soy una artista.

—¿Y?

Ella sabía que no debía comprometerse a nada dejándose llevar por la rabia. Lo sabía, pero...

—Organice mi agenda, señor Cochran III, y yo convertiré su restaurante en el mejor de su clase en la costa este.

Y lo haría, maldita fuera. De pronto, había descubierto que quería demostrárselo a ambos.

Blake se levantó, tomando las dos copas.

—Por su arte, mademoiselle —le entregó su copa—.Y por mi negocio. Que sea una asociación provechosa para ambos.

—Por el éxito —le corrigió ella, haciendo entrechocar las copas—. Que, a fin de cuentas, es lo que ambos buscamos.

Capítulo III

«Bueno, ya está hecho», pensó Summer frunciendo el ceño. Se echó el pelo hacia atrás y se lo sujetó con dos peines de madreperla. Observó críticamente su cara en el espejo para comprobar el maquillaje. Había aprendido de su madre el truco de acentuar sus mejores rasgos. Cuando la ocasión lo requiera, y cuando estaba de humor, Summer explotaba aquellas mañanas. A pesar de que tenía la sensación de que la cara reflejada en el espejo serviría para su propósito, arrugó aún más el ceño.

Ya fuera por rabia, vanidad o simple enojo, había acordado atarse al Cocharan House y a Blake por un año. Quizá le apetecía afrontar aquel reto, pero el compromiso a tan largo plazo y las obligaciones que incluía la hacían sentirse incómoda.

Trescientos sesenta y cinco días. No, eso era demasiado abrumador, se dijo. Cincuenta y dos semanas tampoco eran un consuelo. Doce meses. En fin, tendría que hacerse a la idea. No, tendría que hacer algo más, decidió Summer mientras entraba de nuevo en el estudio donde iba a grabar una demostración para la televisión pública. Tendría que mantener su promesa de proporcionarle al Cocharan House de Filadelfia el mejor restaurante de la costa este.

Y eso haría, se dijo echándose hacia atrás el pelo. Desde luego que lo haría. Y luego le haría un corte de mangas a Blake Cocharan III, el muy rastrero.

La había manipulado. Dos veces, la había manipulado. Aunque la segunda vez ella había sido perfectamente consciente de ello, había mordido el anzuelo de todos modos. ¿Por qué? Summer se pasó la lengua por encima de los dientes y observó al equipo de televisión prepararse para la grabación.

Por el reto, resolvió, retorciendo su cadena de oro alrededor de uno de sus finos dedos. Sería todo un desafío trabajar con él y ponerlo a sus pies. A fin de cuentas, competir era su gran pasión. Por eso había decidido sobresalir en un oficio dominado tradicionalmente por hombres. Oh, sí, le gustaba competir. Y, ante todo, le gustaba vencer.

Luego estaba aquella madura virilidad suya. Sus pulidos modales no lograban ocultarla. Sus trajes hechos a mano no podían disfrazarla. Si era sincera, y decidió serlo de momento, debía admitir que disfrutaría explorándola.

Ella era consciente del efecto que surtía sobre los hombres. Siempre lo había considerado un rasgo genético heredado de su madre. Rara vez prestaba atención a su propia sexualidad. Las exigencias de su profesión y la completa tranquilidad que exigía entre un trabajo y otro llenaban por completo su vida. Pero tal vez fuera hora, reflexionó, de alterar un poco las cosas.

Blake Cocharan III era todo un reto. Y a ella le encantaría sacudir su viril arrogancia. ¡Cómo le apetecía pagarle con la misma moneda por haberla manipulado! Mientras consideraba diversos modos de hacerlo, observaba cómo iba

entrando el público en el estudio. Había sitio para unas cincuenta personas y, al parecer, esa mañana el plato estaría lleno. La gente hablaba en voz baja, entre murmullos y bisbiseos, como solía ocurrir en los teatros y las iglesias. El realizador, un hombre bajito y nervioso con el que Summer había trabajado otras veces, se movía de un lado a otro haciendo aspavientos que expresaban complacencia o amenaza. Cuando se acercó a ella, Summer apenas prestó atención a sus rápidas y nerviosas indicaciones. No estaba pensando en él, ni en el vacherin que iba a preparar ante las cámaras. Seguía pensando en el mejor modo de manejar a Blake Cocharan. Tal vez debiera perseguirlo sutilmente... pero no hasta el extremo de que él no lo notara. Luego, cuando su ego se hubiera hinchado, ella... ella lo ignoraría por completo. Una idea fascinante.

– El primer molde está en el armario del centro.

– Sí, Simón, lo sé – Summer le dio una palmadita en la mano al director mientras revisaba su plan en busca de defectos. Había uno muy grande. Recordaba claramente la sensación embriagadora que se había apoderado de ella cuando él había estado en un tris de besarla unas noches antes. Si se prestaba a aquel juego, tal vez saliera trasquilada. Así pues...

– La segunda está justo detrás.

– Sí, lo sé – ¿no la había puesto allí ella misma para que se enfriara después de sacarla del horno? Summer le lanzó al director una sonrisa ausente. Podía ignorar a Blake desde el principio. Tratarlo no con desprecio, sino con desinterés. Su sonrisa se hizo un tanto amenazadora. Sus ojos brillaron. Eso lo volvería loco.

– Todos los ingredientes y los utensilios están exactamente donde los dejaste.

– Simón – comenzó Summer amablemente –, deja de preocuparte. Puedo hacer un vacherin con los ojos cerrados.

– Empezamos a grabar dentro de cinco minutos...

– ¿Dónde está?

Simón y Summer se giraron al oír aquella voz atronadora. Ella esbozó una sonrisa antes de ver al que así tronaba.

– ¡Carlo!

– ¡Ajaja! – moreno, flaco y escurridizo como una serpiente, Carlo Franconi se abrió paso entre la gente y los cables para agarrar a Summer y estrecharla contra su pecho –. Mi pastelito francés... – le dio una palmada cariñosa en el trasero.

Riendo, ella le devolvió el favor.

– Carlo, ¿qué estás haciendo en Filadelfia un miércoles por la mañana?

– Estaba en Nueva York, promocionando mi nuevo libro, La pasta vista por un maestro – se echó hacia atrás lo justo para mirarla con el ceño fruncido –. Y me dije, Carlo, estás a un paso de la mujer más sexy que haya empuñado jamás una manga pastelera. Y aquí me tienes.

– A un paso – repitió ella. Aquello era típico de él. Si hubiera estado en Los Angeles, habría hecho lo mismo. Habían estudiado juntos, cocinado juntos, y quizá, si su amistad no se hubiera hecho tan sólida e importante para ambos, incluso se habrían acostado juntos –. Deja que te mire.

Carlo retrocedió y posó para ella. Llevaba unos pantalones estrechos y rectos que se amoldaban a sus caderas, una camisa de seda de color salmón y un sombrero de fieltro que se ladeaba audazmente sobre sus ojos oscuros y almendrados. Un

diamante asombroso brillaba en su dedo. Estaba, como siempre, guapo y viril, y era consciente de ello.

– Tienes un aspecto fantástico, Carlo. Fantástico.

– Desde luego que sí – él pasó un dedo por el ala de su sombrero – .Y tú, mi delicioso pastelito... – tomó sus manos y se las llevó a los labios – estás exquisita.

– Desde luego que sí – riéndose de nuevo, ella lo besó en la boca. Conocía a cientos de personas, pero, si le hubieran pedido que citara el nombre de un amigo, el de Carlo Franconi habría sido el primero que se le viniera a la cabeza – . Me alegro mucho de verte, Carlo. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Cuatro meses? ¿Cinco? ¿No estabas en Bélgica la última vez que yo estuve en Italia?

– Cuatro meses y doce días – dijo él con despreocupación – . Pero ¿quién lleva la cuenta? Es sólo que echaba de menos tus napoleones, tus bocaditos de nata, tu... – la agarró de nuevo y le besó suavemente los dedos – ... tarta de chocolate.

– Hoy toca vacherin – dijo ella secamente – . Pero podrás probarlo cuando acabe el programa.

– Ah, tu merengue... Es para morirse – él sonrió maliciosamente – . Me sentaré en la primera fila para que nuestras miradas se crucen.

Summer le pellizcó la mejilla.

– Intenta relajarte, Carlo. Estás muy estresado.

– Señorita Lyndon, por favor.

Summer miró a Simón, cuya respiración se hacía más agitada a medida que se acercaba la cuenta atrás.

– No te preocupes, Simón, estoy lista. Ve a sentarte, Carlo, y presta atención. Puede que esta vez aprendas algo.

Carlo dijo algo breve, grosero y fácilmente traducible, cuando se separaron. Relajada, Summer se colocó detrás de la encimera y vio cómo el jefe del plato iba contando los segundos. Ignorando las muecas que le hacía Carlo, Summer dio inicio al programa mirando fijamente a la cámara. Se tomaba aquella faceta de su profesión tan en serio como la confección de la tarta nupcial de una princesa europea. Si tenía que enseñar a una persona normal y corriente a hacer algo elaborado y exquisito, prefería hacerlo bien.

Estaba maravillosa, pensó Carlo. Como siempre. Y, además, tenía un aire competente, despreocupado y seguro. Por un lado, Carlo se alegraba de verla así, pues le desagradaban las cosas y las personas que cambiaban con excesiva rapidez..., sobre todo, si no tenían nada que ver con él. Por otro, estaba preocupado por ella.

Conocía a Summer desde hacía diez años, y en todo ese tiempo ella no había tenido ni una sola relación seria. Para alguien tan voluble y sentimental como él, resultaba difícil entender del todo su reserva, su aparente desinterés por los encuentros románticos. Era apasionada. Carlo la había visto estallar de ira y de alegría, pero nunca había visto aquella pasión dirigida hacia un hombre.

Una lástima, pensó mientras la veía fabricar las roscas de merengue. Tenía la impresión de que una mujer sin un hombre se desperdiciaba..., igual que un hombre sin una mujer. Él había compartido la vida con muchas.

Una vez, mientras tomaban pastel de kirsch y Cha – blis, a Summer se le había soltado la lengua hasta tal punto que le había dicho que, en su opinión, los hombres y las mujeres no estaban hechos para mantener relaciones duraderas. El matrimonio

era una institución que se disolvía con excesiva facilidad, y, por tanto, no era en absoluto una institución, sino una forma de hipocresía perpetuada por la gente que se fingía capaz de comprometerse. El amor era un sentimiento mudable y, por tanto, indigno de confianza. Era algo que la gente aprovechaba como excusa para actuar de manera estúpida o imprudente. Si alguna vez deseaba comportarse como una necia, lo haría sin excusa alguna.

En aquella ocasión, Carlo le había dado la razón porque se hallaba al final de su relación con una heredera griega. Más tarde, se había dado cuenta de que, si bien él le había dado su aprobación como resultado momentáneo de una mala experiencia, Summer hablaba completamente en serio.

Una lástima, pensó de nuevo mientras Summer sacaba las roscas previamente horneadas de debajo de la encimera y empezaba a rellenar el molde. De no haberla querido como a una hermana, habría sido un placer mostrarle el lado bueno de la mística hombre–mujer. Pero, en fin, se dijo echándose hacia atrás, eso le correspondería a otro.

Manteniendo un fácil monólogo con la cámara y el público del plato, Summer fue ejecutando las distintas fases de la confección del postre. El molde relleno, decorado con franjas de merengue y salpicado con violetas de azúcar, fue introducido en el horno. El que había horneado y puesto a enfriar poco antes fue sacado para completar la última fase. Summer colocó la fruta, lo cubrió todo con una densa salsa de moras y nata montada mientras entre el público se extendía un murmullo de admiración. La cámara se acercó para tomar un primer plano.

–¡Bravo! –Carlo se levantó y comenzó a aplaudir mientras el postre permanecía, ya completado, sobre la encimera—. ¡Bravo!

Summer sonrió y, con la manga pastelera en la mano, hizo una reverencia cuando se apagó la cámara.

–Fantástico, señorita Lyndon –Simón se acercó apresuradamente a ella, quitándose los auriculares—. Fantás–tico.Y perfecto, como siempre.

–Gracias, Simón. ¿Le servimos esto al público y al equipo?

–Sí, sí, buena ida –él chasqueó los dedos mirando a su ayudante—. Trae unos platos y reparte esto antes de que tengamos que recoger para la siguiente grabación. Un programa de aeróbic –masculló, y se alejó de nuevo.

–Precioso, cara –le dijo Carlo, hundiendo un dedo en la nata batida—. Una obra maestra –tomó una cuchara de la encimera y arrancó un buen pedazo del vacherin—. Ahora te llevaré a comer y podrás contarme qué es de tu vida. La mía –se encogió de hombros, comiendo todavía– es tan emocionante que tardaría días en contártela. Tal vez semanas.

–Podemos tomar una porción de pizza al otro lado de la esquina –Summer se quitó el delantal y lo lanzó sobre la encimera—. La verdad es que quiero que me des un consejo sobre una cosa.

–¿Un consejo? –a pesar de que le extrañaba que Summer quisiera pedirle consejo, Carlo se limitó a alzar una ceja—. Naturalmente –dijo con una sonrisa sedosa, mientras tiraba de ella—. ¿A quién si no iba a pedirle consejo una mujer inteligente como tú?

–Eres un auténtico idiota, querido.

—Ten cuidado —él se puso unas gafas oscuras y se ajustó el sombrero—. O pagarás tú la pizza.

Poco después, Summer estaba dándole su primer bocado a la pizza y procurando mantener la calma mientras Carlo avanzaba con su Ferrari alquilado por entre el tráfico de Filadelfia. Carlo conseguía comer, manejar el volante y cambiar de marcha con habilidad demoníaca.

—Bueno, cuéntame —gritó por encima del estrépito de la radio—. ¿Qué estás tramando?

—He aceptado un trabajo —le respondió Summer a voces. Se le vino el pelo a la cara y se lo echó de nuevo hacia atrás.

—¿Un trabajo? ¿Y qué? Aceptas montones de trabajos.

—Esto es distinto —ella se removió, cruzando las piernas y girándose de lado mientras daba otro mordisco a la pizza—. He aceptado remodelar y dirigir el restaurante de un hotel durante un año.

—¿El restaurante de un hotel? —Carlo frunció el ceño por encima de su porción de pizza mientras adelantaba a una ranchera—. ¿Qué hotel?

Ella bebió un sorbo de refresco con una pajita.

—El Cocharan House de aquí, de Filadelfia.

—Ah —la expresión de Carlo se aclaró—. Primera clase, cara. No debería haber dudado de ti.

—Un año, Carlo.

—Pasa deprisa cuando se tiene salud —dijo él alegremente.

Ella sonrió un momento.

—Maldita sea, Carlo, creía que estaba acorralada porque, bueno, no podía resistirme a la idea de intentarlo y, además, esa... esa apisonadora americana me restregó a LaPointe por la cara y...

—¿A LaPointe? —Carlo lanzó un bufido—. ¿Qué tiene que ver con esto ese gabacho?

Summer se lamió el pulgar manchado de salsa.

—Al principio, yo iba a rechazar la oferta, pero entonces Blake... la apisonadora... me pidió mi opinión sobre LaPointe porque estaba considerándolo para el puesto.

—¿Y tú se la diste? —preguntó Carlo, alborozado.

—Sí, y me quedé con el borrador del contrato para echarle un vistazo. La verdad es que la oferta era muy tentadora. Con el presupuesto que tengo, podría convertir un cuchitril de dos habitaciones en un palacio culinario —frunció el ceño, sin notar que Carlo acababa de adelantar a un coche casi rozándolo—. Por otro lado, está el propio Blake.

—La apisonadora.

—Sí. Me muero de ganas de hacerle perder los estribos. Es listo, es arrogante y, maldita sea, es increíblemente sexy.

—¿Ah, sí?

—Tengo unas ganas tremendas de ponerlo en su sitio.

Carlo pasó a toda velocidad por un semáforo en ámbar.

—¿Y cuál es su sitio?

—Debajo de mi pulgar —riendo, Summer se acabó su porción de pizza—. Así que, por todas esas cosas, me he comprometido un año entero—. ¿Vas a comerte lo que te queda?

Carlo miró los restos de su pizza y luego dio un buen mordisco.

—Sí. ¿Y el consejo que querías?

Tras sorber de nuevo por la pajita, Summer descubrió que había tocado fondo.

—Si quiero conservar la cordura trabajando en el mismo proyecto un año entero, necesito una distracción —sonriendo, estiró los brazos hacia el cielo—. ¿Cuál es el modo más seguro de hacer que Blake Cocharan III se arrastre a mis pies?

—Eres absolutamente despiadada —dijo Carlo, sonriendo maliciosamente—. Para eso no necesitas mi consejo. Ya hay hombres que se arrastran a tus pies en veinte países distintos.

—No es cierto.

—Sencillamente, no miras detrás de ti, cara mía.

Summer frunció el ceño, sin saber si, a fin de cuentas, le gustaba la idea.

—Gira a la izquierda en la esquina, Carlo. Le echaremos un vistazo a mi nueva cocina.

Los olores y la apariencia de las cosas le resultaban bastante familiares, pero, al cabo de un momento, Summer vio una docena de cosas que deseaba cambiar. La iluminación era buena, pensó mientras caminaba del brazo de Carlo. Y el espacio. Pero necesitarían un horno empotrado a nivel de los ojos... y forrado de ladrillo. Había que cambiar el horno eléctrico y, además, se necesitaba más personal de cocina. Miró a su alrededor, comprobando los rincones del techo para ver si había altavoces. No había ninguno. Eso también habría que arreglarlo.

—No está mal, amor mío —Carlo tomó un gran cuchillo de cocinero y comprobó su peso y su filo—. Aquí tienes todos los rudimentos. Es como cuando te regalan un juguete nuevo en Navidad y tienes que montarlo, ¿no?

—Mmm —ella recogió distraídamente un cazo. Acero inoxidable, notó, dejándolo otra vez. Habría que cambiar las cacerolas por otras de cobre bañado con latón. Al darse la vuelta, se chocó con el pecho de Blake.

Durante una fracción de segundo, disfrutó del placer del contacto de su cuerpo. Su olor sofisticado y levemente distante la complacía. Luego la irritó darse cuenta de que no había sentido su presencia.

—Señor Cocharan —se apartó, disimulando tanto su atracción como su enojo tras una sonrisa cortés—. No pensaba encontrarlo aquí.

—Mi personal me mantiene bien informado, señorita Lyndon. Me han dicho que estaba aquí.

Summer se limitó a asentir con la cabeza.

—Éste es Carlo Franconi —comenzó—, uno de los mejores cocineros de Italia.

—El mejor cocinero de Italia —la corrigió Carlo, tendiendo la mano—. Es un placer conocerlo, señor Cocharan. He disfrutado a menudo de la hospitalidad de sus hoteles. Su restaurante de Milán hace unos linguini muy pasables.

—Eso es un gran cumplido, viniendo de Carlo —explicó Summer—. Cree que no hay nadie capaz de hacer un plato italiano, salvo él.

—No es que lo piense, es que lo sé —Carlo alzó la tapa de una cacerola humeante y comenzó a olfatear—. Summer me ha dicho que va a trabajar para su restaurante. Es usted un hombre afortunado.

Blake miró a Summer y se fijó en la mano delgada y morena que Carlo había posado sobre su hombro. Los celos constituyen una emoción que se reconoce de inmediato, aunque nunca antes se haya experimentado. Y a Blake no le gustaba.

—Sí, en efecto. Ya que está aquí, señorita Lyndon, tal vez quiera firmar el contrato definitivo. Así nos ahorraríamos otra reunión.

—Está bien. ¿Carlo?

—Adelante, ocúpate de tus asuntos. Ahí están haciendo una asado de cordero. Me interesa verlo —sin mirar atrás, se alejó de ellos.

—Carlo es un hombre feliz —comentó Summer mientras atravesaba la cocina al lado de Blake.

—¿Ha venido por negocios?

—No, sólo quería verme —contestó ella despreocupadamente, y Blake sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

De modo que a ella le gustaban los italianos guapos, pensó con acritud, y deslizó una mano sobre su brazo sin ser consciente de ello. Eso era asunto de ella. El suyo era meterla en la cocina lo antes posible.

En silencio, Blake la condujo a través del vestíbulo y la hizo entrar en las oficinas del hotel, silenciosas y prácticas. Summer captó fugaces impresiones antes de que Blake la condujera a una sala más amplia que era, obviamente, su despacho.

La habitación estaba decorada en tonos hueso, crema y tostado y la decoración era algo más moderna que la de su apartamento. Sin embargo, Summer reconoció de inmediato el sello de Blake. Sin que él se lo pidiera, tomó asiento en una silla. Era poco más de mediodía, pero de pronto se le ocurrió que llevaba de pie casi seis horas seguidas.

—Es una suerte que me haya pasado por aquí estando usted en la oficina —comenzó, quitándose los zapatos—. Así resolveremos de una vez este asunto del contrato. Ya que lo he aceptado, será mejor que empecemos cuanto antes —así sólo quedarían trescientos sesenta y cuatro días, se dijo para sus adentros, y suspiró.

A él no le agradaba su actitud despreocupada en lo que al contrato se refería, como tampoco le agradaba el afecto espontáneo que demostraba hacia el italiano. Se acercó a su mesa y tomó un montón de papeles. Cuando volvió a mirarla, su enojo se desvaneció en parte.

—Pareces cansada, Summer.

Los párpados, que ella había bajado un momento, se alzaron de nuevo. Le chocaba que él la tuteara de pronto. Blake pronunciaba su nombre como si estuviera pensando en calor y tormentas. Summer sintió una opresión en el pecho y la atribuyó al cansancio.

—Lo estoy. A las siete de la mañana ya estaba haciendo merengue.

—¿Un café?

—No, gracias. Me temo que ya he tomado de sobra por hoy —miró los papeles que él sostenía y luego sonrió con una leve complacencia hacia sí misma—. Antes de que los firme, he de advertirte que voy a pedir ciertos cambios muy caros en la cocina.

— Razón de más para que firmes esto.

Ella asintió con la cabeza y extendió la mano.

— Puede que no te muestres tan amigable cuando recibas la factura.

Tomando una pluma del soporte que había sobre la mesa, Blake se la dio.

— Creo que los dos perseguimos lo mismo y que ambos estamos de acuerdo en que el coste es lo de menos.

— Puede que sí — con una fioritura, ella escribió su nombre sobre la línea de puntos—. Pero no soy yo quien va a firmar los cheques. Bueno... —le devolvió el contrato— ya es oficial.

— Sí — él dejó el papel sobre su mesa sin ni siquiera mirar su firma—. Me gustaría invitarte a cenar esta noche.

Ella se levantó, a pesar de que sus piernas se resistían un poco a sostener su peso de nuevo.

— Tendremos que sellar nuestro acuerdo en otra ocasión. Esta noche salgo con Carlo —sonriendo, le tendió la mano—. Naturalmente, puedes unirme a nosotros.

— Esto no tiene nada que ver con los negocios —Blake tomó su mano y, para sorpresa de ambos, a continuación le agarró la otra—. Quiero verte a solas.

Summer comprendió de pronto que no estaba preparada para aquello. Se suponía que era ella quien debía tomar la iniciativa, a su debido tiempo y en su propio medio. Ahora se vería forzada a realinear sus piezas y a enfrentarse al ardor que calentaba su sangre bajo la piel. Decidida a no dejarse vencer esta vez,ladeó la cabeza y sonrió.

— Estamos solos.

Él arrugó la frente. ¿Era aquello un desafío o se estaba burlando Summer de él con todo descaro? En cualquier caso, Blake no estaba dispuesto a dejar escapar la ocasión. La atrajo hacia sí con firmeza. Ella se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Ambos lo notaron, turbados.

Summer tenía los ojos fijos en los de él y Blake vio, fascinado, que sus pintas doradas se habían oscurecido. Eran de pronto color ámbar y parecían fulgurar sobre sus iris castaños, velados y mudables. Apenas consciente de lo que hacía, Blake le apartó el pelo de la mejilla en un gesto a un tiempo tan tierno e íntimo como impropio de él.

Summer intentó no dejarse conmover por algo de tan poca importancia. La habían tocado cientos de hombres para saludarla, porque eran amigos, porque estaban enfadados o porque la deseaban. No había razón para que el leve roce de la punta de un dedo sobre su piel hiciera que le diera vueltas la cabeza. Un esfuerzo de voluntad impidió que se fundiera en sus brazos o se apartara bruscamente. Se quedó quieta, mirándolo. Aguardando.

Cuando la boca de Blake descendió sobre la suya, Summer comprendió que estaba preparada. Aquel beso sería distinto, naturalmente, porque él era distinto. Sería nuevo porque él era nuevo. Pero eso era todo. Aquello no dejaba de ser una forma de comunicación básica entre seres humanos. Un roce de los labios, una presión, una forma de probar el sabor del otro. Nada había cambiado desde que la primera pareja se besara por primera vez, y así seguiría siendo pese al paso del tiempo y las civilizaciones.

Pero, en el instante en que sintió el contacto de los labios de Blake, aquella presión, aquel sabor, Summer comprendió que estaba en un error. ¿Distinto? ¿Nuevo? Aquellas palabras eran demasiado tibias. El roce de sus labios, pues sólo fue eso al principio, parecía cambiar la textura de cuanto se hallaba a su alrededor. Los pensamientos de Summer se revolvieron en un caos que, por alguna razón, parecía idóneo. La temperatura de su cuerpo subió en un abrir y cerrar de ojos. Ella, que creía saber qué esperaba exactamente, suspiró ante lo inesperado. Y extendió los brazos.

—Otra vez —murmuró cuando los labios de Blake quedaron suspendidos sobre los suyos. Con las manos apoyados a los lados de la cara de él, Summer lo atrajo hacia sí entre una neblina apasionada.

Blake había pensado que ella sería fría, tersa y fragante. Estaba convencido de ello. Tal vez por ello aquella llamada lo pilló completamente desprevenido. Era tersa. Su piel se asemejaba a la seda cuando pasaba las manos por su espalda hasta agarrar su cuello. Y fragante. Poseía un olor que, de allí en adelante, Blake siempre asociaría con el sexo femenino. Pero no era fría. No había frialdad alguna en el modo en que su boca se aferraba a la de él, ni en el aliento que se mezclaba con el suyo cuando sus labios se abrieron. Había algo perturbador en todo aquello. Blake no lograba asirlo, no podía analizarlo, sólo dejarse llevar por lo que sentía.

Con un sonido profundo y casi felino de placer, ella pasó las manos entre el pelo de Blake. Dios, pensaba que no le quedaba por conocer textura ni sabor alguno. Pero el sabor y la textura de Blake superaban sus expectativas y, en ese instante, se hallaban al alcance de su mano. Summer se deleitó en ellas y dejó que sus labios y su lengua se impregnaran de su dulzura.

«Más». Ella nunca había sido avariciosa. Había crecido en un mundo de abundancia donde todo estaba disponible. Por primera vez en su vida, Summer conoció la verdadera ansia, la auténtica necesidad, y descubrió que aquellas cosas conllevaban dolor. Un profundo pozo de dolor que manaba desde el centro de su cuerpo. «Más», pensó de nuevo, sabedora de que, cuanto más tomara, más deseo sentiría.

Blake sintió que se tensaba. Sin saber la causa, la apretó con más fuerza. La deseaba en ese preciso instante, inmediatamente, más de lo que había deseado a cualquier otra mujer. Ella se removió en sus brazos, resistiéndose por primera vez. Echando hacia atrás la cabeza, clavó la mirada en los ojos apasionados y ávidos de Blake.

—Ya basta.

—No —la mano de él seguía enredada entre su cabello—. No, no basta.

—No —dijo ella con voz vacilante—. Por eso debes soltarme.

Ya se sentía más calmada, aunque no mucho. Era hora de fijar las normas, sus normas, rápida y minuciosamente.

—Blake, tú eres un hombre de negocios, y yo una artista. Cada uno de nosotros tiene sus prioridades. Esto... —ella dio un paso atrás y se irguió—... no puede ser una de ellas.

—¿Quieres que nos apostemos algo?

Ella achicó los ojos, más sorprendida que enfadada. Era extraño que hasta entonces no hubiera reparado en la rudeza de Blake, pero prefería pensar en ello más tarde, cuando hubiera cierta distancia entre ellos.

—Vamos a trabajar juntos con un propósito concreto —continuó suavemente—, pero somos dos personas muy distintas, y nuestras metas también lo son. A ti te interesa el beneficio económico, naturalmente, y la reputación de tu empresa. A mí me interesa crear el escaparate adecuado para mi arte, y mi propia reputación. Los dos queremos tener éxito. Intentemos no enturbiar las cosas.

—Las cosas están perfectamente claras —replicó Blake—. Y esto también. Te deseo.

—Ah —dijo ella lentamente, y agarró con presteza su bolso, que había dejado tirado en el suelo—. Directo al grano.

—Sería un poco ridículo dar rodeos en este momento —una sensación de regocijo comenzaba a superponerse sobre la frustración de Blake. Se alegraba de ello porque de ese modo podría recuperar la entereza que había empezado a perder nada más probar el sabor de Summer—. Tendrías que ser tonta para no darte cuenta.

—Y no lo soy —aun así, ella retrocedió, confiando en que su aplomo la sacara de allí antes de que perdiera la escasa ventaja que aún tenía—. Pero es tu cocina, que pronto será la mía, lo que más me preocupa ahora. Con el dineral que vas a pagarme, deberías alegrarte de que sepa cuáles son las prioridades en este proyecto. Haré una lista provisional de reformas necesarias y equipamiento nuevo que tendrás que pedir el lunes por la mañana.

—De acuerdo. Iremos a cenar el sábado.

Summer se detuvo en la puerta, dio media vuelta y sacudió la cabeza.

—No.

—Te recogeré a las ocho.

Resultaba extraño que alguien ignorara una afirmación suya. En lugar de dejarse llevar por la ira, Summer probó con el tono paciente que recordaba de su institutriz. Era enfurecedor.

—Blake, he dicho que no.

Si él se enfureció, logró disimularlo a la perfección. Se limitó a sonreír como se sonreía a un niño travieso. Al parecer, los dos podían jugar al mismo juego con idéntica habilidad.

—A las ocho —repitió Blake, sentándose en una esquina de la mesa—. Hasta podemos comer tacos, si quieres.

—Eres muy terco.

—Sí, lo soy.

—Yo también.

—Sí, en efecto. Nos veremos el sábado.

Ella tuvo que hacer un arduo esfuerzo para mirarlo con enojo, porque en realidad estaba deseando echarse a reír. Al final, se conformó con dar un fuerte portazo.

Capítulo IV

—¡Qué cara más dura! —masculló Summer. Le propinó otro mordisco a su perrito caliente, arrugó el ceño y tragó—. ¡Qué cara más dura tiene ese hombre!

—No deberías dejar que eso te quite el apetito, cara —Carlo le dio una palmada en el hombro mientras paseaban por la acera en dirección a la soberbia y desgastada fachada del Independence Hall.

Summer le dio otro mordisco a su perrito. Al sacudir la cabeza, el sol se reflejaba en las puntas de su pelo y las teñía de oro.

—Cállate, Carlo. Es tan arrogante... —con la mano Ubre hizo un ademán impetuoso mientras seguía masticando, casi con furia, el panecillo y la salchicha—. Carlo, yo no acepto órdenes de nadie, y menos aún de un ejecutivo americano trajeado y repulido, con tendencias dictatoriales e increíbles ojos azules.

Aquella descripción hizo alzar una ceja a Carlo, quien a continuación lanzó una mirada de admiración a una rubia de largas piernas, provista de una minifalda rosa, que pasó junto a ellos.

—Claro que no, mi amor —dijo distraídamente, girando la cabeza para seguir el avance de la rubia calle abajo—. Filadelfia tiene atracciones turísticas de lo más fascinante, ¿sabes?

—Yo soy quien toma las decisiones, quien dirige mi vida —rezongó Summer, tirándole del brazo al ver hacia dónde se dirigía su atención—. Yo acepto sugerencias, Franconi, no recibo órdenes.

—Siempre ha sido así —Carlo lanzó una última mirada soñadora por encima del hombro. Quizá pudiera convencer a Summer para que pararan en alguna parte, en un banco del parque, en la terraza de un café, donde pudiera echar un vistazo más... atento a las atracciones de Filadelfia—. Estarás cansada de andar, cielo —comenzó a decir.

—No pienso cenar con él esta noche. De ninguna manera.

—Eso le enseñará a tratar con Summer Lyndon —aquel parque, pensaba Carlo, tenía posibilidades de lo más interesante.

Ella le lanzó una mirada amenazante.

—A ti te hace mucha gracia porque eres un hombre.

—Es a ti a quien le hace gracia —la corrigió Carlo, sonriendo—. Y a quien le interesa.

—No es cierto.

—Oh, sí, cara mia, claro que te interesa. ¿Por qué no nos sentamos para que pueda contemplar la... belleza de tu ciudad de adopción? A fin de cuentas... —se tocó el ala del sombrero al tiempo que una morena en pantalones cortos pasaba a su lado—, soy un turista, ¿no?

Ella advirtió el brillo de sus ojos y la razón del mismo. Tras soltar un bufido, giró bruscamente a la derecha.

—Yo te daré atracciones turísticas, amico.

—Pero Summer... —Carlo divisó a una pelirroja con pantalones ceñidos que iba paseando a un perro—. La vista desde aquí es muy educativa y edificante.

—Yo sí que te voy a edificar —le prometió ella, tirando de él con fuerza—. El Segundo Congreso Continental se reunió aquí en 1775, cuando el edificio recibía el nombre de Parlamento de Pennsylvania.

Se oyó un retumbar de pasos y voces. Un grupo de escolares pasó a su lado, guiado por una profesora de aspecto severo y puntilloso, calzada con cómodos zapatos.

— Fascinante — masculló Carlo—. ¿Por qué no nos vamos al parque, Summer? Hace un día precioso.

— Me consideraría una pésima amiga si no te ofreciera una sucinta lección de historia antes de que te marches esta tarde, Carlo —lo agarró del brazo con más fuerza—. Fue concretamente el 8 de julio, no, el cuatro de julio de 1776, cuando la Declaración de Independencia se leyó ante el gentío que abarrotaba el patio exterior del edificio.

— Increíble — ¿aquella morena no iba camino del parque?—. No sabes cuánto me interesa la historia de Estados Unidos, pero puede que un poco de aire fresco...

— No puedes marcharte de Filadelfia sin ver el Liberty Bell —tomándolo de la mano, Summer tiró de él—. Los símbolos de la libertad son internacionales, Carlo —ella ni siquiera escuchó lo que Carlo mascullaba, mientras sus pensamientos volvían a girar en torno a Blake—. Pero ¿qué está intentando demostrar con ese machismo y esa pinta tan relamida? —preguntó—. Decirme que me recogería a las ocho después de que yo me negara a ir... —apretando los dientes, puso los brazos en jarras y miró a Carlo con enojo—. ¡Hombres! Sois todos iguales, ¿lo sabías?

— Nada de eso, carissima —divertido, él le lanzó una sonrisa encantadora y pasó los dedos por sus mejillas—. Somos todos únicos, sobre todo yo. Hay mujeres en todas las ciudades del mundo que pueden confirmarlo.

— Cerdo —masculló ella, negándose a dejarse ablandar por su sentido del humor. Se acercó un poco más a él, sin reparar en que había un grupo de tres universitarias pendientes de cada palabra—. Conmigo no presumas de donjuán, maldito sátiro italiano.

— Pero Summer... —él se llevó la mano de Summer a los labios mientras observaba a las tres chicas por encima de ella—. Yo soy un... connoisseur.

Ella dejó escapar un bufido poco femenino.

— Vosotros, los hombres —añadió, desasiendo su mano—, pensáis que una mujer es un juguete con el que uno se puede divertir un rato y luego desecharlo. Conmigo nadie va a jugar a eso.

Sonriendo de oreja a oreja, Carlo la tomó de las manos y se las besó.

— Ah, no, no, cara mia. Una mujer es el más exquisito plato.

Summer achicó los ojos. Mientras las tres chicas se arrimaban un poco más, intentó contener una sonrisa.

— ¿Un plato? ¿Te atreves a comparar a una mujer con un guiso?

— Con un guiso exquisito —le recordó Carlo—. Un guiso que se espera con gran emoción, que se disfruta largamente, que se saborea, que incluso se venera.

Ella arqueó las cejas.

— ¿Y cuando el plato está limpio, Carlo?

— Permanece en la memoria —juntando el pulgar y el índice, se los besó teatralmente—. Regresa en sueños y te fuerza a buscar eternamente una experiencia igual de sensual.

– Muy poético –dijo ella secamente—. Pero yo no pienso ser el entrante de nadie.

– No, Summer, querida, tú eres el postre más prohibido, y, por tanto, el más deseable –les hizo un guiño a las tres chicas—. Ese tal Cocharan, ¿no crees que se le hace la boca agua cada vez que te ve?

Summer dejó escapar una breve risa, se alejó dos pasos y se detuvo. Aquella imagen poseía un atractivo extraño y primigenio. Intrigada, echó un vistazo por encima del hombro.

– ¿Tú crees que sí?

Carlo deslizó un brazo alrededor de su cintura y comenzó a llevarla fuera del edificio. Todavía quedaba tiempo para tomar un poco el aire y admirar a las corredoras de largas piernas del parque. Tras ellos, las tres chicas comenzaron a mascullar, desilusionadas.

– Cara, yo he estudiado minuciosamente el amore. Sé lo que veo en los ojos de otro hombre.

Summer intentó sofocar un arrebato de placer y se encogió de hombros.

– Vosotros, los italianos, os empeñáis en poner una bonita etiqueta a lo que no es más que simple lujuria.

Con un gran suspiro, Carlo la condujo al exterior.

– Summer, para tener sangre francesa, no tienes ni pizca de romanticismo.

– El romanticismo es cosa de novelas y películas.

– El romanticismo –puntualizó Carlo– está en todas partes –aunque ella había hablado con desenfado, Carlo sabía que estaba siendo perfectamente sincera. Ello le preocupaba y, al mismo tiempo, como amigo suyo, le desilusionaba—. Deberías probar las velas, el vino y la música suave, Summer. Experimenta un poco. No te hará ningún daño.

Ella le lanzó una extraña mirada oblicua mientras caminaban.

– ¿Tú crees?

– De Carlo puedes fiarte como de nadie.

– Oh, sí –riendo de nuevo, le rodeó los hombros con el brazo—. No confío en nadie más, Franconi.

Eso también era la pura verdad. Carlo suspiró de nuevo, pero continuó con idéntica ligereza:

– Entonces, confía en ti, cara. Déjate guiar por tu intuición.

– Pero si yo ya confío en mí.

– ¿De veras? –esta vez, fue Carlo quien le lanzó una mirada de soslayo—. Creo que no te fías de ti misma si te quedas a solas con el americano.

– ¿Con Blake? –Carlo notó que se tensaba, enojada, bajo el brazo con que todavía le rodeaba la cintura—. Eso es absurdo.

– Entonces, ¿por qué te inquieta tanto la idea de cenar con él?

– Tu inglés está empeorando, Carlo. Inquietarme no es la palabra correcta. Lo que estoy es mosqueada –intentó relajarse bajo el brazo de Carlo y luego alzó la barbilla—. Estoy mosqueada porque él dio por sentado que cenaría con él y siguió pensándolo cuando le dije que no. Es una reacción normal.

—Sí, creo que tu reacción ante él es muy normal. Uno podría pensar que es... eh... incluso primitiva —se quitó las gafas de sol y las ajustó meticulosamente—. También vi cómo lo mirabas ese día en la cocina.

Summer lo miró arrugando el ceño y alzó la barbilla un poco más.

—No sabes lo que dices.

—Soy un gourmet —dijo Carlo, haciendo un amplio ademán con el brazo libre—. De la comida, sí, pero también del amor.

—Cíñete a la pasta, Franconi.

Él se limitó a sonreír y le dio una palmadita en el costado.

—Carissima, mi pasta nunca se pega.

Ella pronunció una sola palabra en francés en el tono más dulce. Siguieron caminando en mutua sintonía, a pesar de que los dos iban pensando qué ocurriría por fin aquella noche a las ocho.

Fue deliberado, planificado y sumamente satisfactorio. Summer se puso sus vaqueros más viejos y una camiseta descolorida que tenía deshilacliado el dobladillo de una de las mangas. Ni siquiera se molestó en maquillarse un poco. Tras despedir a Carlo en el aeropuerto, se había parado a comprar pollo frito con patatas y ensalada de col en el drive—in de un restaurante de comida rápida.

Abrió una lata de refresco sin azúcar y sintonizó la televisión para ver una comedia de situación que estaban reponiendo. Agarró un muslo y empezó a mordisquearlo. Había pensado en vestirse de punta en blanco y luego pasar como una exhalación junto a Blake cuando llegara a su puerta diciéndole despreocupadamente que tenía otra cita. Sería muy satisfactorio. Pero, de ese modo, resolvió mientras apoyaba los pies en el sillón, podía ponerse cómoda e insultarle al mismo tiempo. Tras pasar el día caminando por la ciudad mientras Carlo coqueteaba con todas las mujeres entre los seis años y los sesenta, sentirse cómoda era tan importante como el insulto.

Satisfecha con su estrategia, Summer se recostó y aguardó que llamaran a la puerta. No tardaría mucho, se dijo. Estaba convencida de que Blake era un obseso de la puntualidad. Y puntilloso, añadió, echándole un vistazo a su destartado y cómodamente desordenado apartamento.

Además de arrogante, se recordó mientras arrebañaba el muslo de pollo. Llegaría enfundado en un elegante traje hecho a mano, con la camisa almidonada y gemelos con sus iniciales en los puños. Sus zapatos italianos de piel no tendrían ni una sola mota de polvo. No habría ni un solo pelo fuera de su sitio. Complacida, Summer miró el bajo deshilacliado de sus vaqueros más viejos. Una lástima que no tuvieran además unos buenos agujeros.

Sonriendo maliciosamente, extendió el brazo hacia su refresco. Con agujeros o sin ellos, estaba claro que no parecía una mujer que estuviera esperando ansiosamente a un hombre. Y eso, concluyó Summer, era lo que un hombre como Blake no se esperaba. Sorprenderlo le daría un placer enorme. Enfurecerlo le gustaría aún más.

Cuando llamaron a la puerta, Summer miró a su alrededor con indolencia antes de desdoblar las piernas. Se levantó despacio, se desperezó y luego se acercó a la puerta.

Por segunda vez, Blake lamentó no tener a mano una cámara para immortalizar su expresión de perplejidad cuando abrió la puerta. Ella no dijo nada; se limitó a mirarlo fijamente. Con una leve sonrisa en los labios, Blake metió las manos en los bolsillos de sus pantalones ceñidos y descoloridos. Nunca, pensó, había obtenido tanto placer sorprendiendo a alguien. Le daban ganas de convertirlo en costumbre.

— ¿Está lista la cena? — olfateó el aire — . Huele bien.

Maldita fuera su arrogancia... y su intuición, pensó Summer. ¿Cómo conseguía siempre ir un paso por delante de ella? Salvo porque llevaba unas viejas zapatillas de tenis, iba vestido casi igual que ella. Y lo que resultaba aún más irritante era que pareciera sentirse tan a gusto y estuviera tan atractivo tanto con unos vaqueros y una camiseta como cuando llevaba un elegante traje de negocios. Haciendo un esfuerzo, Summer logró controlar su enojo y sendos arrebatos de regocijo y deseo. Tal vez las reglas hubieran cambiado, pero el juego aún no había acabado.

— Mi cena está lista — le dijo con frialdad — . No recuerdo haberte invitado.

— Dije a las ocho.

— Y yo dije que no.

— Dado que no querías salir... — él tomó sus manos antes de entrar como una exhalación — , pensé que comeríamos aquí.

Summer se quedó en la puerta abierta, con las manos atrapadas. Podía ordenarle que se fuera, pensó. Exigir—selo. Y él lo haría. Aunque no le importaba ponerse antipática, no le encontraba el gusto a ganar una batalla de manera tan directa. Tendría que encontrar un método más tortuoso y gratificante de quedar por encima de él.

— Eres muy persistente, Blake. Incluso podría pensarse que eres testarudo.

— Sí. ¿Qué hay de cena?

— Muy poco — soltando una de sus manos, Summer señaló la caja del restaurante de comida rápida.

Blake alzó una ceja.

— Tu debilidad por la comida rápida es muy curiosa. ¿Has pensado alguna vez en abrir tu propia cadena? ¿Minute Croissants? ¿Pastelitos A Todo Gas?

Ella intentó no reírse.

— El empresario eres tú — le recordó — . Yo soy una artista.

— Con el apetito de un adolescente — Blake se alejó lentamente y sacó un muslito de pollo de la caja. Se arrellanó en el sofá y puso los pies encima de la mesa — . No está mal — dijo tras dar el primer mordisco — . ¿No hay vino?

No, Summer no quería reírse, estaba decidida a no hacerlo, pero al verlo allí repantigado con su cena, tuvo que contener la risa. Tal vez su plan de insultarlo no hubiera funcionado, pero estaba claro qué iba a depararles la noche. Ella sólo necesitaba una excusa para lanzarle una buena pulla.

— Refrescos sin azúcar — se sentó y alzó la lata — . Hay más en la cocina.

— Esta está bien — Blake le quitó la lata y bebió — . ¿Así es como pasa sus noches una de las mejores reposteras del mundo?

Alzando una ceja, Summer volvió a quitarle la lata.

— La mejor repostera del mundo pasa sus noches como le da la gana.

Blake cruzó los tobillos y se quedó mirándola. Las pintas de sus ojos eran más sutiles esa noche, quizá porque estaba relajada. Le gustaba pensar que podía volver a hacerlas brillar antes de que acabara la noche.

—Sí, estoy seguro de que así es. ¿Ocurre lo mismo en otras facetas de tu vida?

—Sí —Summer tomó otro pedazo de pollo antes de darle a Blake una servilleta de papel—. He decidido tolerar tu presencia... de momento.

Mirándola, él dio otro mordisco.

—¿De veras?

—Por eso estás aquí, comiéndote la mitad de mi cena —ella ignoró su risa y apoyó los pies encima de la mesa, junto a los de él. La situación tenía algo de doméstico que encantaba a Summer y algo íntimo que la hacía desconfiar. Era demasiado cauta para permitirse olvidar el efecto que había surtido sobre ella un solo beso de Blake. Y era demasiado terca para dar marcha atrás.

—Siento curiosidad por saber por qué insististe en verme esta noche —un anuncio de cera para suelos cruzó la pantalla del televisor. Summer lo miró antes de volverse hacia Blake—. ¿Por qué no me lo explicas?

Él tomó un tenedor de plástico y probó la ensalada de col.

—¿La razón personal o la profesional?

Summer pensó que demasiado a menudo respondía a una pregunta con otra pregunta. Era hora de bajarle los humos.

—¿Por qué no vas por partes?

¿Cómo era posible que se comiera aquella bazofia?, se preguntó Blake, dejando el tenedor en la caja. Cuando se la miraba, uno podía imaginársela en los restaurantes más elegantes del mundo: flores, vino francés, camareros envarados, ella vestida de seda, jugueteando con un postre exótico.

Summer frotó la planta desnuda de uno de sus pies sobre el otro mientras le daba otro mordisco al pollo. Blake sonrió, a pesar de que se preguntaba por qué se sentía tan atraído por ella.

—Los negocios primero, entonces. Vamos a trabajar juntos al menos durante unos meses. Creo que es conveniente que nos conozcamos mejor, averiguar cómo trabaja el otro para que podamos hacer los ajustes convenientes cuando sea necesario.

—Lógico —Summer sacó un par de patatas y le ofreció la caja a Blake—. Conviene que sepas desde el principio que no pienso aceptar ningún ajuste en absoluto. Yo sólo trabajo de un modo: el mío. Y... ¿en cuanto a lo personal?

Él admiraba su seguridad y su completa falta de compromiso. Pensaba explorar la primera y deshacer la segunda.

—Personalmente, me parece una mujer preciosa e interesante —la miró mientras metía la mano en la caja—. Quiero llevarte a la cama —al ver que ella no decía nada, se puso a mordisquear una patata—. Y creo que deberíamos conocernos un poco mejor antes —la mirada de Summer era directa y fija. Él sonrió—. ¿Te parece lógico?

—Sí, y también arrogante. Al parecer, estás bien pertrechado de ambas cosas, pero... —se limpió los dedos en la servilleta antes de volver a tomar el refresco—, eres sincero. Y yo admiro la sinceridad en los demás —levantándose, bajó la mirada hacia él—. ¿Has acabado?

La mirada de Blake era tan fría como la de ella cuando le alcanzó la caja.

—Sí.

—Da la casualidad de que tengo un par de pasteles en la nevera, si te interesa.

—¿Del supermercado?

Los labios de Summer se curvaron lenta y levemente.

—No. Yo tengo ciertas reglas. Son mías.

—Entonces no puedo ofenderte rechazándolos.

Esta vez, Summer se echó a reír.

—Estoy segura de que la cortesía es lo único que te mueve.

—Eso, y la glotonería —añadió mientras ella se alejaba.

«Tiene aplomo», pensó Blake, recordando su reacción cuando le había dicho lo de llevársela a la cama. Su frialdad, su dominio de sí misma, le intrigaban. O, quizá, le parecían un desafío.

¿Era sólo una fachada? Si lo era, le apetecía tener la oportunidad de desmontarla. Lentamente, pensó, incluso perezosamente, hasta que encontrara la pasión que yacía debajo. Estaría allí, como uno de sus postres, oscura y prohibida bajo una fría capa blanca. Blake pensaba probarla antes de que pasara mucho tiempo.

Le temblaban las manos. Summer se maldijo mientras abría la nevera. Blake la había dejado de una pieza, tal y como pretendía. Ella sólo esperaba que no hubiera descubierto lo que se escondía debajo de la aparente naturalidad con que había acogido sus palabras. Sí, Blake había querido sorprenderla, pero había dicho exactamente lo que sentía. Eso, ella podía comprenderlo. En ese momento no tenía tiempo para analizar y asumir sus sentimientos. Sólo podía contar con su reacción inmediata, que no había sido perplejidad, ni enojo, sino una especie de excitación nerviosa que no experimentaba desde hacía años.

Qué idiotez, se dijo mientras colocaba los pasteles en dos platos de porcelana de Meissen. Ella no era una adolescente que se deleitara en los halagos. Y tampoco toleraría que alguien la informara sumariamente de que estaba a punto de convertirse en su amante. Sabía que las aventuras amorosas eran arriesgadas, consumían tiempo y distraían. Y, además, siempre había una parte que se implicaba más que la otra, y que, por lo tanto, era más vulnerable. Ella no podía permitirse ponerse en esa tesitura. Sin embargo, seguía sintiendo un leve hormigueo nervioso.

Iba a tener que hacer algo respecto a Blake Cocha—ran, resolvió mientras servía dos tazas de café. Y tendría que hacerlo enseguida. El problema era... ¿qué haría? Mientras colocaba las tazas y platos en una bandeja, decidió hacer lo que mejor se le daba en momentos de mucha presión: improvisaría.

—Estás a punto de tener una experiencia sensual memorable.

Blake alzó la mirada y la vio entrar en la habitación con la bandeja en las manos. De pronto, el deseo se apoderó de él con inusitada fuerza, y comprendió que, si quería mantener el control de la situación, tendría que jugar con astucia.

—Mis pasteles de crema y chocolate no deben tomarse a la ligera —continuó Summer—. Deben comerse con reverencia.

Él esperó hasta que ella se sentó a su lado de nuevo para tomar uno de los platos. «Muy hábil», pensó de nuevo al sentir que su olor flotaba hasta él.

—Haré lo que pueda.

—En realidad... —ella bajó su tenedor y cortó un pedazo—, no se requiere ningún esfuerzo. Sólo saboréalo —incapaz de resistirse, Summer le acercó el tenedor a los labios.

Él la miró fijamente mientras Summer le daba el pedazo de pastel. La luz que entraba oblicuamente por la ventana, a su espalda, se reflejaba en sus ojos. Blake notó que en ese momento parecían más verdes, casi felinos. Un hombre cualquiera podía perder la cabeza intentando definir aquel color, interpretar aquella expresión. La densa crema y la leve masa del pastel se derritieron en su boca. Su sabor era exótico, único, deseable..., como su creadora. El primer bocado, lo mismo que el primer beso, exigían más.

—Increíble —murmuró él, y los labios de Summer se curvaron.

—Por supuesto —mientras partía otro pedazo, la mano de Blake se cerró sobre su muñeca. Su pulso se aceleró brevemente, Blake lo notó, pero su mirada permaneció fría y fija.

—Te devolveré el favor —dijo él suavemente, y siguió agarrándola suavemente de la muñeca mientras con la otra mano tomaba el tenedor. Se movía despacio, con deliberación, manteniendo los ojos fijos en los de ella. Le acercó el pastel a la boca y luego se detuvo. Vio cómo se separaban sus labios y cómo asomaba la punta de su lengua. Habría sido tan fácil cerrar la boca sobre la de ella en ese instante... Por la rapidez de su pulso, sabía que ella no opondría resistencia. Pero, en lugar de hacerlo, le dio el pedacito de pastel y sintió cómo se encogían los músculos de su estómago al imaginar el sabor que en ese instante se extendía delicadamente por la lengua de Summer.

Ella nunca había sentido nada parecido. Había probado su propia comida en incontables ocasiones, pero nunca había tenido los sentidos tan aguzados. El gusto del pastel parecía llenarle la boca. Quería retenerlo allí, explorar aquella sensación que, de manera inesperada y con tanta intensidad, se había convertido en una experiencia sexual. Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para tragar y luego para articular palabra.

—¿Más? —preguntó.

La mirada de Blake se deslizó hasta su boca y volvió a alzarse hasta sus ojos.

—Claro.

Un juego peligroso. Ella lo sabía, pero decidió jugar. Y ganar. Lentamente, le dio el siguiente bocado. ¿Era el color de sus ojos más intenso? No le parecía estar imaginándolo, como tampoco eran producto de su imaginación las oleadas de deseo que parecían zarandearla. ¿Procedían de ella o de él?

En la televisión, alguien rompió a reír a carcajadas. Ninguno de ellos lo notó. Sería sensato retroceder ahora, cautelosamente. A pesar de que aquella idea cruzó su mente, Summer abrió la boca para probar el siguiente bocado.

Algunas cosas estallaban en la lengua; otras, la calentaban o la enervaban. Aquel sabor era fresco, elegante, no menos sensual que el champán, ni menos esencial que una fruta madura. Sus nervios comenzaron a calmarse, pero su conciencia se agudizó. Él llevaba un perfume sutil que la hacía pensar en bosques otoñales. Sus ojos eran del azul profundo del cielo vespertino. Cuando su rodilla rozaba la de ella, Summer sentía un calorillo que se filtraba por las dos capas de tela y acariciaba su carne. Fueron pasando los segundos sin que ella fuera consciente de

que ambos guardaban silencio, limitándose a alimentarse el uno al otro lenta y lujuriosamente. La atmósfera de intimidad los envolvía, no menos intensa ni excitante que el acto amoroso en sí mismo. El café se enfriaba. Las sombras se alargaban a través de la habitación a medida que se iba poniendo el sol.

– El último bocado – murmuró Summer, ofreciéndoselo –. ¿Te gusta?

Él tomó las puntas de su pelo entre el pulgar y el índice.

– Mucho.

Ella sintió un delicioso escalofrío. Aunque no se apartó, dejó el tenedor con gran cuidado. Se sentía tranquila y apaciguada. Demasiado, quizá. Y también vulnerable.

– Uno de mis clientes tiene pasión secreta por estos pasteles. Cuatro veces al año voy a Inglaterra y le hago dos docenas. El otoño pasado me regaló un collar de esmeraldas.

Blake alzó una ceja mientras enroscaba un mechón de su pelo en uno de sus dedos.

– ¿Eso es una indirecta?

– Me gustan los regalos – dijo ella con despreocupación –. Claro, que esas cosas no son muy apropiadas entre socios de negocios.

Cuando ella se inclinó hacia delante para tomar su café, Blake cerró los dedos sobre su pelo y la retuvo. En cuanto sus ojos se encontraron, Blake advirtió en su mirada una tibia sorpresa y un leve enojo. A Summer no le gustaba que nadie la manejara.

– Los negocios son sólo una faceta de nuestra relación. A estas alturas, los dos lo tenemos claro.

– Los negocios son la faceta principal, y la primera prioridad.

– Puede ser – resultaba difícil admitir, incluso para sí mismo, que empezaba a tener dudas al respecto –. En cualquier caso, no tengo intención de limitarme a esa faceta.

Si quería hacerse con el control de la situación, ése era el momento. Summer apoyó con indolencia un brazo sobre el respaldo del sofá y deseó que se deshiciera el nudo de su estómago.

– Me siento atraída por ti. Y creo que será difícil e interesante trabajar así durante los próximos meses. Dijiste que querías entenderme. Yo rara vez me explico a mí misma, pero esta vez haré una excepción – inclinándose de nuevo hacia delante, sacó un cigarrillo de su cajita –. ¿Tienes fuego?

Era extraño cómo lograba Summer despertar los sentimientos de Blake sin previo aviso. En ese momento, sentía irritación. Sacó su mechero y lo encendió. La vio inhalar el humo y luego expelerlo rápidamente, en un gesto que le pareció más debido a la costumbre que al placer.

– Adelante.

– Dijiste que conocías a mi madre – comenzó Summer –. En cualquier caso, habrás oído hablar de ella. Es una mujer guapa, inteligente y llena de talento. Yo la quiero mucho, tanto por ser mi madre como por ser una persona llena de alegría vital. Si tiene una debilidad, son los hombres – Summer dobló las piernas bajo ella y procuró relajarse –. Ha tenido tres maridos e innumerables amantes. Cada vez que tiene una relación, está convencida de que es para siempre. Cuando está liada con un

hombre, la felicidad la ciega. Los intereses de él son los suyos, y sus fobias, las de ella. Naturalmente, cuando la relación acaba, se queda hecha polvo —Summer dio una nueva calada al cigarrillo. Esperaba que él hiciera algún comentario de pasada. Pero al ver que se limitaba a escuchar, prolongó su relato más de lo que pretendía—. Mi padre es más práctico, y sin embargo se ha casado dos veces y ha tenido unos cuantos líos de faldas discretos. A diferencia de mi madre, que acepta los defectos de los demás, y que incluso disfruta de ellos una temporada, él busca la perfección. Dado que la perfección no existe entre el género humano, sino sólo en sus creaciones, sufre constantes decepciones. Mi madre busca diversión y romanticismo; mi padre busca la compañera perfecta. Yo no busco ninguna de las dos cosas.

—Entonces, ¿por qué no me dices qué es lo que buscas?

—El éxito —dijo ella con sencillez—. El amor tiene un principio y, por consiguiente, un fin. Una pareja exige compromiso y paciencia. Yo dedico toda mi paciencia a mi trabajo, y no tengo capacidad para comprometerme.

Aquello debería haber complacido a Blake; incluso debería haberle quitado un peso de encima. A fin de cuentas, él no buscaba más que una aventura pasajera, sin ataduras ni compromisos. No entendía por qué deseaba hacer que Summer se tragara aquellas palabras, pero así era.

—Nada de amor —dijo, asintiendo con la cabeza—. Nada de compromisos. Pero eso no descarta el hecho de que me deseas, y yo a ti.

—No —el humo le estaba dejando un regusto amargo en la boca. Mientras aplastaba el cigarrillo, pensó en lo mucho que se parecía aquella conversación a una negociación. Sin embargo, ¿no era así cómo ella prefería que fuera?—. He dicho que sería difícil trabajar de este modo, pero también es necesario. Tú quieres de mí un servicio, Blake, y yo estoy dispuesta a dártelo porque me apetece la experiencia y porque obtendré publicidad de ello. Pero cambiar el tono y la cara de tu restaurante va a ser un proceso largo y complejo. Si a ello se añade que tengo otros compromisos, no creo que tenga tiempo para distracciones personales.

—¿Distracciones? —¿por qué le enfurecía aquella sola palabra? El caso era que le enfurecía, al igual que su tono desdeñoso y profesional. Tal vez ella no pretendiera lanzarle un desafío, pero Blake no podía tomarse sus palabras de otro modo—. ¿Eso te distrae? —pasó un dedo por un lado de su garganta antes de agarrar su nuca.

Ella sintió la firme presión de sus dedos sobre la piel. Y vio en sus ojos rabia y deseo.

—Vas a pagarme mucho dinero por hacer mi trabajo, Blake —su voz era firme; el latido de su corazón, no—. Como empresario, deberías desear que las complicaciones sean las mínimas.

—Complicaciones... —repitió él. Hundió la otra mano entre su pelo para que ella echara la cara hacia atrás. Summer sintió que un arrebato de excitación le atravesaba la espalda—. ¿Esto es... —la besó suavemente en la mejilla— una complicación?

—Sí —su cerebro lanzaba la señal de retirada, pero su cuerpo no respondía.

—¿Y una distracción?

Blake se acercó lentamente a ella y lamió sus labios. La única presión era la de sus dedos, que se movían lenta y rítmicamente sobre la piel de la nuca de Summer.

Ella no se apartó, aunque se dijo que aún podía hacerlo. Nunca se había dejado seducir, y esa noche no era distinta a las demás.

Sólo probar, se dijo. Ella sabía paladear y juzgar los sabores, y apartarse luego incluso de los más tentadores.

—Sí —murmuró, y dejó que sus ojos se cerraran. No necesitaba ninguna imagen visual, sino sólo una sensación. Calor, tersura, humedad: la boca de Blake contra la suya. Firme, fuerte, persistente: los dedos de él sobre su piel. Sutil, viril, misterioso: el olor que emanaba de él. Cuando Blake pronunció su nombre, su voz flotó sobre ella como una brisa que arrastraba un retazo de calor y un atisbo de tormenta.

— ¿Cómo quieres que sea de simple, Summer? —Blake se daba cuenta de que estaba sucediendo otra vez. Aquella total implicación que nunca buscaba ni quería: una implicación total a la que no podía resistirse—. Sólo estamos tú y yo.

—En eso no hay nada de simple —ella lo rodeó con sus brazos, buscando de nuevo su boca.

Sólo era un beso, se dijo Summer mientras los labios de Blake rozaban oblicuamente los suyos. Todavía podía ponerle fin, aún seguía teniendo el dominio de la situación. Sin pensarlo, tocó con la punta de la lengua la de él para explorar su sabor. Su propio gemido resonó en sus oídos al acercarse más a él. Se hallaban cuerpo contra cuerpo, y, por alguna razón, se sentía bien. Aquella nueva idea se coló en su cabeza mientras el placer se concentraba en el juego de sus bocas.

¿Por qué los besos le habían parecido siempre tan simples, tan primitivos antes de aquel día? En su cuerpo había cientos de lugares donde palpitaba su pulso y de los que no había sido consciente hasta ese momento. Había placeres más intensos, más profundos de lo que había imaginado y que el gesto más elemental entre un hombre y una mujer podía hacer surgir y estallar. Ella había creído conocer los límites de sus deseos, la profundidad de sus pasiones... hasta ese instante. Sin apenas tocarla, Blake estaba arrancándole algo que no tenía nada que ver con la calma, el orden, la disciplina. Y, cuando lo hubiera liberado del todo, ¿qué pasaría?

Summer se hallaba al borde de algo que nunca antes había conocido. Sus emociones se habían apoderado por completo de su razón. Un paso más y él se apoderaría de ella por entero. No sólo de su cuerpo, ni de sus pensamientos, sino de aquella posesión más íntima y mejor guardada: su corazón.

Sintió ansia de él y se apartó. El la retuvo, permitiendo que se echara hacia atrás, pero con suficiente fuerza como para mantenerla cerca. Summer estaba sin aliento, conmovida. Mientras se esforzaba por pensar con claridad, decidió que era estúpido intentar negarlo.

—Creo que he demostrado mi teoría —logró decir.

—¿La tuya? —replicó Blake mientras pasaba una mano sobre su espalda—. ¿O la mía?

Ella respiró hondo y exhaló lentamente. Aquella leve muestra de emoción hizo que el deseo se apoderara de nuevo de Blake.

—He mezclado suficientes ingredientes como para saber que los asuntos de negocios y los asuntos personales no son una buena mezcla. El lunes voy a trabajar a Cucharan. Pienso hacer que tu dinero valga la pena. No puede haber nada más.

—Ya hay mucho más —él tomó su barbilla en la mano para mirarla a los ojos. En su fuero interno, era un amasijo de confusión y dolorosos deseos. Con aquel beso, aquel largo y lento beso, se le había olvidado su norma más estricta. Refrenar las emociones, tanto en los negocios como en el placer. Si no, podía cometer errores difíciles de rectificar. Necesitaba tiempo, y también distancia—. Ahora nos conocemos mejor —dijo al cabo de un momento—. Cuando hagamos el amor, nos entenderemos mejor.

Summer permaneció sentada cuando él se levantó. No estaba segura de que las piernas la sostuvieran.

—El lunes —dijo con voz más firme—, empezaremos a trabajar juntos. De ahora en adelante, no habrá nada más entre nosotros.

—Cuando se negocian tantos contratos como negocio yo Summer, se aprende que el papel es sólo eso: papel. No va a suponer ninguna diferencia.

Blake se acercó a la puerta pensando que necesitaba aire fresco para aclarar sus ideas y una copa para aplacar sus nervios. Le quedaba aún mucho camino por recorrer antes de que pudiera olvidar el deseo feroz de poseer a Summer Lyndon.

Con la mano en el pomo de la puerta, Blake se dio la vuelta para mirarla por última vez. Había algo en su modo de mirarlo con el ceño fruncido, en su mirada concentrada y seria, en sus labios suaves y fruncidos en un leve mohín, que le hizo sonreír.

—Hasta el lunes —le dijo, y se fue.

Capítulo V

¿Por qué demonios no dejaba de pensar en ella? Sentado a la mesa de su despacho, Blake estaba examinando el borrador de un contrato de veinte páginas para lo que prometía ser una larga y tensa reunión en la sala de juntas. No se estaba enterando de nada, lo cual no era propio de él. Lo sabía, lo lamentaba y no podía hacer nada al respecto.

El recuerdo de Summer llevaba días infiltrándose en su cerebro y desalojando todo lo demás. A él, para quien el orden y el dominio de sí mismo eran algo connatural, aquello le desquiciaba los nervios.

Lógicamente, no había razón alguna que justificara aquella obsesión. Él la llamaba obsesión a falta de un término más adecuado, pero ello no acababa de satisfacerlo. Summer era preciosa, reflexionó mientras sus pensamientos se alejaban de nuevo de las cláusulas del contrato. El conocía a cientos de mujeres hermosas. Era inteligente, pero mujeres inteligentes las había habido en su vida otras veces. Deseable... Incluso en ese momento, en su pulcro y apacible despacho, Blake podía sentir el primer cosquilleo del deseo. Pero el deseo tampoco le era desconocido.

Disfrutaba de las mujeres, como amigas y como amantes. Disfrute, pensó, era quizá la palabra clave. Él nunca había buscado nada más profundo en sus relaciones con las mujeres. Pero no estaba seguro de que fuera la palabra adecuada para describir lo que había ya entre él y Summer. Ella lo conmovía hasta el punto de que su entereza, innata en él, se tambaleaba. Sí, eso le desagradaba, pero no le impedía desear más. ¿A qué se debía?

Utilizando su método acostumbrado para resolver un problema, Blake se recostó en la silla y, tomando una pluma, comenzó a elaborar una lista de posibles respuestas.

Quizá parte de su atracción se debiera a que le gustaba manipular a Summer. No era fácil conseguirlo, y ello requería agudeza mental y cuidadosa planificación. Hasta ese momento, él siempre había llevado las de ganar. Pero era lo bastante realista como para darse cuenta de que no siempre sería así. Sin embargo, deseaba seguir probando. ¿Dónde se produciría su siguiente encontronazo?, se preguntaba. ¿Sería por cuestión de negocios... o por algo más personal? En cualquier caso, quería seguir adelante con ella casi tanto como deseaba hacerle el amor.

Y quizás otra razón fuera que sabía que ella sentía una atracción igualmente intensa por él, aunque se empeñara en negarlo. Él admiraba su fuerza de voluntad. Summer recelaba de las relaciones íntimas, pensó. ¿A causa del historial amoroso de sus padres? Sí, en parte, decidió. Pero no le parecía que esa fuera la única razón. Tendría que escarbar un poco para hacerse una idea cabal.

Se dio cuenta de que le apetecía hacerlo. Por primera vez en su vida, deseaba conocer a una mujer por completo. Su modo de penar, sus excentricidades, lo que la hacía reír, lo que la molestaba, lo que le pedía a la vida y lo que realmente anhelaba. Una vez supiera cuanto había que saber... No sabía qué pasaría entonces, pero deseaba conocerla, comprenderla. Y deseaba que fuera su amante como no había deseado nada antes.

Cuando el intercomunicador de su mesa sonó, Blake contestó automáticamente, con el pensamiento fijo en Summer Lyndon.

—Su padre va para allá, señor Cocharan.

Blake miró el contrato que tenía sobre la mesa y lo archivó mentalmente. Todavía necesitaba revisarlo durante una hora antes de que empezase la reunión.

—Gracias —mientras soltaba el botón del intercomunicador, las puertas del despacho se abrieron de golpe. Blake Cocharan II entró en la habitación con paso firme y al instante se enseñoreó de ella.

En complexión y color de pelo y tez, era semejante a su hijo. El ejercicio lo había mantenido en forma a pesar del paso de los años. Había mechones grises en su pelo oscuro, cubierto por una gorra blanca de capitán. Pero sus ojos eran jóvenes y vibrantes. Caminaba con el paso vivo y oscilante de un hombre más acostumbrado a la cubierta de un barco que a los suelos de tarima. Llevaba zapatillas de lona sin calcetines y un reloj suizo en la muñeca. Cuando sonreía, las arrugas cinceladas por el tiempo y el sol se plegaban alrededor de sus ojos y su boca. Mientras permanecía parado para saludarlo, Blake advirtió el leve olor a salitre y brisa marina que siempre asociaba con su padre.

—B.C. —sus manos se encontraron, una más vieja y encallecida que la otra, pero ambas firmes—. ¿Pasabas por aquí?

—Iba de camino a Tahití, a navegar un poco —B.C. sonrió de nuevo afablemente mientras se pasaba un dedo por la visera de la gorra—. ¿Te apetece hacerme de grumete?

—No puedo. Estoy muy liado las próximas dos semanas.

—Trabajas demasiado, chico —llevado por una vieja costumbre, B.C. se acercó al bar que había en el lado oeste de la habitación y se sirvió un bourbon solo.

Blake sonrió a espaldas de su padre mientras B.C. apuraba los tres dedos de licor. Era todavía mediodía.

– Lo hago sin querer, de veras.

Riéndose, B.C. se sirvió otra copa. Cuando aquél era su despacho, sólo tenía el mejor whisky. Se alegraba de que su hijo siguiera con la tradición.

– Puede ser..., pero a mí me pasó lo mismo.

– Tú hiciste tus deberes, B.C.

– Sí –veinticinco años, diez horas diarias, pensó. Habitaciones de hotel, aeropuertos y juntas directivas—. De tal palo, tal astilla –se volvió hacia su hijo. Era como mirarse en un espejo veinte años antes, pensó, y sonrió—. Ya te he dicho que no puedes dedicarte sólo a los hoteles –bebió con delectación y luego hizo que el bourbon girara en la copa—. Produce úlceras.

– Hasta ahora, no –sentándose de nuevo, Blake cruzó los dedos y observó detenidamente a su padre. Lo conocía muy bien, se había formado observando cómo llevaba el timón. Tal vez se dirigiera a Tahití, pero no se había pasado por Filadelfia por puro azar—. Has venido a la junta directiva.

B.C. asintió con la cabeza antes de ponerse a buscar las almendras saladas que había debajo de la barra.

– Tengo que hacer acto de presencia de vez en cuando –se metió dos almendras en la boca y masticó con placer—. Si compramos la cadena Hamilton, tendremos veinte hoteles más y más de dos mil empleados nuevos. Un gran paso.

Blake alzó una ceja.

– ¿Demasiado grande?

Riéndose, B.C. se dejó caer en una silla, frente al escritorio.

– Yo no he dicho eso, ni lo pienso. Y, al parecer, tú tampoco.

– No, es cierto –Blake rechazó con un gesto las almendras que su padre le ofrecía—. La Hamilton es una cadena excelente, pero está mal gestionada. Sólo los edificios merecen la inversión –le lanzó a su padre una mirada suave y comprensiva—. Podrías echarle un vistazo al Hamilton Tahití, ya que vas a estar allí.

B.C. se recostó en la silla, sonriendo. «El chico era listo», pensó, complacido.

– Se me ha pasado por la cabeza. Por cierto, tu madre te manda recuerdos.

– ¿Qué tal está?

– Metida hasta el cuello en una campaña para salvar otra ruina que se cae a pedazos –su sonrisa se hizo más amplia—. Así, por lo menos, no se pasa el día en la calle. Se reunirá conmigo en la isla la semana que viene. Tu madre es una mujer de armas tomar –mordió una almendra, pensando con agrado en la oportunidad de pasar algún tiempo con su esposa en el trópico—. Bueno, Blake, ¿cómo va tu vida sexual?

Blake inclinó la cabeza, divertido.

– Bien, gracias.

Dejando escapar una breve risotada, B.C. apuró el resto de la copa.

– Bien a secas es una deshonra para el nombre de los Cocharan. Nosotros lo hacemos todo en superlativo.

Blake sacó un cigarrillo.

– Ya he oído las historias que se cuentan por ahí.

—Todas ciertas —le dijo su padre, gesticulando con el vaso vacío—.Algún día tengo que contarte lo de esa bailarina de Bangkok en el 39. Mientras tanto, he oído decir que vas a lavarle un poco la cara a esto.

—Al restaurante, sí —Blake asintió con la cabeza y pensó en Summer—. Promete ser un... trabajo fascinante.

B.C. advirtió su tono y comenzó a insistir suavemente.

—Estoy de acuerdo en que este sitio necesita un poco de realce. Así que has contratado a un cocinero francés para que supervise los trabajos.

—Es medio francesa.

—¿Es una mujer?

—Sí —Blake expelió el humo, sabiendo adonde quería conducirlo su padre.

B.C. estiró las piernas.

—Conoce su oficio, supongo.

—De lo contrario, no la habría contratado.

—¿Es joven?

Blake dio otra calada a su cigarrillo y sofocó una sonrisa.

—Moderadamente, supongo.

—¿Atractiva?

—Eso depende de lo que consideres atractivo.Yo no la llamaría atractiva —aquella era una palabra demasiado tibia, pensó Blake—. Puedo decirte que está volcada en su profesión, que es perfeccionista y ambiciosa y que sus pasteles de crema y chocolate... —sus pensamientos retrocedieron hasta aquel momento embriagador—. Sus pasteles, no hay que perderselos.

—Sus pasteles —repitió B.C.

—Son deliciosos —Blake se recostó en la silla—.Absolutamente deliciosos —logró controlar su sonrisa mientras el intercomunicador sonaba de nuevo.

—La señorita Lyndon está aquí, señor Cocharan.

Lunes por la mañana, pensó Blake. Ella, tan profesional como siempre.

—Dígale que pase.

—Lyndon —B.C. dejó su copa—. Es la cocinera, ¿no?

—La chef—puntualizó Blake—. No estoy seguro de que responda al término «cocinera».

Se oyó una breve llamada a la puerta y entró Sum—mer. Sostenía una pequeña carpeta de cuero en una mano. Llevaba el pelo recogido en una trenza enrollada en la nuca, de tal modo que sus reflejos dorados se entremezclaban con el castaño. Su traje, de color morado oscuro, era de Chanel, sencillo y exquisito, y el cuello de su blusa de encaje se alzaba hasta enmarcar su cara. La estricta profesionalidad de su atuendo hizo que Blake se preguntara al instante qué llevaba debajo.

—Blake... —Summer le tendió la mano de manera formal. No quería pensar en lo que había pasado al besarse—.Te he traído la lista de cambios en el equipo y las sugerencias de las que hablamos.

—Bien —Blake vio que ella giraba la cabeza al levantarse B.C. de su silla. Y advirtió el destello que aparecía siempre en los ojos de su padre cuando se hallaba en compañía de una mujer hermosa—. Summer Lyndon, Blake Cocharan II. B.C, la señorita Lyndon va a dirigir la cocina del Cocharan House de Filadelfia.

—Señor Cocharan —Summer sintió sus dedos envueltos en una mano grande y callosa. De pronto se dio cuenta, sobresaltada, de que parecía Blake con treinta años más. Era distinguido, tenía la piel castigada por el sol, y poseía ese lustre inconfundible. Entonces B.C. sonrió, y ella comprendió que Blake seguiría siendo seductor tres décadas después.

—Llámame B.C. —dijo él, llevándose su mano a los labios—. Bienvenida a la familia.

Summer le lanzó a Blake una rápida mirada.

—¿A la familia?

—Aquí consideramos a cualquier empleado del Cocharan House como parte de la familia —B.C. señaló la silla que había dejado desocupada—. Por favor, siéntate. Permíteme que te sirva una copa.

—Gracias. Tal vez un poco de Perrier —Summer vio a B.C. cruzar la habitación antes de sentarse y apoyar la carpeta sobre su regazo—. Tengo entendido que conoce usted a mi madre, Monique Dubois.

B.C. se detuvo en seco y se dio la vuelta con la botella de Perrier en una mano y un vaso vacío en la otra.

—¿Monique? ¿Eres la hija de Monique? ¡Vaya, que me maten!

Años antes, tal vez dos décadas atrás, había tenido un breve y fogoso romance con la actriz francesa. Se habían separado amigablemente y él se había reconciliado con su mujer. Pero las dos semanas pasadas con Monique habían sido... memorables. Ahora se hallaba en el despacho de su hijo sirviéndole un Perrier a la hija de aquella mujer. El destino, pensó con sorna, era un tramposo hijo de perra.

Summer sospechaba ya que el padre de Blake y su madre habían sido amantes, pero en ese instante se convenció de ello. Cruzó las piernas, pensando en el destino. ¿De tal madre, tal hija?, se preguntaba. Oh, no, no podía ser en su caso. B.C. seguía mirándola fijamente. Por alguna razón que no alcanzaba a entender, Summer decidió ponerle las cosas fáciles.

—Mi madre es diente habitual de sus hoteles. No se aloja en ningún otro. Ya le he dicho a Blake que una vez cenamos con su padre de usted. Era un hombre muy amable.

—Cuando le convenía —replicó B.C, aliviado. «Lo sabe», concluyó antes de que su mirada vagara hasta la de Blake, en cuyo semblante advirtió un ceño reconcentrado que le resultaba sumamente familiar. «Y él también se enterará, si no te andas con cuidado, B.C.», pensó. Con el agua al cuello. Después de veinte años, podía verse todavía con el agua al cuello. Su esposa era el amor de su vida, su mejor amiga, pero veinte años no era tiempo suficiente para verse a salvo de una trasgre—sión.

—Así que... —acabó de servir el Perrier y le llevó el vaso a Summer—, decidiste no seguir los pasos de tu madre y te hiciste chef.

—Estoy segura de que Blake estará de acuerdo en que seguir los pasos de los padres es a menudo peligroso.

Blake comprendió instintivamente que no se refería a los asuntos de negocios. Summer y su padre intercambiaron una mirada que no alcanzó a entender.

—Depende de adonde lleve el camino —replicó Blake—. En mi caso, preferí considerarlo un reto.

— Blake sale a su abuelo — comentó B.C. —. Posee su misma lógica recelosa.

— Sí — murmuró Summer —. He podido comprobarlo.

— Según parece, decidió usted bien — continuó B.C. —. Blake me ha hablado de sus pastelitos de crema y chocolate.

Summer giró lentamente la cabeza hasta que se halló de nuevo mirando a Blake. Los músculos de su estómago y de sus muslos se encogieron al recordar. Su voz permaneció calmada y fría.

— ¿De veras? En realidad, mi especialidad es la bombe.

Blake la miró con fijeza.

— Una pena que no tuvieras ninguna a mano la otra noche.

Había vibraciones, pensó B.C., que no necesitaban rebotar en una tercera parte.

— Bueno, os dejo con vuestros asuntos. Tengo que ver a algunas personas antes de la reunión de la junta. Ha sido un placer conocerte, Summer — tomó de nuevo su mano y la sostuvo mientras sus ojos se encontraban—. Por favor, dale recuerdos a tu madre.

Summer notó que sus ojos eran iguales a los de Blake en color, forma y atractivo. Sus labios se curvaron.

— Lo haré.

— Blake, nos vemos esta tarde.

Blake se limitó a mascullar distraídamente, mirando a Summer en lugar de a su padre. La puerta se cerró antes de que hablara.

— ¿Por qué tengo la impresión de que estaba pasando algo de lo que no me he enterado?

— No tengo ni idea — dijo Summer con frialdad, alzando la carpeta—. Me gustaría que echaras un vistazo a estos papeles mientras estoy aquí, si tienes tiempo — abriendo la cremallera de la carpeta, sacó los documentos—. Así, si tienes alguna pregunta o no estás de acuerdo en algo, podemos resolverlo antes de que empiece abajo.

— Está bien — Blake tomó la primera hoja, pero siguió mirando a Summer por encima de ella—. ¿Ese traje está pensado para mantenerme a distancia?

Ella le lanzó una mirada altanera.

— No sé de qué estás hablando.

— Sí, claro que lo sabes. Y en otra ocasión me gustaría quitártelo capa por capa. Pero, en este instante, jugaremos a tu modo — sin decir una palabra más, bajó la mirada hacia el papel y comenzó a leer.

— Cerdo arrogante — dijo Summer claramente. Al ver que él ni siquiera se molestaba en alzar la mirada, cruzó los brazos sobre el pecho. Deseaba fumar un cigarrillo para hacer algo con las manos, pero se negaba aquel lujo. Se quedaría allí sentada, como una roca, y cuando llegara el momento defendería a capa y espada todos y cada uno de los cambios que había sugerido. Y se saldría con la suya. En ese campo, era ella la que mandaba.

Quería odiar a Blake por haberse dado cuenta de que se había puesto aquel traje elegante y formal para imprimir cierto tono a su entrevista. Pero, en lugar de hacerlo, admiraba aquella intuición que le hacía fijarse en los detalles más nimios. Deseaba odiarlo por inflamar su deseo con apenas una mirada y unas pocas palabras. Pero no le era posible: había pasado el resto del fin de semana deseando

alternativamente no haberlo conocido nunca y que volviera e insuflara en ella de nuevo aquel ardor. Blake constituía un problema, de eso no había duda. Summer tenía presente que los problemas se resolvían paso a paso. Paso uno, su cocina: enfatizando el posesivo.

—Dos hornos de gas nuevos —murmuró Blake mientras leía la hoja—. Un horno eléctrico y dos planchas más de ambas clases —sin bajar el papel, miró a Summer.

—Creo que ya te expliqué que se necesitaban hornos eléctricos y de gas. Primero, los tuyos están anticuados. Y segundo, en un restaurante de estas dimensiones hacen falta dos hornos de gas.

—Especificas las marcas.

—Naturalmente, sé con cuáles me gusta trabajar.

Él se limitó a alzar una ceja, pensando que los de suministros iban a protestar.

—¿Hay que cambiar todas las sartenes y las cacerolas?

—Sí, sin duda.

—Quizá deberíamos poner un mercadillo —masculló Blake, volviendo a la página. No tenía ni la menor idea de lo que era un sautoir o de por qué se necesitaban tres—. ¿Y la batidora industrial?

—Es esencial. La que tenéis es normal y corriente. Y yo no me conformo con algo normal y corriente.

Él sofocó una sonrisa al recordar lo que le había dicho su padre sobre lo que era normal en cuestión de relaciones amorosas.

—¿Has puesto tantas cosas en francés para confundirme?

—Las he puesto en francés —replicó ella— porque es así como se dicen.

El profirió un sonido indefinible mientras pasaba a la siguiente hoja.

—En cualquier caso, no tengo intención de ponerme a regatear por los utensilios de cocina, ni en francés ni en inglés.

—Bien, porque yo no tengo intención de trabajar con algo que no sea lo mejor

—Summer le sonrió y se recostó en el asiento. Primer tanto anotado.

Blake pasó la segunda hoja y continuó con la tercera.

—Quieres quitar las encimeras actuales, empotrar las planchas, poner un mostrador central y añadir tres metros más de encimera.

—Es más útil —dijo ella despreocupadamente.

—Y también se tardará más.

—¿Tienes prisa? Me has contratado a mí, Blake, no a un cocinero de comida rápida —la rápida sonrisa de Blake la hizo entornar los ojos—. Mi labor consiste en organizar la cocina, lo cual significa hacerla tan eficiente y creativa como me sea posible. Una vez hecho eso, me encargaré de la carta.

—¿Y todo esto —pasó rápidamente las cinco hojas impresas— es necesario?

—En cuestión de negocios, yo no me molesto con cosas innecesarias. Si no estás de acuerdo —dijo, levantándose—, podemos ponerle fin a nuestro acuerdo. Contrata a LaPointe —sugirió, irritada—. Tendrás una cocina ostentosa, cara y de segunda fila que producirá platos igualmente ostentosos, caros y de segunda fila.

—Tengo que conocer a ese LaPointe —murmuró Blake, poniéndose en pie—. Tendrás lo que quieres, Summer —mientras en los labios de Summer se formaba una sonrisa satisfecha, él entornó los ojos—. Y será mejor que cumplas lo prometido.

Ella volvió a enojarse, y el tono dorado de sus ojos se hizo más intenso. Al darse cuenta, Blake sintió una oleada de deseo.

—Te he dado mi palabra. Tu restaurante de clase media, con sus costillas mediocres y sus nacidos postres servirá lo mejor de la alta cocina dentro de seis meses.

—¿o?

De modo que quería comprometerla, pensó Summer, y dejó escapar un profundo suspiro.

—O nús servicios al término del contrato serán gratis. ¿Satisfecho?

—Completamente —Blake le tendió la mano—. Como te decía, tendrás todo lo que has pedido, hasta el último batidor de huevos.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo — Summer intentó apartar la mano, pero él se la sujetaba con fuerza—. Puede que tú no —añadió—, pero yo tengo cosas que hacer. ¿Me disculpas?

—Quiero verte.

Ella dejó que su mano permaneciera inerte en lugar de intentar desasirse por la fuerza.

—Ya me has visto.

—Esta noche.

—Lo siento —sonrió de nuevo, aunque empezaban a rechinarle los dientes—. Tengo una cita.

Notó que él empezaba a apretarle la mano con más fuerza y sintió una perversa satisfacción.

—Está bien, ¿cuándo, entonces?

—Estaré en la cocina todos los días y también algunas noches para supervisar la remodelación. Sólo tienes que bajar en el ascensor.

Blake la atrajo hacia sí y, aunque la mesa se interponía entre ellos, Summer sintió que el suelo bajo ella se hacía menos firme.

—Quiero verte a solas —dijo él suavemente, y, llevándose su mano a los labios, le besó los dedos despacio, uno a uno—. Lejos de aquí, fuera de las horas de trabajo.

Si Blake Cochran II había sido como Blake Cochran III en sus años mozos, Summer entendía perfectamente que su madre se hubiera Hado con él tan rápidamente y con tanto ardor. El deseo seguía ahí, y la tentación..., pero ella no era Monique. En aquel caso, estaba decidida a que la historia no se repitiera.

—Ya te he explicado por qué no es posible. No me gusta repetir las cosas.

—Se te está acelerando el pulso —señaló Blake, pasando un dedo sobre su muñeca.

—Suele pasar cuando me enfado.

—O cuando te excitas.

Ladeando la cabeza, ella le lanzó una mirada asesina.

—¿Con LaPointe también te divertirías así?

La ira se agitó y Blake logró sofocarla, sabiendo que Summer sólo pretendía enfurecerlo.

—En este momento, me importa un bledo que seas chef, fontanera o neurocirujana. En este momento —repitió—, sólo me importa que seas una mujer, y una mujer a la que deseo muchísimo.

Summer deseaba tragar saliva porque se le había quedado seca la garganta, pero contuvo las ganas.

—En este momento, soy una cocinera con un trabajo específico que hacer. Te pido otra vez que me disculpes para que pueda ponerme manos a la obra.

Aquella, pensó Blake mientras la soltaba, era la última vez.

—Más tarde o más temprano, Summer.

—Puede que sí —dijo ella, recogiendo su carpeta de cuero—. O puede que no —con un rápido gesto, cerró la carpeta—. Que pases un buen día, Blake —como si no sintiera las piernas débiles y flojas, se acercó a la puerta y salió.

Cruzó con calma la oficina exterior, pisando la gruesa moqueta, pasó junto a las atareadas secretarias y atravesó la zona de recepción. Una vez en el ascensor, se recostó contra la pared y exhaló el largo y tenso suspiro que había estado conteniendo. Con los nervios a flor de piel, comenzó a bajar.

Se había acabado, pensó. Se había enfrentado a Blake en su despacho y había ganado la partida.

«Más tarde o más temprano, Summer».

Ella dejó escapar otro suspiro. Casi había ganado la partida, se cor rigió. Lo importante ahora era concentrarse en la cocina y mantenerse ocupada. No le serviría de nada entretenerse pensando en él como había hecho durante el fin de semana.

Mientras sus nervios empezaban a calmarse, se apartó de la pared y se irguió. Se había manejado bien, se había explicado con claridad y se había escabullido de Blake. En resumidas cuentas, había sido una mañana provechosa. Se llevó una mano a la tripa, donde todavía tenía agarrotados algunos músculos. Maldición, las cosas serían mucho más sencillas si no deseara tanto a Blake.

Cuando las puertas se abrieron, salió y se dirigió a la cocina. En medio del ajetreo previo a la hora de la comida, su presencia pasó inadvertida. Le gustaba el ruido. Una cocina silenciosa significaba que no había comunicación. Sin eso, tampoco había cooperación. Se quedó un momento parada en la puerta, observando.

Los olores también le gustaban. Era una mezcla en la que el aroma de los guisos se superponía al olor todavía perceptible del desayuno. Tocino, salchichas, café. Notó un olor a pollo asado, a carne a la parrilla, a pasteles recién salidos del horno. Entornando los ojos, se imaginó cómo sería la cocina poco tiempo después. Hecha a su gusto. Mejor, concluyó, asintiendo con la cabeza.

—Señorita Lyndon...

Distraída, levantó la mirada con el ceño fruncido y vio a un hombre corpulento, provisto de delantal blanco y gorro.

—¿sí?

—Soy Max —su pecho se infló y su voz pareció crisparse—. El jefe de cocina.

Ego en peligro, pensó ella, tendiéndole la mano.

—¿Cómo estás, Max? No te vi cuando estuve aquí la semana pasada.

—El señor Cocharan me ha ordenado que le preste toda la ayuda necesaria durante este... periodo de transición.

Genial, pensó Summer, gruñendo para sus adentros. En una cocina, era tan difícil enfrentarse al resentimiento como a un soufflé desinflado. Si hubiera sido por ella, habría procurado herir cuantos menos sentimientos mejor, pero el daño ya estaba hecho. Anotó mentalmente que debía darle a Blake su opinión sobre la falta de tacto y de diplomacia que había demostrado.

— Bueno, Max, me gustaría revisar contigo los cambios estructurales que he sugerido, dado que conoces la rutina de este sitio mejor que nadie.

— ¿Cambios estructurales? — repitió él. Su rostro redondo y carnoso se sonrojó. Su bigote temblequeó. Summer advirtió el brillo de un diente de oro—. ¿En mi cocina?

«En mi cocina», dijo Summer para sus adentros, pero sonrió.

— Estoy segura de que te alegrarán las mejoras... y el nuevo equipamiento. Debe de ser frustrante para ti intentar crear algo especial con utensilios tan desfasados.

— Este horno — dijo él, señalando teatralmente —, esa plancha... están aquí desde que yo empecé en el Cocharan. Ninguno de nosotros está desfasado.

«Adiós a la cooperación», pensó Summer secamente. Si era demasiado tarde para que el traspaso de poderes fuera amistoso, tendría que recurrir a la mano dura.

— Vamos a recibir tres hornos nuevos — comenzó a decir con aspereza —. Dos de gas y uno eléctrico. El eléctrico se usará únicamente para postres y pastas. Esta en — cimera — continuó, caminando hacia ella sin mirar atrás para ver si Max la seguía —, vamos a quitarla. Las planchas que he pedido van a empotrarse en una encimera nueva. La parrilla puede quedarse. Habrá una isleta central aquí para que haya más espacio para trabajar y para que podamos usar el espacio que ahora está desaprovechado.

— En mi cocina no hay ningún espacio desaprovechado.

Summer se dio la vuelta y le dirigió una mirada altiva.

— Eso no es materia de discusión. La creatividad será el primer objetivo de esta cocina; la eficiencia, el segundo. Se espera que hagamos comidas de calidad durante la remodelación. Es difícil, pero no imposible si todo el mundo hace los ajustes necesarios. Entre tanto, revisaremos juntos la carta actual con el objetivo de añadir emoción y sabor a lo que actualmente es sencillamente vulgar — notó que a él se le cortaba el aliento y prosiguió antes de que pudiera contestar —. El señor Cocharan me ha contratado para que convierta este restaurante en el mejor establecimiento de la ciudad. Y eso es lo que pienso hacer. Ahora, me gustaría observar a la plantilla durante los preparativos de la comida — abriendo la cremallera de su carpeta, Summer sacó un cuaderno y un bolígrafo. Sin decir una palabra más, comenzó a pasearse por la ajetreada cocina.

La plantilla, concluyó al cabo de unos minutos, tenía experiencia y era más ordenada que muchas. Eso había que agradecerse a Max. La limpieza era, obviamente, una prioridad. Otro punto para Max. Summer vio cómo deshuesaba un pollo un cocinero. No estaba mal, pensó. La parrilla chisporroteaba, las cacerolas humeaban. Levantando una tapadera, tomó una cucharada de la sopa del día. La saboreó, reteniendo el gusto en la lengua un instante.

— Albahaca — se limitó a decir, y se alejó.

Otro cocinero estaba sacando unas tartas de manzana del horno. Desprendía un aroma fuerte y denso. Bien, pensó, pero cualquier abuelita con experiencia podía hacer lo mismo. Lo que hacía falta era un toque de so—fisticación. La gente iría a aquel restaurante para comer lo que no podía conseguir en casa. Charlottes, clafouti, flambées...

Las reformas estructurales procedían de su lado práctico, pero la carta... La carta surgía de su creatividad, siempre extraordinaria.

Mientras inspeccionaba la cocina y al personal y absorbía olores y sonidos, Summer sintió por vez primera el hormigueo de la emoción. Lo haría, y lo haría tanto por satisfacción propia como para responder al desafío de Blake. Cuando acabara, aquella cocina estaría a su altura. Sería completamente distinto a saltar de sitio en sitio para crear un único plato memorable. Aquello tendría continuidad, estabilidad. Al cabo de un año, de cinco años, aquella cocina conservaría aún su toque maestro, su influencia.

Aquella idea le causó más placer del que esperaba. Ella nunca había buscado continuidad, sino únicamente la emoción pasajera del triunfo individual. ¿Y acaso no estaría allí entre bambalinas? En Milán o en Atenas estaba en la cocina, pero los invitados del comedor sabían quién había preparado la Charlotte royal. Los clientes del restaurante no entrarían pensando en paladear un manjar de Summer Lyndon, sino una comida del Cocharan House.

Al darle vueltas a aquella idea, descubrió que no le molestaba. Ignoraba aún el porqué. De momento, sólo experimentaba el placer de la planificación. «Piensa en ello más tarde», se dijo mientras tomaba las últimas notas. Tenía meses por delante para preocuparse por las consecuencias, los motivos, los altibajos...Tenía ganas de empezar, de sumergirse en un proyecto que, de pronto, por la razón que fuese, consideraba suyo de manera especial.

Guardándose la carpeta bajo el brazo, salió de la cocina. Estaba deseando ponerse a confeccionar la carta.

Capítulo VI

El caviar de beluga Malasol ruso debía estar disponible desde la hora de la comida a la de la cena.Y toda la noche a través del servicio de habitaciones.

Summer garabateó otra nota. Durante las dos semanas anteriores, había cambiado la carta una docena de veces. Tras otra sesión infructuosa con Max, había decidido seguir adelante sola con la tarea. Ella sabía qué ambiente deseaba crear, y cómo conseguirlo mediante la comida.

Para ahorrar tiempo, había montado un pequeño despacho en el almacén de la cocina. Desde allí podía supervisar a la plantilla y vigilar las obras de remodelación, al tiempo que disponía de un lugar privado para desarrollar su proyecto.

Le había resultado fácil evitar a Blake, ya que había estado muy ocupada. Y, al parecer, él estaba muy liado con una complicada negociación empresarial. Comprando otra cadena hotelera, se rumoreaba. A Summer, eso le interesaba poco,

pues tenía la mente ocupada con asuntos tales como los medallones de solomillo de ternera con salsa de champán.

Desde que se habían iniciado las obras, el personal de la cocina permanecía en un estado rayano en el pánico. Summer había acabado acostumbrándose. En la mayoría de las cocinas en las que había trabajado reinaba una tensión y un temor que sólo un cocinero era capaz de entender. Tal vez fueran la tensión creativa y el temor al fracaso lo que ayudaba a crear los mejores manjares.

Ella le dejaba la supervisión del personal a Max en su mayor parte. Procuraba interferir lo menos posible en el ritmo de trabajo que él había fijado, incorporando sin estorbar los cambios que había emprendido. Había aprendido de su padre las virtudes de la diplomacia y la autoridad. Si había conseguido aplacar a Max, ello no se notaba en su actitud hacia Summer, que seguía siendo gélidamente cortés. Summer procuraba no tomarlo en cuenta y se concentraba en perfeccionar los entrantes que iba a servir su cocina.

Berlinoise de hígado de ternera. Un entrante excelente, ciertamente no tan popular como el entrecot o las chuletas a la parrilla, pero excelente. Siempre y cuando ella no tuviera que comérselo, pensó Summer sonriendo levemente mientras tomaba nota.

Una vez hubiera organizado lo relativo a la carne y las aves, se concentraría en el pescado y los mariscos. Y, naturalmente, tendría que haber un bufé frío disponible las veinticuatro horas del día a través del servicio de habitaciones. De eso también tenía que ocuparse. Sopas, aperitivos, ensaladas... Tenía que pensar en todo eso, descartar y tomar decisiones antes de ponerse a pensar en los postres. Y, en ese momento, habría cambiado cualquiera de los sofisticados platos que tenía anotados delante de ella por una hamburguesa con queso con pan de sésamo y una bolsa de patatas fritas.

— Así que aquí es donde has estado escondiéndote — Blake estaba apoyado contra la puerta. Acababa de salir de una agotadora reunión de cuatro horas y tenía pensado subir a darse una larga ducha y cenar tranquilamente. Sin embargo, se había descubierto dirigiéndose a la cocina, en busca de Summer.

Ella estaba igual que la primera vez que la había visto: tenía el pelo suelto y los pies descalzos. En la mesa, delante de ella, había un montón de hojas garabateadas y un vaso medio lleno de refresco diluido. Tras ella, había cajas y sacos apilados. La habitación olía levemente a cartón y limpiador de pino. A su modo, Summer tenía un aspecto competente y eficaz.

— No me estaba escondiendo — contestó ella —. Estaba trabajando — cansado, pensó. Parecía cansado. Se le notaba en los ojos —. ¿Has estado muy ocupado? No te hemos visto por aquí en las últimas dos semanas.

— Bastante ocupado, sí — Blake entró y se puso a hojear sus notas.

— Urdiendo maquinaciones, por lo que he oído — se recostó en el asiento, dándose cuenta de pronto de que le dolía la espalda —. Apoderándote de la cadena Hamil — ton.

Él alzó la mirada, se encogió de hombros y volvió a mirar sus notas.

— Puede ser.

— Qué discreto — ella sonrió, deseando no alegrarse tanto de verlo —. Bueno, mientras tú jugabas al Mono — poly, yo he estado ocupándome de asuntos más

íntimos —cuando él la miró de nuevo arrugando la frente, tal y como esperaba, Summer se echó a reír—. La comida, Blake, es el asunto elemental del deseo, por más que algunos se empeñen en decir lo contrario. Para muchos, comer es un ritual que tiene lugar tres veces al día. La labor del chef consiste en hacer que cada una de esas experiencias sea memorable.

—Para ti, comer es como volver a la adolescencia.

—Como te decía —continuó Summer suavemente—, la comida es algo muy personal.

—Estoy de acuerdo —tras echar otro vistazo a la habitación, volvió a mirarla—. Summer, no es necesario que trabajes en el almacén. No cuesta nada instalarte en una suite.

Ella se puso a rebuscar entre los papeles, buscando su lista de la carne de ave.

—Esto está más cerca de la cocina.

—Ni siquiera hay ventana. Y esto está lleno de cajas.

—Pero no hay distracciones —ella se encogió de hombros—. Si quisiera una suite, la habría pedido. De momento, esto me viene bien —«y está a varios cientos de metros de ti», añadió para sí—. Ya que estás aquí, tal vez quieras echarle un vistazo a lo que he hecho.

Él tomó una hoja de papel con una lista de aperitivos.

—Coquilles St.Jacques, escargots bourguignonne, pâté de Campagne... ¿Te molesta que te pregunte si alguna vez comes lo que recomiendas?

—De vez en cuando, si me fío del chef. Si revisas más a fondo mis notas, verás que quiero ofrecer un menú sofisticado porque el paladar de los americanos se está volviendo cada vez más refinado.

Blake sonrió al oír cómo decía «americano» y a continuación se sentó frente a ella.

—¿De veras?

—Ha sido un proceso muy lento —dijo ella con sorna—. Pero hoy en día puede encontrarse un buen robot de cocina en casi cada cocina. Con uno de éstos y un buen libro de cocina, hasta tú podrías hacer un mousse pasable.

—Asombroso.

—Así pues —continuó ella, haciendo caso omiso—, para atraer a la gente a un restaurante donde van a pagar, y mucho, para que les den de comer, hay que ofrecerles lo mejor. Unas manzanas calle abajo pueden conseguir una comida abundante y nutritiva por la mitad de lo que pagarán en el Cocharan House —Summer cruzó las manos y apoyó la barbilla en ellas—. Así que hay que ofrecerles un ambiente muy especial, un servicio incomparable y una comida exquisita —tomó su refresco y bebió un sorbo—. Yo, personalmente, preferiría comprar una pizza para llevar y comérmela en casa, pero... —se encogió de hombros.

Blake miró la siguiente hoja.

—¿Porque te gusta la pizza o porque te gusta estar sola?

—Ambas cosas. Ahora...

—¿No vas a restaurantes porque pasas mucho tiempo en la cocina de uno o porque, sencillamente, no te gusta estar rodeada de mucha gente?

Ella abrió la boca para contestar y descubrió que no lo sabía. Sintiéndose incómoda, comenzó a jugar con el refresco.

– Te estás poniendo indiscreto, y pasándote de la raya.

– Yo no lo creo. Me estás diciendo que tenemos que atraer a la gente que se está volviendo tan refinada que cocina platos que antes sólo preparaban los profesionales, y a la clientela que tal vez prefiriera una comida menos elaborada y más barata al otro lado de la esquina. Tú, debido a tu profesión y a tu paladar, figuras en ambas categorías. ¿Qué tendría que ofrecerte un restaurante no sólo para atraerte, sino también para que desees

volver?

Una pregunta lógica. Summer arrugó el ceño. Odiaba las preguntas lógicas porque obligaban a responder.

– Intimidación – respondió al fin –. No es fácil conseguir eso en un restaurante, y, naturalmente, no todo el mundo busca lo mismo. Muchos salen a comer para ver y ser vistos. Algunos, como yo, preferimos tener al menos la ilusión de estar solos. Para conseguir ambas cosas, hay que tener cierto número de mesas colocadas de tal modo que parezcan apartadas del resto.

– Eso puede conseguirse fácilmente con la iluminación adecuada y colocando con astucia las plantas.

– Sí.

– De modo que, para elegir un restaurante, primero te fijas en si ofrece espacios íntimos.

– No suelo comer en restaurantes – dijo Summer, moviendo inquieta los hombros –. Pero, si lo hago, coloco la intimidad al mismo nivel que el ambiente, la comida y el servicio.

– ¿Por qué?

Ella empezó a reunir los papeles que había encima de la mesa y a amontonarlos.

– Esa sí es una pregunta personal.

– Sí – Blake cubrió las manos de Summer con una de las suyas para aquietarlas –. ¿Por qué?

Ella se quedó mirándolo un momento, convencida de que no contestaría. Entonces se descubrió atraída por la suave mirada y el suave contacto de Blake.

– Supongo que se debe a que de niña comí en muchos restaurantes. Y supongo que una de las razones por las que me interesé por la cocina fue defenderme del interminable ritual de comer fuera. Mi madre era, y es, de esas que salen a ver y ser vistas. Para mi padre, salir a comer era a menudo una cuestión de negocios. La vida de mis padres, y por lo tanto la mía, era en gran medida pública. Yo, sencillamente, prefiero hacer las cosas a mi modo.

Ahora que la estaba tocando, Blake deseaba más. Ahora que estaba aprendiendo cosas sobre ella, quería saberlo todo. Debía haber imaginado que las cosas no sucederían de otro modo. Casi se había convencido de que tenía sus sentimientos bajo control. Pero ahora, allí sentado, en aquel almacén atiborrado de cosas, con los sonidos de la cocina filtrándose por la puerta, la deseaba más que nunca.

– No creía que fueras introvertida, ni una reclusa.

—No —Summer ni siquiera había notado que había entrelazado sus dedos con los de Blake. Había algo tan confortable, tan delicioso en aquel gesto...—. Simplemente, me gusta que mi vida privada sea sólo eso: mía y privada.

—Sin embargo, en tu campo eres toda una celebridad —Blake se movió y las piernas de ambos se rozaron bajo la mesa. Sintió que un suave calor lo atravesaba, y el deseo se redobló.

Sin pensarlo, Summer movió una pierna para rozar de nuevo la de Blake. Los músculos de sus muslos se aflojaron.

—Puede ser. Aunque también podría decirse que los famosos son mis postres.

Blake enlazó sus manos a las de ella, las levantó ligeramente y se quedó mirándolas. Las de Summer eran algo más claras que las suyas, un poco más pequeñas y más estrechas. Llevaba un zafiro ovalado y profundamente azul, con un engarce sofisticado y antiguo que hacía sus dedos mucho más elegantes.

—¿Es eso lo que quieres?

Ella se humedeció los labios. Cuando él volvió a mirarla, sus ojos eran intensos y tan azules como la gema que ella lucía en la mano.

—Quiero tener éxito. Quiero que me consideren la mejor en mi oficio.

—¿Nada más?

—No, nada —¿por qué estaba sin aliento?, se preguntaba frenéticamente. Las jovencitas se quedaban sin aliento... o las mujeres románticas. Ella no era ni una cosa ni otra.

—Y cuando consigas eso —Blake se levantó, haciéndola ponerse en pie sin esfuerzo—, ¿qué más?

Como estaban de pie, ella tuvo que ladear la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Es suficiente —mientras contestaba, Summer tuvo por primera vez dudas acerca de la veracidad de aquella afirmación—. ¿Qué me dices de ti? —preguntó—. ¿Tú no buscas el éxito? ¿Más éxito? Los mejores hoteles, los mejores restaurantes...

—Yo soy un empresario —él rodeó la mesa lentamente hasta que nada se interpuso entre ellos. Sus manos seguían unidas—. Tengo que mantener un nivel, o mejorarlo. Pero también soy un hombre —extendió las manos hacia su pelo y lo dejó fluir entre sus dedos—. Y no sólo pienso en libros de cuentas.

Estaban muy cerca. Sus cuerpos se rozaban, y la piel de Summer se estremecía. Olvidándose de las normas que ella misma había fijado para los dos, extendió la mano para tocarle la mejilla.

—¿En qué más piensas?

—En ti —él posó la mano en su cintura y comenzó a deslizarla suavemente hacia su espalda, atrayéndola hacia sí—. Pienso mucho en ti, y en esto.

Sus labios se tocaron suavemente. Sus ojos permanecían abiertos y fijos. Su sangre palpitaba. El deseo tiraba de ellos. Sus bocas se abrieron despacio. Una mirada decía cuanto había que decir. Su sangre se aceleró. El deseo rompió sus ataduras.

Ella estaba en sus brazos, presa del ansia y el ardor. Cada hora de las dos semanas anteriores, todo el trabajo, la planificación, las normas, se desvanecieron bajo una llamarada de pasión. La impaciencia de Summer era semejante a la de él. Se besaban con dureza, larga y desesperadamente. Sus cuerpos se tensaban, apretados en un tormento exquisito.

Más fuerte. Si lo dijo en voz alta o si sólo lo pensó, él pareció entenderlo igual. Los brazos de Blake enlazaron a Summer, estrujándola, como ella quería. Ella sintió que el cuerpo de él se amoldaba al suyo al igual que su boca se amoldaba a la de ella, y de pronto se sintió más tierna de lo que nunca había imaginado ser.

Femenina, lasciva, delicada, apasionada... ¿Era posible ser todo eso a la vez? El deseo crecía y se inflamaba. El deseo por él, por sus caricias, por aquel sabor que no podía encontrar en ninguna otra parte. El gemido que profirió contra los labios de Blake procedía tanto de la confusión como del placer.

Cielo santo, ¿cómo era posible que una mujer lo llevara tan lejos con un solo beso? Ya estaba medio loco por ella. El dominio de sí mismo empezaba a perder su significado, diluido por un deseo mucho más urgente. La piel de Summer se deslizaba como seda bajo sus manos. Él lo sabía. Tenía que tocarla.

Deslizó una mano bajo su suéter y tocó su piel. Bajo su palma, el latido del corazón de Summer se aceleró. No era suficiente. Pensó fugazmente que nunca lo sena. Pero las preguntas, la razón, quedaban para más adelante. Escondiendo la cara en su garganta, saboreó su piel. Allí permanecía el olor incitante que recordaba y ue lo arrastraba hacia un punto en el que no habría marcha atrás. El cansancio que sentía al entrar en la habitación desapareció. La tensión que notaba cuando ella estaba cerca se evaporó. En ese momento, la consideraba completamente suya, sin darse cuenta de que había deseado poseerla en exclusiva.

El cabello de Summer le rozaba la cara como una nube suave y fragante. Le hacía pensar en París justo antes de que el calor del verano deshancara a la primavera. Su piel cálida y vibrante, en cambio, le hacía imaginar largas y húmedas noches pasadas entre lentas e infinitas caricias amorosas. La deseaba allí mismo, en aquel cuartito lleno de cosas, con el suelo atiborrado de cajas.

Summer no podía pensar. Sentía que sus huesos se disolvían y que su mente se vaciaba. A través de ella fluía una sensación tras otra. Podría haberse ahogado en ellas. Sin embargo, quería más. Sentía que su cuerpo ansiaba más, deseándolo todo. Calor, truenos y tormentas. Sólo por una vez. El deseo se filtraba en ella entre susurrantes promesas y un oscuro placer. Podía entregarse a él, sentir que era suya. Sólo por una vez. Y luego...

Con un gemido, apartó la boca de la de Blake y escondió la cara contra su hombro. Una vez con Blake, y aquel recuerdo la perseguiría el resto de su vida.

— Ven arriba — murmuró él, y, haciéndole ladear la cabeza, comenzó a besarle la cara—. Sube conmigo para que pueda hacerte el amor como es debido. Te quiero en mi cama, Summer. Suave, desnuda, mía.

— Blake... — ella apartó la cara e intentó modular su respiración. ¿Qué le había pasado? ¿Cuándo y cómo?—. Esto es un error... para los dos.

— No — tomándola de los hombros, él la obligó a mirarlo—. Esto está bien... para los dos.

— No puedo meterme en...

— Ya lo estás.

Ella dejó escapar un profundo suspiro.

— No quiero seguir adelante. Ya he llegado más lejos de lo que quería.

Intentó apartarse, pero Blake la sostuvo con fuerza.

— Necesito una razón, Summer, una sola buena razón.

— Me confundes — balbució Summer antes de darse cuenta de lo que hacía —. Maldita sea, no quiero sentirme confusa.

— Y yo lo estoy pasando mal — su voz era tan impaciente como la de ella —. Y no me gusta pasarlo mal.

— Tenemos un problema — logró decir ella, pasándose una mano por el pelo.

— Te deseo — algo en su modo de decir aquellas palabras hizo que la mano de Summer se detuviera en el aire y que sus ojos se clavaran en los de él —. Te deseo más de lo que he deseado nunca a nadie. Y eso no hace que me sienta bien.

— Un grave problema — musitó ella, y se sentó, inquieta, en el borde de la mesa.

— Hay un modo de solucionarlo.

Ella logró sonreír.

— Dos modos — puntualizó —. Y creo que el mío es el más seguro.

— El más seguro — él pasó la punta de un dedo por la curva de su mejilla —. ¿Es seguridad lo que quieres, Summer?

— Sí — le resultó fácil decirlo porque de pronto había descubierto que era cierto. Antes de conocer a Blake, nunca había pensado en la necesidad de sentirse segura,

porque nunca se había sentido en peligro —. Me he hecho muchas promesas, Blake, me he fijado muchas metas. La intuición me dice que tú podrías interferir. Y yo siempre sigo mi intuición.

— No tengo intención de interponerme en tu camino.

— En cualquier caso, tengo unas normas muy estrictas. Una de ellas es que nunca mantengo una relación íntima con un socio de negocios ni con un cliente. Y, desde cierto punto de vista, tú eres ambas cosas.

— ¿Cómo piensas impedir que suceda? La intimidad tiene muchos grados, Summer. Tú y yo ya hemos alcanzado algunos.

¿Cómo podía negarlo ella? Deseaba huir de todo aquello.

— Hemos conseguido mantenernos alejados el uno del otro dos semanas — dijo —. Se trata simplemente de seguir así. Los dos estamos muy ocupados, así que no resultará difícil.

— Al final, uno de los dos acabará rompiendo las normas.

«Y podría ser yo tan fácilmente como podrías ser tú», pensó ella.

— No puedo pensar en lo que sucederá en el futuro. Sólo en lo que está pasando ahora. Me quedaré aquí abajo y haré mi trabajo. Tú quédate arriba y haz el tuyo.

— Y un cuerno — masculló Blake, y dio un paso adelante. Summer estaba a punto de levantarse cuando alguien llamó a la puerta.

— Señor Cocharan, una llamada para usted. Su secretaria dice que es urgente.

Blake intentó controlar su furia.

— Enseguida voy — le lanzó a Summer una mirada larga y hosca —. Esto no ha acabado.

Ella esperó hasta que él hubo alcanzado la puerta.

— Puedo convertir este sitio en un palacio o en una tasca — dijo suavemente —. Tú decides.

Dándose la vuelta, él la miró de hito en hito.

— ¿Intentas chantajearme?
— Sólo intento cubrirme las espaldas —replicó ella, sonriendo—. Juega a mi modo, Blake, y todo saldrá bien.

— Has ganado, Summer —reconoció él, asintiendo con la cabeza—. Esta vez.
Cuando la puerta se cerró tras él, Summer se sentó de nuevo. Tal vez hubiera conseguido zafarse de momento, pensó. Pero la partida aún no había acabado.

Summer se concedió una hora más antes de salir de su improvisado despacho para regresar a la cocina. Los camareros entraban y salían con bandejas llenas de platos sucios. El lavaplatos zumbaba a toda máquina. Las cacerolas hervían. Una chica canturreaba mientras marinaba un pollo. Quedaban dos horas para la hora crítica de la cena. Al cabo de una hora, la ansiedad y la confusión se apoderarían de la cocina.

Fue entonces, al sentir el olor de la comida, cuando Summer cayó en la cuenta de que no había comido. Decidiendo matar dos pájaros de un tiro, comenzó a rebuscar en los armarios. Encontraría algo que picar y al mismo tiempo vería cómo estaban organizadas las provisiones.

De éstas últimas no podía quejarse. Los armarios no sólo estaban bien surtidos; también estaban ordenados sistemáticamente. Max tenía algunas cualidades excelentes, pensó. Era una lástima que entre ellas no se contara la apertura de miras. Siguió inspeccionando estantería por estantería, pero no encontraba lo que estaba buscando.

— Señorita Lyndon...

Al oír la voz de Max tras ella, Summer cerró lentamente la puerta del armario. No tenía que darse la vuelta para ver la fría cortesía de sus ojos, ni la tensa desaprobación de su boca. Tendría que hacer algo al respecto muy pronto, se dijo. Pero de momento estaba un poco cansada, tenía hambre y no estaba de humor para enfrentarse a aquello.

— Sí, Max —abrió el siguiente armario y miró lo que contenía.

— Tal vez pueda ayudarla a encontrar lo que busca.

— Tal vez. La verdad es que estaba mirando qué tal andamos de provisiones y buscando un frasco de mantequilla de cacahuete. Al parecer... —cerró la puerta y abrió la siguiente— estamos muy bien surtidos, y muy bien organizados.

— Mi cocina está perfectamente organizada —comenzó a decir Max con voz crispada—. Incluso en medio de toda esta... carpintería.

— La carpintería está casi acabada —dijo ella despreocupadamente—. Creo que los hornos nuevos están funcionando muy bien.

— Para algunos, lo nuevo es siempre lo mejor.

— Para algunos —replicó ella—, el progreso es siempre de mal agüero. ¿Dónde hay mantequilla de cacahuete, Max? Me apetece mucho un sandwich.

Summer se dio la vuelta a tiempo de ver cómo se alzaban sus cejas y se fruncía su boca.

— Abajo —dijo Max con una leve sonrisa desdeñosa, mientras señalaba—. Tenemos esas cosas a mano para los menús infantiles.

— Bien —sin sentirse ofendida, Summer se agachó y encontró la mantequilla—. ¿Te apetece uno?

—No, gracias. Tengo cosas que hacer.

—Bien —Summer tomó dos rebanadas de pan y comenzó a untar la mantequilla de cacahuete—. Mañana, a las nueve, revisaremos los borradores de las cartas en mi despacho.

—A esa hora estoy muy ocupado.

—No —dijo ella suavemente—. Estamos muy ocupados de siete a nueve. Luego las cosas se relajan un poco, so—, bre todo a mediados de semana, hasta la hora de comer. A las nueve en punto —repitió mientras él profería un bufido—. Disculpa, necesito un poco de mermelada para ; esto.

Dejando a Max rechinando los dientes, se acercó a una de las grandes neveras. «Patán pomposo y estrecho de miras», pensó mientras buscaba el gran frasco de mermelada de uva. Si seguía negándose a cooperar, las cosas iban a ponerse difíciles. Más de una vez había pensado que Max estaba a punto de presentar su dimi—sión. Y, a veces, aunque odiaba ser tan mezquina, deseaba que lo hiciera.

Los cambios en la cocina se notaban ya, pensó mien— | tras ponía la segunda rebanada de pan encima de la I mantequilla y la mermelada. Hasta un tonto podía darse cuenta de que la plancha nueva y el equipamiento más eficaz agilizaban los preparativos y mejoraban la calidad de la comida. Irritada, le dio un mordisco al sandwich al tiempo que tras ella se desencadenaba un revuelo.

—Max se pondrá furioso. Fu—rio—so.

—Pues ya no puede hacer nada.

—Excepto ponerse a gritar y a tirar cosas.

Summer se dio la vuelta al percibir cierta alegría soterrada en la última afirmación. Vio a dos cocineros inclinados sobre el fogón.

—¿Por qué va a ponerse furioso Max? —preguntó mientras masticaba un pedazo de sandwich.

Las dos caras se volvieron hacia ella. Las dos estaban acaloradas, ya fuera de excitación o por el calor que desprendía el fogón.

—Tal vez debería decírselo usted, señorita Lyndon —dijo uno de los cocineros tras un momento de indecisión. El alborozo seguía allí, notó Summer, apenas contenido.

—¿Decirle qué?

—Julio y Georgia se han escapado juntos. Acabamos de enterarnos por el hermano de Julio. Se han ido a Hawai.

¿Julio y Georgia? Tras revisar velozmente su archivo mental, Summer recordó que eran dos cocineros que trabajaban en el turno de cuatro a once. Al mirar el reloj, descubrió que ya llegaban quince minutos tarde.

—Supongo que no vendrán hoy.

—Se han despedido —uno de los cocineros chasqueó los dedos—. Así, sin más —miró al otro lado de la sala, donde Max estaba ocupándose de un asado de cordero—. A Max le va a dar un ataque.

—Pues así no resolverá nada —murmuró Summer—. Así que somos dos menos para el turno de la cena.

—Tres —dijo el otro cocinero—. Charlie llamó hace una hora para decir que estaba enfermo.

—Estupendo —Summer se acabó su sandwich y comenzó a remangarse—. Entonces será mejor que los demás nos pongamos manos a la obra.

Poniéndose un delantal encima de los vaqueros y el suéter, Summer tomó el mando de una sección de la encimera nueva. Tal vez no fuera su estilo habitual, pensó mientras comenzaba a hacer la masa de una tarta en un enorme cuenco, pero las circunstancias requerían una solución inmediata. Y, pensó, lamiéndose un poco de masa de los nudillos, que sería mejor que instalaran los malditos altavoces antes de que acabara la semana. Podía cocinar sin Chopin en caso de emergencia, pero no estaba dispuesta a hacerlo dos veces.

Estaba colocando varias capas de una tarta Selva Negra en el horno cuando Max dijo por encima de su hombro:

—¿Ahora se está preparando un postre?

—No —Summer puso el temporizador del horno y regresó a la encimera para empezar a preparar un mousse de chocolate—. Al parecer, ha habido una boda y un caso de enfermedad..., aunque no creo que lo primero tenga nada que ver con lo segundo. Esta noche nos falta mano de obra. Voy a ocuparme de los postres, Max, y no me gusta perder el tiempo charlando cuando estoy trabajando.

—¿Una boda? ¿Qué boda?

—Julio y Georgia se han fugado a Hawai, y Charlie está enfermo. Ahora, tengo que ocuparme de este mousse.

—¡Que se han fugado! —exclamó él—. ¿Sin mi permiso?

Ella se molestó en mirar por encima del hombro.

—Supongo que Charlie también debería haberte pedido consejo antes de ponerse enfermo. Guárdate el histerismo, Max, y haz que alguien me pele unas man—Quiero hacer una Charlotte de pommes después de esto.

—¡Ahora va a cambiar mi menú! —estalló él.

Ella se giró, mirándolo con furia.

—Tengo que hacer doce postres distintos en muy poco tiempo. Te aconsejo que te mantengas alejado de mi camino mientras los hago. Cuando cocino, no se me conoce por mi buen talante.

Él metió tripa y sacó hombros.

—Veremos qué dice el señor Cocharan sobre esto.

—Genial. Mantenle también a él apartado de mi camino durante las próximas tres horas o alguien acabará con la cara llena de mi mejor nata batida —dándose la vuelta, siguió trabajando.

No había tiempo para inspeccionar y dar su aprobación a cada postre una vez acabado. Más tarde, Summer pensaría en aquellas horas como en una cadena de montaje. En ese momento, estaba tan estresada que no podía pensar. Julio y Georgia eran los chefs encargados de los postres. Ahora le tocaba a ella hacer el trabajo de dos personas en el mismo espacio de tiempo.

Hizo caso omiso de la carta y prosiguió con lo que sabía hacer de memoria. Los comensales de esa noche se llevarían una sorpresa, pero, mientras le daba los últimos retoques a la segunda tarta Selva Negra, Summer decidió que fuera una sorpresa agradable. Colocó rápidamente las cerezas, maldiciendo las prisas.

Imposible crear cuando había que ceñirse a aquel ridículo horario, pensó, y comenzó a rezongar en voz baja.

A las seis, ya había acabado de hornear y se concentró en darle los últimos retoques a una hilera de postres con los que podría haberse alimentado a un regimiento.

Crema helada de chocolate por aquí, una pizca de nata por allá, un poco de almíbar, una cucharada de confitura o de gelatina. Estaba acalorada, le dolían los brazos. Su delantal, antes blanco, estaba manchado y salpicado. Nadie le hablaba porque ella no respondía. Nadie se acercaba a ella porque tendía a gruñir.

De vez en cuando, indicaba con un ademán unos cuantos platos que podían retirarse. Ello se hacía al instante y sin el menor ruido. Si alguien hablaba, lo hacía en voz baja y fuera del alcance de su oído. En aquella cocina, nadie había visto nada parecido a Summer Lyn—don en plena faena.

—¿Algún problema?

Summer oyó la voz suave de Blake tras ella, pero no se volvió.

—Los coches se hacen así —masculló—. Los postres, no.

—Los primeros informes del comedor son muy favorables.

Ella empezó a rezongar mientras hacía rollitos de masa.

—La próxima vez que vaya a Hawai, buscaré a Julio y Georgia y les daré una buena colleja.

—Estás un poco suspicaz, ¿no? —murmuró él, ganándose una mirada asesina—. Y acalorada —le tocó la mejilla con la punta del dedo—. ¿Cuánto tiempo llevas así?

—Desde un poco después de las cuatro —tras apartar la mano de Blake, comenzó a cortar trozos de pasta. Blake la observaba sorprendido. Nunca la había visto trabajar tan rápido—. Apártate.

Él retrocedió, pero siguió mirándola. Según sus cálculos, había pasado más de seis horas trabajando en las cartas en aquel almacén sin ventanas, y llevaba casi tres horas allí de pie. Demasiado pequeña, pensó, sintiendo un repentino deseo de protegerla. Demasiado delicada.

—Summer, ¿no puede sustituirte alguien? Debes de estar cansada.

—Nadie toca mis postres —dijo ella con voz fuerte y autoritaria, y la imagen de la delicada flor se desvaneció. Blake sonrió a su pesar.

—¿Puedo hacer algo?

—Quiero champán dentro de una hora. Dom Perig—non del 73.

Él asintió con la cabeza al tiempo que una idea comenzaba a tomar forma en su cabeza. Ella olía como los postres alineados sobre la encimera. Tentadora y deliciosa. Desde que la conocía, Blake había descubierto que era extremadamente goloso.

—¿Has comido?

—Un sandwich, hace un par de horas —dijo ella con aspereza—. ¿Crees que puedo comer en un momento como éste?

Miró la suntuosa hilera de tartas y pasteles. Blake sacudió la cabeza.

—No, claro que no. Enseguida vuelvo.

Summer masculló algo y luego comenzó a acanalar los bordes de los moldes de pasta.

Capítulo VII

A las ocho, estaba agotada y no precisamente del mejor humor. Se había pasado casi cuatro horas amasando, enrollando, rellenando y horneando. A menudo invertía el doble de tiempo y de esfuerzo en perfeccionar un solo plato. Pero eso era arte. Aquello, en cambio, había sido simple y puramente trabajo físico.

No sentía la excitación del triunfo, ni el fulgor de la satisfacción personal, sino simple cansancio. Una cocinera de batalla, pensó desdeñosamente. Aquello era casi como producir comida industrial para el consumo de masas. En ese momento, se habría alegrado de no volver a ver jamás el interior de un huevo.

—Supongo que habrá suficiente para la cena y para el servicio de habitaciones de esta noche —le dijo a Max con aspereza mientras se quitaba el delantal manchado. Observó con mirada crítica una hilera de tartaletas de frutas. La forma de muchas de ellas era imperfecta. De haber tenido tiempo, las habría desechado y habría hecho otras nuevas.

—Quiero que alguien hable con personal a primera hora de la mañana para que contraten dos reposteros más.

—El señor Cocharan ya se ha puesto en contacto con ellos —dijo Max secamente. No estaba dispuesto a ceder ni un ápice, pese a que la rapidez y la eficacia de Sum—mer le habían impresionado. Se aferraba con uñas y dientes a su resentimiento, aunque debía admitir, aunque fuera sólo para sí mismo, que Summer hacía el mejor pastel de melocotón que había probado nunca.

—Bien —Summer se pasó una mano por la nuca. Tenía la piel húmeda y los músculos agarrotados—. Mañana a las nueve, Max, en mi despacho. A ver si podemos organizamos. Ahora me voy a casa a meterme hasta mañana en un buen baño caliente.

Blake había estado apoyado contra la pared, mirándola trabajar. Le fascinaba ver que una artista tan temperamental como Summer era capaz de arrimar el hombro y ponerse a trabajar a marchas forzadas. Ella le había demostrado dos cosas que no esperaba: su celeridad y su falta de histrionismo a la hora de encarar una situación crítica, y su calmosa resignación ante la evidente tirantez que gobernaba sus relaciones con Max. Por más que hiciera el papel de prima donna, cuando se veía contra la pared se las apañaba muy bien.

Blake dio un paso adelante cuando ella se quitó el delantal.

—¿Te llevo?

Summer miró por encima de él mientras se quitaba las horquillas del pelo, que cayó sobre sus hombros, revuelto y un tanto húmedo por el calor.

—Tengo mi coche.

—Y yo el mío —su prepotencia, con una leve traza de frialdad, seguía allí incluso cuando Blake sonreía—. Y una botella de Dom Perignon del 73. Mi chófer puede ir a buscarte por la mañana.

Ella se dijo que sólo le interesaba el champán. La sonrisa despreocupada de Blake no tenía nada que ver con su decisión.

—¿Bien frío? —preguntó, arqueando una ceja—. El champán, quiero decir.

— Desde luego.

— Está usted de suerte, señor Cocharan. Yo nunca le digo que no al champán.

— El coche está fuera, en la parte de atrás — él la tomó de la mano, en lugar de darle el brazo, como ella esperaba. Antes de que Summer pudiera reaccionar, Blake la condujo fuera de la cocina—. ¿Te molestaría que te dijera que estoy muy impresionado con lo que has hecho esta noche?

Ella estaba acostumbrada a los cumplidos, incluso los esperaba. Pero, por alguna razón, no recordaba que ninguno le hubiera hecho tanta ilusión. Moviéndose los hombros, intentando moderar su propia reacción.

— Me esfuerzo por resultar impresionante. No me molesta que me lo digan.

Cuando llegaron junto al coche, Blake se dio la vuelta y la tomó de los hombros.

— Has trabajado mucho ahí dentro.

— Es sólo parte del servicio.

— No — replicó él, masajeando sus músculos —. No te he contratado para eso.

— Cuando firmé el contrato, ésa se convirtió en mi cocina. Lo que salga de ella debe satisfacer mis expectativas, mi criterio.

— Lo cual no es fácil.

— Tú querías lo mejor.

— Y, al parecer, lo tengo.

Ella sonrió, aunque estaba deseando sentarse.

— Sí, desde luego. Ahora, ¿no habías dicho algo de una botella de champán?

— Sí — él le abrió la puerta —. Hueles a vainilla.

— Me lo he ganado — al sentarse, Summer dejó escapar un largo suspiro de placer. Champán, pensó, un baño caliente con montones de burbujas, y unas sábanas frescas y suaves. En ese orden—. Es probable — murmuró — que en este preciso instante alguien esté probando el primer bocado de mi tarta Selva Negra.

Blake cerró la puerta del conductor y la miró mientras encendía el motor.

— ¿Te resulta extraño? — preguntó —. ¿Que unos desconocidos se coman algo que te ha costado tanto tiempo y cuidado crear?

— ¿Extraño? — Summer se estiró, disfrutando del cómodo y mullido asiento y de la vista del cielo oscurecido a través de la ventanilla del techo—. Un pintor crea un cuadro para cualquiera que lo mire, un compositor crea una sinfonía para quien quiera escucharla.

— Cierto — Blake condujo el coche hasta la calle y se incorporó al tráfico. El sol estaba rojo y bajo. La noche se auguraba clara—. ¿Pero no sería más gratificante estar presente cuando se sirven tus postres?

Ella cerró los ojos, completamente relajada por primera vez en horas.

— Cuando una cocina en su casa, para sus amigos o para la familia, puede ser un placer o un deber. Luego está la satisfacción de ver que los demás disfrutan con lo que una ha hecho. Pero, de todos modos, sigue siendo un placer o un deber, no un oficio.

~Tu casi nunca comes lo que cocinas.

— Casi nunca cocino para mí — contestó ella —. Salvo cosas muy sencillas.

— ¿Por qué?

—Cuando una cocina para sí misma, después no hay nadie que recoja la cocina.

El se echó a reír y giró hacia un aparcamiento.

—A tu modo, que es bastante raro, eres muy práctica.

—Soy muy práctica en todos los sentidos —ella abrió los ojos lentamente—. ¿Por qué paramos?

—¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre después de trabajar —girando la cabeza, vio el luminoso de neón azul de una pizzería.

—Como ya conozco tus gustos, pensé que esto te parecería un acompañamiento perfecto para el champán.

Ella sonrió, sintiendo cómo el cansancio iba dejando paso al hambre.

—Absolutamente perfecto.

—Espera aquí —le dijo él, abriendo la puerta—. Hice que llamaran para pedir cuando vi que estabas a punto de acabar.

Agradecida y emocionada, Summer se recostó en el asiento y cerró los ojos de nuevo. ¿Cuándo había sido la última vez que había permitido que alguien cuidara de ella?, se preguntaba. Si no le fallaba la memoria, la última vez que la habían mimado tenía ocho años y el sarampión. Tanto sus padres como ella misma habían esperado siempre que fuera independiente. Pero esa noche, por una vez, era delicioso dejar que otra persona se ocupara de todo pensando en su bienestar. Y debía reconocer que de Blake no esperaba tanta consideración. Estilo, sí, y reconocimiento, pero no consideración. El también había tenido un día muy duro, pensó, recordando lo cansado que parecía esa tarde. Sin embargo, había dejado pasar la hora de la cena para esperarla.

Sorpresas, pensó. Blake Cocharan III guardaba muchas sorpresas en la manga. Y a ella siempre le habían gustado las sorpresas.

Cuando Blake abrió la puerta, el olor apetitoso de la pizza se coló en el coche. Summer le quitó la caja, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Debí probar antes con la pizza —murmuró él.

Ella se recostó de nuevo, dejando que sus ojos se cerraran y sus labios se curvaran.

—No te olvides del champán. Ésas son mis mayores debilidades.

—Tomo nota —Blake sacó el coche del aparcamiento y volvió a incorporarse al tráfico. La gratitud espontánea de Summer no debería haberlo sorprendido. Y tampoco debería haberlo conmovido. Tenía la sensación de que ella habría reaccionado con la misma modestia y el mismo placer si le hubiera regalado un abrigo de visón o un brazalete de diamantes azules y blancos. A Summer no le interesaba el regalo en sí mismo, sino su intención. Blake descubrió que aquella idea le gustaba mucho. A Summer no se la impresionaba fácilmente, pensó, pero era fácil complacerla.

Summer hizo algo que rara vez hacía, a menos que estuviera sola. Se relajó del todo. Aunque tenía los ojos cerrados, ya no estaba soñolienta, sino completamente despierta. Podía sentir el suave deslizamiento del coche bajo ella, oía el rugido del tráfico más allá de las ventanas. Sólo tenía que inspirar para notar el olor penetrante

a salsa de tomate y especias. El coche era amplio, pero ella sentía el calor del cuerpo de Blake al otro lado del asiento.

Delicioso. Ésa era la palabra que se deslizaba por su cabeza. Aquello era tan delicioso que la cautela, la desconfianza, parecían carecer de sentido. Era una lástima, pensó, que no avanzaran sin rumbo fijo.

Qué extraño, a ella nunca le había gustado hacer las cosas sin rumbo fijo. Y, sin embargo, esa noche, conducir a lo largo de una larga playa desierta, con la luna llena reflejándose en el agua y la arena blanca... Se oiría el reflujo de la marea y se verían los centenares de estrellas que rara vez se divisan en la ciudad. Olería a sal y se sentiría la humedad del mar. El aire cálido y húmedo fluiría sobre su piel.

Notó que el coche se apartaba de la carretera y se paraba ronroneando. Se aferró un instante más a aquella fantasía.

— ¿En qué estás pensando?

— En la playa — respondió —. En las estrellas — de pronto la sorprendió haberse dejado llevar por lo que sólo podía considerarse romanticismo —. Yo llevo la pizza — dijo, incorporándose —. Tú ocúpate del champán.

Él puso una mano sobre su brazo, deteniéndola con suavidad.

— ¿Te gusta la playa?

— Nunca me había parado a pensar en ello — en ese momento, nada le apetecía más que apoyar la cabeza sobre el hombro de Blake y contemplar cómo se deslizaban las olas hacia la orilla. Y contar estrellas. ¿Por qué de pronto tenía ganas de hacer algo tan absurdo, cuando nunca antes las había tenido? —. No sé por qué, pero esta noche me apetece — y se preguntó si estaba respondiendo a la pregunta de Blake o a la suya.

— Dado que aquí no hay playa, tendremos que conformarnos con otra cosa. ¿Qué tal vas de imaginación?

— Bastante bien. Y, en este momento, imagino que la pizza se está enfriando y que el champán se está calentando — abriendo la puerta, bajó del coche con la caja en la mano. Una vez dentro del edificio, comenzó a subir las escaleras.

— ¿Es que nunca funciona el ascensor? — Blake agarró la bolsa y se unió a ella.

— A veces sí y a veces no. Casi siempre, no. Yo, personalmente, no me fío de él.

— En ese caso, ¿por qué elegiste el cuarto piso?

Ella sonrió mientras atravesaban el segundo descansillo.

— Me gusta la vista... y el hecho de que los vendedores suelen flaquear cuando se enfrentan a más de dos tramos de escaleras.

— Podías haber elegido un edificio más moderno, con vistas, sistema de seguridad y un ascensor que funcionara.

— Las herramientas modernas me parecen esenciales. Un coche nuevo, por ejemplo, con el motor impecable — sacando las llaves, Summer las agitó suavemente mientras se acercaban a su puerta —. En lo que se refiere a las casas, tengo criterios más amplios. Mi piso de París tiene cañerías con ideas propias y las cornisas más bonitas que he visto nunca.

Cuando abrió la puerta, el olor de las rosas era sofocante. Había una docena de rosas blancas en una cesta de mimbre, una docena de rosas rojas en un jarrón de Sé —

vres, una docena de rosas amarillas en una vasija de barro y otra de rosas rosas en un jarrón de cristal veneciano.

— ¿Te hacen descuento en la floristería?

Summer alzó las cejas mientras dejaba la pizza sobre la mesa de comedor.

— Yo nunca me compro flores. Éstas son de Enrico.

Blake dejó la bolsa junto a la caja y sacó el champán.

— ¿Todas?

— Es un poco excéntrico. Enrico Gravanti, habrás oído hablar de él. Zapatos y bolsos italianos.

Doscientos millones de dólares en zapatos y bolsos italianos, recordó Blake. Pasó un dedo por un pétalo.

— No sabía que Gravanti estuviera en la ciudad. Normalmente se aloja en el Cocharan House.

— No, está en Roma —mientras hablaba, Summer entró en la cocina en busca de platos y vasos—. Me mandó las flores cuando le dije que haría la tarta para su fiesta de cumpleaños, el mes que viene.

— ¿Cuatro docenas de rosas por una tarta?

— Cinco —puntualizó Summer, entrando de nuevo en la habitación—. Hay otra en el dormitorio. Son bastante bonitas, color melocotón —le tendió ambas copas—. Y, a fin de cuentas, es una de mis tartas.

Asintiendo con la cabeza, Blake aflojó el corcho. El aire salió con un siseo y el champán subió, burbujeando, hacia el cuello de la botella.

— Entonces, supongo que irás a Italia a hacerla.

— No pienso mandarla por correo aéreo —ella observó cómo subía el líquido dorado en la copa que Blake estaba sirviendo—. Sólo estaré dos días en Roma, como mucho tres —llevándose la copa a los labios, bebió un sorbo con los ojos cerrados—. Excelente —bebió de nuevo antes de abrir los ojos y sonreír—. Estoy muerta de hambre —subió la tapa de la caja y respiró hondo—. Pepperoni.

— No sé por qué, pero me pareció que te gustaría.

Riendo, ella se sentó.

— Eres muy intuitivo. ¿Te sirvo?

— Por favor —mientras ella empezaba a servir la pizza, Blake encendió su mechero y prendió las tres velas largas que había sobre la mesa—. Champán y pizza —dijo mientras apagaba las luces—. Esto requiere luz de velas, ¿no crees?

— Si tú quieres —cuando él se sentó, Summer tomó su primera porción de pizza. El queso estaba todavía tan caliente que se le cortó la respiración—. Mmm. Maravilloso.

— ¿Te has fijado en que dedicamos casi todo el tiempo que pasamos juntos a comer?

— Mmm... Bueno, a mí comer me gusta bastante. Siempre intento considerarlo un placer, en vez de una necesidad física. Es un aliciente.

— Y engorda, normalmente.

Ella se encogió de hombros y agarró la botella de champán.

— Desde luego, si no se tiene la precaución de administrar el placer en pequeñas dosis. El ansia es lo que engorda, arruina la figura y hace que uno se sienta fatal.

— ¿Tú nunca sucumbes al ansia?

Ella recordó de pronto que había sido eso justamente lo que había sentido por él. Pero había logrado dominarse, se dijo. No había sucumbido.

— No — comía lentamente, saboreando la pizza —. No. Con mi oficio, sería un desastre.

— ¿Y cómo consigues administrar el placer en pequeñas dosis?

Ella no sabía cómo tomarse la pregunta. Puso otra porción de pizza en su plato.

— Prefiero comer una sola cucharada de un soufflé de chocolate buenísimo, que un plato entero de comida sin ningún atractivo.

Blake dio otro mordisco a la pizza.

— ¿Y esto tiene atractivo?

Ella sonrió, consciente de que aquella no era la clase de comida a la que él estaba acostumbrado.

— Un equilibrio excelente de especias, quizás un poco cargada de orégano. Una buena mezcla de salsa de tomate y masa crujiente, la cantidad justa de queso y un pepperoni bien sabroso. Usando los sentidos como es debido, casi cualquier comida puede ser memorable.

— Usando los sentidos como es debido — replicó Blake —, también pueden ser memorables otras cosas.

Ella tomó la copa de nuevo. Sus ojos se rieron por encima del borde.

— Estamos hablando de comida. El sabor, por supuesto, es de la mayor importancia, pero la apariencia... — Blake la agarró de la mano y Summer se descubrió mirándolo fijamente —. El deseo de saborear algo entra por los ojos — el rostro de Blake era fino, sus ojos de un azul profundo que ella siempre encontraba atrayente...

— Luego, un olor te provoca, te incita — el de él era oscuro, boscoso, tentador...

— Oyes cómo burbujea el champán en una copa y quieres probarlo. Después de todo eso — continuó ella con una voz que empezaba a velarse levemente —, hay que explorar el sabor, la textura — la boca de Blake tenía un sabor que ella no podía olvidar.

— Entonces — él alzó su mano y le besó la palma —, tú aconsejas saborear todos los aspectos de una experiencia para absorber por completo su placer. Así... — dándole la vuelta a su mano, pasó los labios y luego la punta de la lengua sobre sus nudillos — ... los deseos más básicos se vuelven únicos.

Ella sintió que un intenso calorcillo le subía por el brazo.

— Ninguna experiencia es aceptable de otro modo.

— ¿Y la atmósfera? — él trazó con la punta de un dedo la forma de su oreja —. ¿No estás de acuerdo en que el escenario adecuado puede realzar la misma experiencia? La luz de las velas, por ejemplo.

Sus caras estaban muy juntas. Ella podía ver la luz suave que se movía proyectando sombras misteriosas.

— Los aditamentos externos a menudo añaden mayor intensidad a un estado de ánimo.

— Podría llamarse romanticismo — él pasó la punta del dedo por el contorno de su mandíbula.

—Sí —el champán nunca se le subía a la cabeza y, sin embargo, se sentía embriagada. Su cuerpo empezaba a aflojarse lenta y lujuriosamente. Hizo un esfuerzo por recordar por qué no debía permitir que aquello ocurriera, pero no halló la respuesta.

—El romanticismo, para algunos, es una necesidad elemental.

—Para algunos —murmuró ella cuando los labios de Blake siguieron el rastro de su dedo.

—Pero no para ti —él le lamió los labios y los encontró suaves y cálidos.

—No, no para mí —sin embargo, dejó escapar un suspiro tan cálido y suave como sus labios.

—Una mujer práctica —Blake la estaba poniendo en pie para que sus cuerpos pudieran tocarse.

—Sí —ella echó la cabeza hacia atrás, invitándolo a explorar sus labios.

—¿La luz de las velas no te inspira? —Sólo es un atractivo añadido —Summer rodeó su espalda con los brazos para atraerlo hacia sí—. A los cocineros se nos enseña que esas cosas pueden predisponer el ánimo para saborear nuestros platos.

—¿Y no te importaría que te dijera que eres preciosa? A la luz del sol, tu piel es impecable. A la luz de las velas, se vuelve de porcelana. ¿No te importaría —continuó mientras trazaba una línea húmeda y ardiente por su garganta— que te dijera que me excitas como ninguna otra mujer? Con sólo mirarte, te deseo. Tocarte me vuelve loco.

—Palabras —logró decir ella, a pesar de que la cabeza le daba vueltas—. Yo no necesito...

Entonces la boca de Blake cubrió la suya. Aquel largo y profundo beso desbarató por completo las razones prácticas de Summer. Esa noche, aunque nunca hubiera deseado tales cosas, ansiaba el romanticismo de las palabras dulces y las luces suaves. Deseaba experimentar las caricias lentas y deliciosas que vaciaban la mente y convertían el cuerpo en un horno. Esa noche sentía deseos, y sólo había un hombre para ellos. Si al día siguiente lamentaba las consecuencias, el día siguiente quedaba aún muy lejos. Blake estaba allí.

No se resistió cuando Blake la tomó en brazos. Esa noche, aunque fuera sólo un rato, sería frágil y delicada. Le oyó soplar las velas y el leve olor a cera derretida los siguió hasta el dormitorio.

Luz de luna. El embrujo plateado de la luz de la luna se filtraba por las ventanas. Rosas. La tenue fragancia de las rosas flotaba en el aire. Música. La música amortiguada de Beethoven llegaba desde el apartamento de abajo.

Había brisa. Summer la sintió susurrar sobre su rostro cuando Blake la depositó sobre la cama. Atmósfera, pensó vagamente. Si hubiera planeado una noche de amor, no habría podido preparar mejor el escenario. Tal vez... Tiró de él para que se tumbara junto a ella... Tal vez fuera el destino.

Podía verlo en los ojos de Blake. De un azul profundo, directos, penetrantes. El la miraba mientras trazaba con un dedo el contorno de su cara, de sus labios. ¿Le había mostrado alguien alguna vez aquella ternura? •Lo había deseado ella alguna vez? No. Y, si la respuesta era no, la respuesta había cambiado bruscamente. Ella ansiaba aquella nueva experiencia, la dulzura que siempre había desdeñado, y deseaba al hombre que podía darle ambas cosas.

Tomando la cara de Blake entre las manos, lo miró fijamente. Aquél era el hombre con el que compartiría aquel momento de absoluta intimidad, el que pronto conocería su cuerpo y su vulnerabilidad. Quizás habría dudado, de haber pensado en las posibles consecuencias de sus actos, de haber podido resistirse al deseo, y la determinación, que veía en sus ojos.

– Bésame otra vez – murmuró –. Nadie me ha hecho sentir como tú cuando me besas.

Él sintió un arrebató de placer intenso, deslumbrador. Bajando la cabeza, posó los labios en los de ella, jugueteando con ellos, mirándola igual que Summer lo miraba a él mientras sus emociones crecían y su deseo se agudizaba. ¿Acaso había sospechado él que Summer era aún más hermosa a la luz de la luna, con el pelo extendido sobre la almohada? ¿Había imaginado que el deseo que sentía por ella sería más agudo y doloroso que cualquier otro que hubiera experimentado? ¿Era todavía únicamente deseo, o había cruzado en algún momento una línea de la que él no era consciente? En ese momento, no había respuestas. Las respuestas eran para la luz del día.

Con un gemido, Blake hundió su lengua en la boca de Summer y sintió que su cuerpo se aflojaba, al tiempo que su boca se hacía más ávida. Las manos de Summer tocaban levemente la cara de Blake, su cuello, y luego se deslizaban despacio por su pelo. A pesar de que Blake se apretaba con fuerza contra ella, aún no le exigía nada.

«Saboréame». Aquella idea cruzó suavemente la mente de Summer mientras los labios de Blake se deslizaban sobre su rostro. Lentamente. Nunca había conocido a un hombre con tanta paciencia, ni tan embriagador. Boca contra boca, luego boca contra piel: cada una de sus caricias la hundía cada vez más en una languidez que iba apoderándose de su cuerpo y de su mente.

«Tócame». Él pareció entender aquella necesidad repentina. Sus manos se movieron sin prisas sobre los hombros de Summer, por sus costados, y volvieron a subir luego para susurrar sobre sus pechos, hasta que aquello no fue suficiente para ninguno de los dos. Luego, sin decir nada, comenzaron a desvestirse el uno al otro.

Dedos de luz de luna cayeron sobre la carne desnuda: un hombro, el largo de un brazo, un torso musculado. Summer pasó las manos lujuriosamente sobre el pecho de Blake, palpando sus músculos. Él exploró lentamente todo su cuerpo, conociendo poco a poco sus curvas sutiles y su tersura. Ni siquiera se precipitaron cuando la última barrera de ropa fue retirada. El tiempo había perdido su significado.

Se alzó la brisa, pero ellos estaban cada vez más acalorados. Allí por donde pasaban los dedos de Summer, la carne de Blake ardía y luego se enfriaba sólo para arder de nuevo. A medida que él besaba su cuerpo, aprendiendo secretos y descubriendo placeres, el fuego iba embargando a Summer. Y el ansia se apoderó de ambos.

Con rápidos gemidos y el aliento entrecortado, se poseyeron el uno al otro. Él ignoraba que pudiera dejarse llevar, y ella siempre se había negado a que la llevaran, y, sin embargo, se guiaron mutuamente hacia el mismo destino.

Summer sintió que la realidad se le escapaba, pero no sentía deseos de retenerla. La música sólo penetraba vagamente en su conciencia, pero los murmullos de Blake los oía claramente. Era su olor, y no el de las rosas, el que percibía. Era

capaz de sentir cualquier cosa, de ir a cualquier parte, con tal de estar con él. Junto con el deseo físico más poderoso que había conocido nunca, había una necesidad emocional que estallaba dentro de ella. No podía cuestionarla, no podía negarla. Su cuerpo, su mente, su corazón deseaban dolorosamente a Blake.

Con su nombre temblándole en los labios, Summer lo tomó dentro de sí. Luego, el placer fue tan intenso que ambos perdieron la cabeza. Un gozo torrencial se apoderó de ella. La calma se había convertido en un huracán. Juntos, se dejaron arrastrar por él.

¿Habían pasado horas o minutos? Summer yacía a la luz tamizada de la luna, intentando orientarse. Nunca se había sentido así. Saciada, eufórica, exhausta. Una vez había dicho que era imposible sentir todas esas cosas a la vez.

Podía sentir el roce del cabello de Blake contra su hombro, el susurro de su aliento contra su mejilla. Sus olores se habían mezclado, de tal modo que el de las rosas era tan sólo un matiz. La música había cesado, pero a Summer aún le parecía oír su eco. El cuerpo de Blake se apretaba contra el suyo, pero su peso era placentero. Ella comprendió que podía rodearlo con los brazos y quedarse así el resto de su vida. Entonces, a través de la neblina del placer, sintió agitarse por primera vez el miedo.

Oh, Dios, ¿hasta dónde había llegado en tan poco tiempo? Siempre había estado tan segura de que sus emociones estaban perfectamente a salvo... No era la primera vez que estaba con un hombre, pero era demasiado consciente de que era la primera vez que había hecho el amor en el verdadero sentido de la expresión.

Error. Metió a la fuerza aquella palabra en su cabeza, a pesar de que su corazón intentaba impedirselo. Tenía que pensar, tenía que ser realista. ¿Acaso no había visto con sus propios ojos los estragos que causan los sentimientos y los sueños descontrolados en dos personas inteligentes? Sus padres llevaban años saltando de una relación a otra, buscando... ¿qué?

«Esto», le decía su corazón, pero de nuevo hizo oídos sordos. Sabía que no debía anhelar algo en cuya existencia no creía. La estabilidad, el compromiso eran simples ilusiones. Y las ilusiones no tenían cabida en su vida.

Cerrando los ojos un momento, intentó calmarse. Era una mujer adulta, lo bastante sofisticada como para entender y aceptar un deseo mutuo y sin ataduras. «Tómatelo a la ligera», se advirtió. «No pretendas que sea lo que no es».

Pero no pudo evitar acariciar el pelo de Blake cuando le dijo:

— Es extraño cómo me afectan la pizza y el champán.

Alzando la cabeza, Blake le sonrió. Y en ese momento se sintió el dueño del mundo.

— Creo que debería ser tu dieta básica — besó la curva de su hombro —. La mía, va a serlo. ¿Quieres más?

— ¿Pizza y champán?

Riendo, él le lamió el cuello.

— Eso también — se movió, apretándola contra su costado. Un gesto más de intimidad que hizo que algo se agitara dentro de Summer.

«Fija las normas», se dijo. «Hazlo ahora, antes de... antes de que se te olvide».

— Me gusta estar contigo — dijo con calma.

—Y a mí contigo —él podía ver cómo danzaban las sombras en el techo, oía el ruido sofocado del tráfico en la calle, pero seguía saturado de ella.

—Ahora que hemos estado juntos así, esto puede afectar a nuestra relación de dos formas distintas.

Asombrado, él giró la cabeza para mirarla.

—¿Dos formas distintas?

—Puede que aumente la tensión mientras estamos trabajando, o que la alivie. Yo espero que la alivie.

Él la miró, ceñudo, en la oscuridad.

—Lo que acaba de ocurrir no tiene absolutamente nada que ver con los negocios.

—Cualquier cosa que hagamos tiene que afectar por fuerza a nuestra relación laboral —humedeciéndose los labios, ella intentó proseguir con la misma despreocupación—. Hacer el amor contigo ha sido algo muy... personal, pero mañana por la mañana tenemos que volver a ser socios. Esto no puede cambiar eso. Creo que sería un error dejar que cambiara el tenor de nuestro acuerdo profesional —¿estaba parlotando? ¿Tenía algún sentido lo que decía? Deseaba desesperadamente que él dijera algo, cualquier cosa—. Creo que los dos sabíamos que esto iba a ocurrir. Ahora que ya ha pasado, el ambiente estará más despejado.

—¿El ambiente estará más despejado? —enfurecido y, para su sorpresa, también dolido, Blake se apoyó sobre el codo y se incorporó—. Es mucho más que eso, Summer. Los dos lo sabemos.

—Intentemos mantener la perspectiva —¿cómo había empezado con tan mal pie? ¿Y cómo podía seguir parlotando cuando lo único que quería era acurrucarse junto a él y abrazarlo?—. Somos dos personas adultas y sin compromiso que se sienten atraídas la una por la otra. En ese sentido, no debemos esperar nada más el uno del otro que lo razonable. A nivel profesional, los dos debemos esperar un compromiso total.

Él deseó de pronto hacerla tragarse toda aquella letanía sobre su relación profesional. Violentemente. Aquel sentimiento no le agradaba, como tampoco le agradaba la repentina certeza de que ansiaba un compromiso total con Summer a nivel personal. Haciendo un esfuerzo, logró controlar su furia. Necesitaba formularse algunas preguntas y responderlas... muy pronto. Entre tanto, tenía que mantener la cabeza fría.

—Summer, pienso hacerte el amor a menudo y, cuando lo haga, por mí los negocios pueden irse al infierno —pasó una mano por su costado y sintió que su cuerpo respondía. Si ella quería normas, pensó con rabia, él se las daría. Las suyas—. Cuando estemos aquí, no habrá ningún hotel ni ningún restaurante. Sólo tú y yo. En el Cocharan House, mantendremos una actitud tan profesional como tú quieras —ella ignoraba si quería darle la razón con serenidad o ponerse a protestar a gritos. Guardó silencio—. Y ahora —continuó Blake, atrayéndola hacia sí—, quiero hacerte el amor otra vez, y luego quiero dormir contigo. Mañana a las nueve volveremos al trabajo.

Ella podría haber hablado entonces, pero la boca de Blake tocó la suya. Para el día siguiente quedaban aún muchas horas.

Capítulo VIII

Aquello era condenadamente frustrante. Blake había oído a muchos hombres quejarse de las mujeres llamándolas imposibles de entender, contradictorias, desconcertantes. Dado que siempre había sido capaz de tratar con las mujeres con sensatez, nunca había atribuido mucha credibilidad a aquellas quejas, hasta que había conocido a Summer. Ahora, se descubría buscando nuevos adjetivos. Apartándose de su mesa, Blake caminó hasta la ventana y miró, ceñudo, el panorama que le ofrecía la ciudad.

Cuando hicieron el amor, se dio cuenta de que ignoraba que una mujer pudiera ser tan dulce, tan generosa. Fuerte, sí, pero dotada de una fragilidad que le hacía sentirse tumbado sobre terciopelo. ¿Había sido su imaginación o había sido ella completamente suya? Habría jurado que, durante aquel espacio de tiempo, Summer solo había pensado en él, sólo lo había deseado a él. Y, sin embargo, antes de que sus cuerpos se hubiera enfriado, ella se había puesto tan prosaica, tan... distante.

Maldición, ¿acaso no debía dar gracias por eso, él que quería el placer y la compañía de una mujer sin ninguna atadura? Podía recordar otras relaciones en las que el hecho de establecer limpiamente una serie de normas había resultado de incalculable valor, pero ahora...

Abajo, una pareja paseaba por la acera con los brazos unidos. Al verlos, se los imaginó riéndose de algo que nadie más entendería. Y, mientras los miraba, Blake pensó en lo que él mismo había dicho sobre los diversos grados de la intimidad. La intuición le decía que Sum—mer y él habían compartido la intimidad más profunda que podían experimentar dos personas. No únicamente una fusión corporal, sino un entrelazamiento del pensamiento, de la necesidad y el deseo que era absoluto. Pero, si su intuición le decía una cosa, Summer le decía otra. ¿A quién tenía que creer?

Era frustrante, pensó de nuevo, apartándose de la ventana. No podía negar que la noche anterior había ido a su apartamento con intención de seducirla, poniendo así fin a la tensión que reinaba entre ellos. Pero tampoco podía negar que había sido él el seducido tras pasar cinco minutos a solas con ella. No podía verla sin sentir el deseo de tocarla. No podía oír su risa sin querer saborear la curva de sus labios. Ahora que había hecho el amor con ella, no estaba seguro de que pasara una sola noche sin que la deseara de nuevo.

Debía de haber un término para describir lo que estaba experimentando. Blake siempre se sentía más cómodo cuando podía clasificar las cosas y, de ese modo, archivarlas convenientemente. El encabezamiento más lógico, la más lógica categoría. ¿Cómo se le llamaba al hecho de pensar en una mujer cuando se debía estar pensando en otra cosa? ¿Qué nombre se le daba a aquel sentimiento de constante desasosiego?

Amor... Aquella palabra se abrió camino en su cerebro produciéndole una sensación no del todo agradable. Cielo santo. Inquieto, Blake se sentó de nuevo y se auedó mirando la pared de enfrente. Estaba enamorado de ella. Era así de simple y así de aterrador. Quería estar con ella, hacerla reír, hacerla temblar de deseo. Quería ver sus ojos brillar de rabia y de pasión. Quería pasar con ella veladas apacibles y noches apasionadas. Y estaba seguro de que seguiría deseando lo mismo veinte años después.

Desde la primera vez que había bajado los cuatro tramos de escaleras de su apartamento, no había vuelto a pensar en otra mujer. El amor, si es que podía considerarse lógico, era la conclusión lógica. Y él debía ceñirse a ella. Sacó un cigarrillo y pasó los dedos por él. No lo encendió, sino que siguió mirando la pared.

¿Y ahora qué?, se preguntaba. Estaba enamorado de una mujer que le había dejado perfectamente claras sus ideas acerca de los compromisos y las relaciones de pareja. Summer no quería ni una cosa ni otra. Él, en cambio, creía en la estabilidad e incluso en el romanticismo y en el matrimonio, aunque nunca hubiera considerado la idea de aplicar aquellas ideas a su propia vida.

Ahora las cosas habían cambiado. Era un hombre demasiado ordenado como para no considerar el matrimonio como el resultado directo del amor. Cuando se estaba enamorado, se deseaban estabilidad, promesas, compromiso. Él quería a Summer. Se recostó en la silla. Y creía firmemente que siempre había un modo de conseguir lo que quería.

Si alguna vez se le ocurría mencionar la palabra amor, ella saldría huyendo despavorida. Ni siquiera él se había hecho a la idea todavía. Estrategia, se dijo. Todo era cuestión de estrategia... o eso esperaba. Sólo tenía que convencerla de que él era esencial para su vida, de que la suya era una relación destinada a romper todas las normas que ella misma se había impuesto.

Al parecer, el juego continuaba... y él tenía intención de ganar. Frunciendo el ceño, intentó desentrañar el problema.

Summer, por su parte, también estaba metida en un atolladero. Cuatro tazas de café negro no habían conseguido despejarla. Necesitaba dormir diez horas para funcionar bien. Con ocho, podía pasar. Pero, con menos, y la noche anterior había dormido muchas menos, se volvía casi insoportable. Si al torbellino emocional en que se encontraba se añadía el frío resentimiento de Max, aquella no prometía ser una mañana ni agradable, ni fructífera.

—Usando alguna de las guarniciones francesas tradicionales al asado de cordero, añadiremos un toque europeo más atractivo al plato —Summer cruzó las manos sobre los papales dispersos que había sobre su escritorio. Había llevado algunas de las flores que le había enviado Enrico y las había colocado en un jarrón de cristal. Ayudaban a tapar un poco el olor a polvo.

—Mi asado de cordero es perfecto tal y como está.

—Para algunos paladares, tal vez —dijo Summer con calma—. Para el mío, sólo es correcto. Y lo correcto no me sirve —sus ojos se encontraron con violencia. Como ninguno de los dos apartó la mirada, ella prosiguió—: Prefiero seguir con clamart, corazones de alcachofa rellenos con guisantes y patatas salteadas con mantequilla.

—Nosotros siempre hemos usado berros y champiñones.

Ella cambió cuidadosamente la posición de un capullo de rosa. Aquella pequeña distracción la ayudó a refrenar su enojo.

—Ahora, usaremos clamart —Summer hizo una anotación, la subrayó y continuó—. En cuanto a las costillas...

—No va a tocar usted mis costillas.

Ella apretó los dientes y logró contenerse. Todo el mundo sabía en la cocina que las costillas eran la especialidad de Max, por no decir su mayor orgullo. Lo más sensato era ceder graciosamente en aquel asunto y mantenerse firme en otros.

—Las costillas pueden quedarse tal y como están —le dijo—. Mi labor aquí consiste en mejorar lo que haya que mejorar e incorporar los criterios de calidad que exige el Cocharan House —«bien dicho», se dijo Summer mientras Max bufaba, intentando calmarse—. Mantendremos además el entrecot al estilo de Nueva York — sintiendo que él comenzaba a aplacarse, Summer le atacó con los platos de ave—. Continuaremos sirviendo el pollo asado básico, con patatas o con arroz, y las verduras del día, pero vamos a añadir pato laminado.

—¿Pato laminado? —balbució Max—. No tenemos a nadie en la plantilla capaz de preparar ese plato como es debido, ni tenemos una laminadora.

—No, por eso he pedido una y voy a contratar a alguien que sepa usarla.

—¡Va a meter a alguien en mi cocina sólo para eso!

—Voy a meter a alguien en mi cocina —puntualizó ella— para preparar el pato laminado y el plato de cordero, entre otras cosas. Va a dejar su trabajo actual en Chicago para venir aquí porque confía en mi criterio. Tú deberías empezar a hacer lo mismo —Summer comenzó a ordenar sus papeles—. Eso es todo por hoy, Max. Me gustaría que te llevaras estas notas —le entregó un montón de papeles y de pronto sintió que empezaba a dolerle la cabeza—. Si tienes alguna sugerencia sobre la lista que he hecho, anótala, por favor —volvió a inclinarse sobre la mesa mientras él se levantaba y salía de la habitación.

Tal vez no debería haber sido tan brusca. Debería haber demostrado más tacto. Sí, y lo habría hecho, pensó con un suspiro cansino, frotándose las sienes, si ella misma no se hubiera sentido un tanto frágil y herida. «Por culpa tuya», se recordó. Luego, apoyando los codos sobre la mesa, descansó la cabeza sobre las manos unidas.

Ahora que era de día, tenía que afrontar las consecuencias. Había roto una de sus normas esenciales. No liarse nunca con un socio profesional. Debería ser capaz de encogerse de hombros y decir que las normas estaban para romperlas, pero la preocupaba que no fuera esa norma en particular la que le estaba causando aquel desasosiego, sino otra que también había infringido. No permitir que nadie que realmente le importara se acercara demasiado a ella. Y Blake, si ella no fijaba de inmediato un límite y lo respetaba, acabaría importándole de verdad.

Bebiendo más café y deseando una aspirina, comenzó a repasarlo todo de nuevo. Estaba segura de haberse mostrado lo bastante despreocupada y clara la noche anterior acerca de la falta de ataduras y obligaciones. Pero, después de haber hecho el amor otra vez, cuanto había dicho había perdido su sentido. Sacudió la cabeza, intentando olvidarlo. Esa mañana se habían sentido perfectamente a gusto el uno con el otro: dos adultos preparándose para un día de trabajo sin los recelos propios del día después. Eso era lo que ella quería.

Había visto muchas veces a su madre florecer y balbucear al iniciar una aventura amorosa. Aquel hombre era el de verdad, el más excitante, el más considerado, el más poético. Hasta que la flor se marchitaba. Summer creía firmemente que, si uno no florecía, tampoco se marchitaba. De ese modo, la vida era mucho más sencilla.

Y, sin embargo, seguía deseando a Blake.

Oyó que llamaban a la puerta y un pinche de cocina asomó la cabeza.

—Señorita Lyndon, el señor Cochran quiere verla en su despacho.

Summerapuró rápidamente su café frío.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Inmediatamente.

Ella alzó una ceja. A ella nadie la emplazaba tan perentoriamente.

—Entiendo —su sonrisa era tan gélida que el mensajero retrocedió—. Gracias.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, ella permaneció perfectamente quieta. Estaba trabajando, se dijo, y tenía un contrato. Era razonable y justo que Blake le pidiera que subiera a su despacho. Era aceptable. Pero ella seguía siendo Summer Lyndon... y no acudía a la llamada de nadie inmediatamente.

Pasó los siguientes quince minutos revolviendo entre sus papeles antes de levantarse. Tras cruzar lentamente la cocina, parándose a revisar el contenido de alguna cacerola y alguna sartén de pasada, se acercó al ascensor. Mientras subía, miró su reloj y notó con agrado que llegaba casi veinte minutos después de la llamada. Mientras las puertas se abrían, se quitó un hilito de la manga de la blusa y a continuación salió.

—¿El señor Cochran quería verme? —preguntó, sonriendo a la recepcionista.

—Sí, señorita Lyndon, puede usted pasar. La estaba esperando.

Summer siguió andando por el pasillo hasta la puerta de Blake. Llamó con fuerza antes de entrar.

—Buenos días, Blake.

Él dejó a un lado la carpeta que tenía frente a sí y se recostó en su silla.

—¿Te ha costado trabajo encontrar el ascensor?

—No —cruzando la habitación, ella eligió una silla y se sentó. Le pareció que él estaba igual que la primera vez que ella había entrado en su despacho. Tenía un aire aristocrático y distante—. Éste es uno de los pocos hoteles donde uno no se hace viejo esperando el ascensor.

—Supongo que eres consciente de lo que significa el término «inmediatamente».

—Sí, soy consciente de ello. Estaba ocupada.

—Tal vez deba dejarte claro que no tolero que mis empleados me hagan esperar.

—Y puede que yo hoy deba dejar claras dos cosas —replicó ella—. Primero, yo no soy una simple empleada, sino una artista. Y, segundo, yo no acudo cuando alguien chasquea los dedos.

—Son las once y veinte —comenzó a decir Blake con una suavidad de la que Summer sospechó inmediatamente—. De un día laborable. Mi firma figura en tus cheques. Así pues, tienes que responder ante mí.

Un leve rubor se extendió por los pómulos de Summer.

—Tú serías capaz de convertir mi trabajo en algo medible en dólares y centavos y minuto a minuto...

—Los negocios son los negocios —contestó él, extendiendo las manos—. Creo que tú lo dejaste bien claro.

Ella misma se había metido en aquel atolladero, pero Blake le había dado un buen empujoncito. Como resultado de ello, la actitud de Summer se hizo aún más altiva.

— Habrás notado que ahora estoy aquí. Estás perdiendo el tiempo.

Como reina de los hielos, no tenía igual, pensó Blake. Se preguntaba si Summer se daba cuenta de hasta qué punto podía alterar su imagen un cambio de expresión, un tono de voz. Podía ser media docena de mujeres en el transcurso de un solo día. Lo supiera o no, tenía el talento de su madre.

— He recibido otra llamada de Max quejándose — le dijo él con calma.

Ella arqueó una ceja y de pronto pareció una reina a punto de decretar una decapitación.

— ¿Ah, sí?

— Se opone tajantemente a algunos de los cambios que has propuesto para la carta. Ah... — Blake miró el cuaderno que tenía sobre su mesa—. El pato laminado parecer ser el principal escollo, aunque también hay otras cosas.

Summer se sentó más derecha en la silla, alzando el mentón.

— Según creo, me contrataste para mejorar la calidad del restaurante del Cocharan House.

— En efecto.

— Eso es justamente lo que estoy haciendo.

El acento francés empezaba a infiltrarse en su voz y sus ojos comenzaban a brillar. A pesar de que ello irritaba a Blake, no podía negar que Summer estaba preciosa cuando se enfadaba.

— También te contraté para dirigir la cocina..., lo cual significa que deberías ser capaz de controlar a la plantilla

— ¿Controlarla? — ella se levantó, y la reina de los hielos dejó paso a la artista. Sus ademanes eran amplios; sus movimientos, dramáticos—. Necesitaría una cadena y un látigo para controlar a esa vieja comadre estrecha de miras y mal encarada que no hace más que mirarse el ombligo. Su modo es el único modo de hacer las cosas. Su carta está grabada en piedra, es sacrosanta. ¡Bah!

Blake comenzó a dar golpecitos con el bolígrafo sobre el borde de la mesa mientras observaba el espectáculo. Casi le daban ganas de aplaudir.

— ¿Esto es lo que se conoce por «temperamento artístico»?

Ella respiró hondo. ¿Se estaba burlando de ella? ¿Cómo se atrevía?

— Tú todavía no has visto lo que es temperamento de verdad, mon ami.

Él se limitó a sonreír. Sentía la tentación de pincharla un poco más..., pero los negocios eran los negocios.

— Max lleva más de veinticinco años trabajando para el Cocharan House — dejó el bolígrafo y cruzó las manos—. Es leal y eficiente, y obviamente suspicaz.

— Suspica — ella estuvo a punto de escupir la palabra—. Le concedo sus costillas y su preciado pollo, y no se da por satisfecho. Tendré mi pato laminado y mi clamart. Mi carta no va a ser como la de la tasca de la esquina.

Blake tuvo que aclararse la garganta para sofocar una carcajada.

— Exacto — dijo, manteniendo un semblante sin expresión—. No tengo intención de interferir en el menú. El caso es que no tengo ganas de interferir en absoluto.

Summer se echó el pelo hacia atrás y lo miró con furia

—Entonces, ¿por qué me molestas con estas trivialidades?

—Estas trivialidades —contestó él— son problema tuyo, no mío. Como jefa de cocina, tu labor consiste en parte en gestionar, sencillamente. Si el chef está insatisfecho con razón, es que no estás haciendo bien tu trabajo. Eres libre de llegar a los acuerdos que consideres necesarios.

—¿Acuerdos? —el cuerpo de Summer se tensó. Blake pensó de nuevo que estaba magnífica—. Yo no hago acuerdos.

—La terquedad no apaciguará tu cocina.

Ella dejó escapar un suspiro sibilante.

—¡Terquedad!

—Exactamente. Ahora, el problema de Max vuelve a estar en tu terreno de juego. No quiero que vuelva a llamarme —ella profirió una retahila de palabras en francés en voz baja y amenazante y, sacudiendo la cabeza, echó a andar hacia la puerta—. Summer... —ella se dio la vuelta—. Quiero verte esta noche.

Los ojos de ella se convirtieron en rendijas.

—¡Cómo te atreves!

—Ya que hemos dado carpetazo al primer punto del orden del día, es hora de pasar al segundo. Podríamos ir a cenar.

—Tú le has dado carpetazo —replicó ella—. Yo no doy carpetazo a las cosas tan fácilmente. ¿A cenar? Cena con tu libro de cuentas. Eso es lo que entiendes.

El se levantó y se acercó a ella sin prisa.

—Acordamos que, cuando no estuviéramos aquí, no seríamos socios de negocios.

—Pero estamos aquí —ella alzó la barbilla—. Estoy en tu despacho, al que me has llamado.

—Esta noche no estarás en mi despacho.

—Esta noche estaré donde a mí me dé la gana.

—Entonces, esta noche —continuó él despreocupadamente—, no seremos socios. ¿No eran esas tus normas?

Lo personal y lo profesional, y aquella clara línea de demarcación. Sí, así lo había querido ella, pero no le resultaba tan fácil como esperaba deslindar ambas cosas.

—Esta noche —dijo, encogiéndose de hombros—, puede que esté ocupada.

Blake miró su reloj.

—Es casi mediodía. Podemos considerar esto la hora de la comida —volvió a mirarla con una media sonrisa. Alzando una mano, la hundió entre su pelo—. Durante la hora de la comida, no hay negocios entre nosotros, Summer. Y esta noche quiero estar contigo —rozó con sus labios una esquina de la boca de Summer y luego la otra—. Quiero pasar —sus labios se deslizaron suavemente sobre los de ella— largas horas contigo.

Ella también lo deseaba, ¿para qué fingir lo contrario? Nunca le habían gustado los disimulos. En cualquier caso, ya había decidido ocuparse de Max y de la cocina a su modo. Uniendo las manos tras el cuello de Blake, le devolvió la sonrisa.

—Entonces, esta noche estaremos juntos. ¿Traerás champán?

Se estaba ablandando, pero no se rendía. A Blake, aquello le parecía mucho más excitante que la sumisión.

— A cambio de algo.

Ella dejó escapar una risa cálida y maliciosa.

— ¿A cambio de algo?

— Quiero que hagas algo por mí que no has hecho aún.

Ella ladeó la cabeza y se tocó el labio con la punta de la lengua.

— ¿El qué?

— Cocinar para mí.

La sorpresa iluminó los ojos de Summer antes de que se echara a reír otra vez.

— ¿Cocinar para ti? Bueno, eso no es lo que esperaba.

— Después de la cena, puede que se me ocurran otras cosas.

— Así que quieres que Summer Lyndon te prepare la cena —ella se quedó pensando mientras se apartaba—. Tal vez lo haga, aunque esas cosas suelen costar mucho más que una botella de champán. Una vez, en Houston, preparé una comida para un empresario del petróleo y su flamante esposa. Me pagaron con acciones. Muy rentables.

Blake agarró su mano y se la llevó a los labios.

— Yo te compré una pizza. De pepperoni.

— Es cierto. A las ocho, entonces. Y te aconsejo que hoy almuerces muy poco —extendió la mano hacia el pomo de la puerta; luego echó un vistazo por encima del hombro, sonriendo—. ¿Te gustan las cervelles braisées?

— Tal vez, si supiera qué son.

Todavía sonriendo, ella abrió la puerta.

— Sesos de ternera braseados. Au revoir.

Blake se quedó mirando la puerta. Esa vez, ella había dicho la última palabra.

La cocina olía a guisos y sonaba como un salón. Las notas de Chopin sonaban amortiguadas mientras Summer rebozaba en harina las pechugas deshuesadas de pollo. En la placa, la mantequilla clarificada comenzaba a cambiar de color. Perfecto. Los tomates rellenos ya estaban preparados y esperaban en la nevera. Los guisantes acababan de empezar a hervir. Saltearía las bolas de patatas mientras se hacían las suprimes.

El tiempo era, desde luego, esencial. Las suprimes de volaille á brun debían hacerse al segundo. Un minuto más de cocción y Summer las tiraría a la basura. La mantequilla caliente chisporroteó cuando deslizó el pollo enharinado dentro de ella.

Oyó que llamaban a la puerta, pero no se movió.

— Está abierto —gritó, y ajustó meticulosamente el fuego bajo la sartén—. Tomaré el champán aquí.

— Ojalá se me hubiera ocurrido traer champán, chérie.

Summer se dio la vuelta, asombrada, y vio a Monique, magníficamente vestida en negro y plata, en el marco de la puerta.

— ¡Mamá! —con el tenedor de palo todavía en la mano, Summer se acercó a ella y la abrazó.

Monique la besó en ambas mejillas y apartó a su hija para mirarla.

— Te he dado una sorpresa, ¿eh? Adoro las sorpresas.

— Estoy atónita — dijo Summer —. ¿Qué estás haciendo aquí?

Monique miró la placa.

— En este momento, por lo visto, interrumpir los preparativos de un tete a tete.

— ¡Oh! — dándose la vuelta, Summer regresó junto a la sartén y les dio la vuelta a las pechugas de pollo a tiempo —. Lo que quería decir es qué estás haciendo en Filadelfia — comprobó de nuevo la llama —. ¿No decías que no volverías a pisar la ciudad del rey del hierro?

— El tiempo la ablanda a una — dijo Monique, haciendo un ademán característico con la muñeca —. Y quería ver a mi hija. Últimamente no vas mucho por París.

— Sí, eso parece, ¿no? — Summer dividía su atención entre su madre y la placa —. Tienes un aspecto magnífico.

Las tersas mejillas de Monique se plegaron.

— Me siento estupendamente, mignonne. Dentro de mes y medio empiezo una película nueva.

— Una película nueva — Summer tocó cuidadosamente con la punta de un dedo una de las pechugas. Luego las colocó en una bandeja caliente —. ¿Dónde?

— En Hollywood. Me han estado persiguiendo, y al final me he dado por vencida — la risa contagiosa de Monique borboteó de nuevo —. El guión es magnífico. El director en persona fue a París para intentar convencerme. Keil Morrison.

Alto, un tanto desgarbado, rostro inteligente, cincuentón. Summer tenía una idea bastante clara por las revistas del corazón, y por una fiesta en honor de una reina de las taquillas en la que había preparado *île flottante*. Por el tono de voz de su madre, supo la respuesta antes de formular la pregunta.

— ¿Y el director?

— El también es magnífico. ¿Cómo te sentirías si tuvieras un nuevo padrastro, chérie?

— Resignada — dijo Summer, y a continuación sonrió. Aquella palabra era demasiado fuerte —. Contenta, claro, si tu eres feliz, mamá — empezó a preparar la salsa de mantequilla dorada mientras Monique hablaba.

— Oh, ¡pero es tan brillante y tan sensible! Nunca había conocido a un hombre que comprenda tan bien a las mujeres. Al fin he encontrado mi media naranja. El nombre que finalmente me dará todo lo que necesito y deseo en esta vida. El hombre que me hará sentir mujer.

Asintiendo con la cabeza, Summer apartó la sartén del fuego y echó el perejil y el jugo de limón.

— ¿Cuándo es la boda?

— La semana pasada — Monique sonrió alegremente cuando Summer alzó la mirada —. Nos casamos discretamente en una capülita cerca de París. Había palomas, buena señal. Me he arrancando de su lado porque quería decírtelo en persona — adelantándose, le mostró una gruesa alianza con un diamante —. Elegante, ¿verdad? A Keil no le gusta la... ¿cómo se dice?... ostentación.

Así pues, de momento, a Monique Dubois Lyndon Smith Clarion Morrison tampoco le gustaba la ostentación. Summer imaginaba que, cuando trascendiera la

noticia, la prensa del corazón haría su agosto. Monique devoraría cada línea de publicidad. Summer besó la mejilla de su madre.

—Que seas feliz, ma mere.

—Estoy en éxtasis. Tienes que venir a California a conocer a Keil, y luego... — se interrumpió al oír que llamaban a la puerta—. Ah, ése debe de ser tu invitado. ¿Quieres que vaya yo?

—Por favor —con la lengua entre los dientes, Summer vertió la salsa sobre las suprimes. O las servía al cabo de cinco minutos, o tendría que tirarlas por el desagüe.

Al abrirse la puerta, Blake se topó con una versión levemente más voluptuosa y abrigada de Summer Lyndon. La luz de las velas disimulaba los años y realzaba sus rasgos clásicos. Sus labios se curvaron lentamente, igual que los de su hija, cuando le tendió la mano.

—Hola, Summer está ocupada en la cocina. Yo soy su madre, Monique —se detuvo un momento cuando sus manos se encontraron—. Pero su cara me suena de algo, sí. ¡Claro! —prosiguió antes de que Blake dijera nada—. El Cocharan House. Usted es el hijo. El hijo de B.C. Ya nos conocíamos.

—Un placer volver a verla, mademoiselle Dubois.

—Qué cosa tan curiosa, ¿verdad? Tiene gracia. Siempre me hospedo en su hotel cuando estoy en Filadelfia. Mis maletas ya están allí, y mi cama deshecha.

—Avísame si hay algo que pueda hacer por usted mientras se aloja con nosotros.

—Lo haré, desde luego —lo observó brevemente, con la mirada penetrante y directa de una mujer con experiencia. De tal palo, tal astilla. Su hija tenía un gusto excelente—. Pase, por favor. Summer está dándole los últimos toques a la cena. Siempre he admirado su talento para la cocina. Yo, en cambio, soy una nulidad.

—Una nulidad absoluta —comentó Summer, entrando con la fuente—. Siempre se asegura de que todo esté carbonizado. Así nadie le pide que cocine.

—Una táctica muy inteligente, en mi opinión —dijo Monique alegremente—. Y, ahora, os dejo para que cenéis tranquilamente.

—Puedes quedarte si quieres, mamá.

—Eres un encanto —Monique tomó la cara de Summer entre sus manos y volvió a besarle ambas mejillas—. Pero el vuelo ha sido muy largo y necesito descansar para estar en forma. Mañana nos vemos, ¿vale? Mon—sieur Cocharan, ¿por qué no cenamos todos en su maravilloso hotel antes de que me vaya? —se acercó a la puerta con desparpajo—. Bon appétit.

—Una mujer espectacular —comentó Blake. —Sí —Summer regresó a la cocina en busca del resto de la cena—. Nunca deja de sorprenderme —tras poner las verduras en la mesa, tomó su copa—. Acaba de casarse por cuarta vez. ¿Brindamos por ello?

Él había empezado a quitar el celofán de la botella, pero se detuvo al advertir su tono. —Te encuentro un tanto cínica, ¿no? —Sólo soy realista. En cualquier caso, deseo que sea feliz —cuando él quitó el corcho, Summer lo agarró y lo agitó distraídamente bajo su nariz—. Y envidio su perenne optimismo —después de que estuvieran servidas las dos copas, Summer entrecrocó la suya con la de Blake—. Por la flamante señora Morrison.

—Por el optimismo —repuso Blake antes de beber. —Si tú lo dices —dijo Summer, encogiéndose de hombros, y se sentó. Pasó una de las suprémes de la fuente al plato de Blake—. Por desgracia, hoy los sesos no tenían buena pinta, así que tendremos que conformarnos con pollo.

—Una lástima —el primer bocado era tierno y perfecto—. ¿Quieres tomarte algún tiempo libre para estar con tu madre?

—No, no es necesario. Durante el día, mi madre divide su tiempo entre ir de compras y visitar el balneario. Me ha dicho que está a punto de empezar una película.

—¿En serio? —sólo le costó un instante sumar dos y dos—. ¿Morrison, el director de cine?

—Eres muy rápido —dijo Summer, brindando por él. —Summer... —Blake puso una mano sobre la de ella—, ¿tienes algo en contra de esa boda?

Ella abrió la boca para contestar de inmediato, pero luego se lo pensó mejor.

—No. No es que tenga nada en contra. Es su vida. Sencillamente, no entiendo cómo ni por qué se mete siempre en relaciones de pareja y se ata con matrimonios que, de media, duran cinco años y dos meses. ¿Será optimismo, me pregunto, o simple ingenuidad?

—Monique no me parece una persona ingenua.

—Quizá la ingenuidad y el romanticismo sean sinónimos.

—No, pero el romanticismo es sinónimo de esperanza. Tú no eres como ella.

Sin embargo, las dos elegían amantes de la misma estirpe, pensó Summer. ¿Cómo reaccionaría Blake ante aquella pequeña joya? «Deja el pasado en paz», se advirtió Summer.

—No, es cierto. Bueno, ¿qué te parece cómo cocino?

Tal vez fuera preferible dejar pasar la cuestión, de momento.

—Como todo lo que haces —le dijo Blake—. Magnífico.

Ella se echó a reír mientras empezaba a comer otra vez.

—Te aconsejo que no te acostumbres. Rara vez cocino sólo por cumplidos.

—Ya lo había pensado. Por eso he traído lo que me pareció una recompensa adecuada.

Summer probó de nuevo el vino.

—Sí, el champán es excelente.

—Pero no es recompensa suficiente para una cena de Summer Lyndon.

Al ver que ella lo miraba con sorpresa, Blake metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una caja pequeña y fina.

—Ah, un regalo —divertida, ella aceptó la caja.

—Dijiste que te gustaban —Blake notó que su expresión de regocijo se disipaba cuando ella abrió la caja.

Dentro había diamantes: elegantes, incluso delicados, en forma de un fino brazalete. Yacían blancos y majestuosos sobre el negro terciopelo de la caja.

Summer rara vez se sentía abrumada. En ese momento, en cambio, se descubrió luchando contra una oleada de perplejidad.

—La cena es demasiado simple para merecer un regalo como éste —logró decir—. De haberlo sabido, habría preparado algo espectacular.

—No sabía que el arte fuera simple.

—Puede que no, pero... —ella alzó la mirada, diciéndose que aquellas cosas no debían conmovérsela. A fin de cuentas, sólo eran unas piedras bonitas. Sin embargo, sentía el corazón desbordado—. Es precioso, Blake, de verdad. Exquisito. Creo que me tomaste demasiado en serio cuando hablé de pagos y regalos. Lo de esta noche sólo lo he hecho porque me apetecía hacerlo.

—Esto me recordó a ti —dijo él como si Summer no hubiera hablado—. ¿Ves lo frías y majestuosas que son las piedras? Pero... —sacó el brazalete de la caja—. Si miras más despacio, si los pones a la luz, se ve calor, incluso fuego —mientras hablaba, dejó que el brazalete colgara de sus dedos para que brillara a la luz de las velas. En ese momento, parecía estar vivo—. Tiene tantas facetas, que desde cualquier ángulo se ve algo distinto. Una piedra dura, y más elegante que cualquier otra —colocando el brazalete sobre la muñeca de Summer, se lo abrochó. Su mirada se fijó en la de ella—. Sólo lo he hecho porque me apetecía hacerlo.

Ella se encontraba vulnerable, sin aliento. ¿Sería así cada vez que Blake la mirara?

—Empiezas a preocuparme —musitó.

Blake sintió que el deseo lo atravesaba, casi fuera de control. Se puso en pie, y, haciéndola levantarse, la apretó contra sí antes de que ella pudiera decir nada.

—Bien.

Esta vez, su boca no mostraba paciencia alguna. Parecía sentir una necesidad desesperada de apresurarse, de engullirlo todo, de poseerlo todo. Un ansia que nada tenía que ver con la cena que seguía, inacabada, sobre la mesa, se apoderó de él. Summer contenía todos sus deseos, todas las respuestas que necesitaba. Reprimiendo un juramento, la arrastró hasta el suelo.

De pronto se desató un torbellino. Ella nunca se había encontrado en aquella situación, atrapada y presa de la alegría. Embriagada por la velocidad, temblorosa y llena de energía, Summer no se quedó atrás. Esta vez, no tuvieron paciencia con la ropa. Se la quitaron entre tirones y la tiraron al suelo, hasta que se hallaron carne contra carne. Cálido y ansioso, el cuerpo de Summer se arqueó contra el de él. Ella ansiaba el vendaval y la furia que sólo él podía proporcionarle.

Mientras las manos de Blake se afanaban sobre su cuerpo, Summer se deleitaba en la firmeza, en la fortaleza de cada uno de sus dedos. Su boca recorría ansiosamente el cuello de Blake, hundiendo los dientes, pasando la lengua. El aliento entrecortado de él le decía que podía conducirlo al mismo estado en que se hallaba ella. Descubrió que ello le causaba placer. Dar pasión y recibirla. Aunque tenía la mente nublada, Summer distinguió claramente el instante en que perdía el control. Blake se mostraba rudo, pero a ella le gustaba. Su sola presencia había dado al traste con las maneras civilizadas de Blake, cuya boca estaba por doquier, saboreando, realizando un viaje enloquecido desde los labios de Summer hasta sus pechos y más abajo, hasta que ella se quedó sin aliento, presa de una excitación llena de perplejidad.

El mundo se desvaneció a su alrededor: el suelo, las paredes, el techo, y luego el cielo y la tierra misma. Summer se hallaba más allá de todo eso, en un túnel en espiral en el que reinaban únicamente los sentidos. Su cuerpo no tenía límites, y ella carecía de control. Gimió, luchando un instante por rehacerse, pero el primer pico del

placer la arrastró por entero, sacudiéndola salvajemente. Incluso la ilusión de la razón se resquebrajó.

Blake la quería así. Una parte oscura y primitiva de su ser necesitaba saber que podía conducirla a aquel mundo de sensaciones palpitantes y ciegas. Summer se estremecía bajo él una y otra vez, boqueando. Podía ver su rostro a la luz de las velas: aquellos destellos de pasión, de gozo, de deseo. Ella estaba húmeda y ardiente. Y él estaba ansioso.

La piel de Summer latía bajo él allí donde la tocaba. Cuando Blake aplicó la boca a la delicada curva donde sus muslos se juntaban con sus caderas, ella se arqueó y gimió su nombre. El sonido de su voz traspasó a Blake, desgarrándolo, palpitando en su sangre mucho después de que se hiciera el silencio.

—Dime que me deseas —le pidió él mientras recorría de nuevo su cuerpo estremecido—. Sólo a mí.

—Te deseo —ella no podía pensar. Le habría dado cualquier cosa—. Sólo a ti.

Se unieron con una violencia que se prolongó largamente, y luego se rompieron en un gozo cristalino.

Summer yacía bajo él, pensando que nunca conseguiría reunir fuerzas para moverse. Apenas podía respirar. Pero ello no parecía importarle. De pronto se dio cuenta de que el suelo era duro, y, sin embargo, no cambió de postura. Suspirando, cerró los ojos. Podría haberse quedado dormida allí, tal y como estaba.

Blake se movió para incorporarse, apoyando el peso sobre los brazos. Ella parecía de pronto tan frágil, tan completamente indefensa... Él no le había mostrado delicadeza alguna, y, aun así, durante el acto amoroso ella le había parecido fuerte y llena de ardor. Se dio el placer de mirarla mientras yacía medio dormida, vestida únicamente con los diamantes que llevaba en la muñeca. Mientras la miraba, los ojos de Summer parpadearon y se abrieron y ella le lanzó una mirada gatuna con los párpados entornados. Sus labios se curvaron. Blake le sonrió y la besó en la boca.

—¿Qué hay de postre?

Capítulo IX

Por desgracia, Summer iba a necesitar un teléfono en el despacho. Prefería trabajar sin que la molestaran, y los teléfonos solían ser un estorbo, pero la carta definitiva estaba casi acabada. Se estaba acercando el momento crítico de elegir proveedores. Con tantas cosas nuevas, algunas de ellas tan difíciles de encontrar, tendría que iniciar el proceso de encontrar a los mejores abastecedores. Le habría encantado delegar aquella tarea, pero confiaba en sus habilidades negociadoras y en su propia intuición más que en las de cualquier otra persona. Y, cuando se trataba de elegir las mejores ostras o el mejor quimbobó, se necesitaban ambas cosas.

Tras concluir las tareas que tenía pendientes esa mañana, Summer miró con satisfacción su montón de papeles. No se había equivocado al aceptar aquel trabajo. Lo estaba haciendo, y lo estaba haciendo bien. La remodelación de la cocina había resultado tal y como ella la había proyectado, la plantilla trabajaba bien, y, gracias a

su cuidadosa planificación y a las innovaciones que había introducido, pronto lo harían aún mejor. Los dos reposteros nuevos eran los mejores que podía encontrarse. Julio y Georgia habían mandado una postal desde Hawai que alguien había colocado con honores en la nuerta de una nevera. Summer sólo había sentido la tentación pasajera de lanzarle algún dardo.

Apenas había intervenido en la organización del comedor. La iluminación era excelente; la ropa de mesa, impecable. La comida, su comida, era la única mejora que requería el local.

Pronto, pensó, podría mandar la nueva carta a la imprenta. Sólo tenía que concretar algunos precios y negociar algunos detalles, así como las horas de entrega. El paso siguiente era la instalación del teléfono. Como prefería encargarse de ello sin más dilación, se dirigió a la puerta. Entró en la cocina por un lado al tiempo que Monique entraba por otro. Todo el mundo se quedó parado.

A Summer le divertía y en cierto modo le gustaba que su madre surtiera aquel efecto de perplejidad sobre la gente. Veía a Max mirándola, petrificado, sujetando en la mano un cucharón del que goteaba salsa de tomate. Y, claro está, Monique sabía cómo hacer una entrada triunfal. Podría decirse que era especialista en ello.

Su madre sonrió lentamente, casi con cierta indecisión, cuando entró arrastrando tras de sí un aroma a París y a primavera. Sus ojos eran más grises que los de su nUa> y, pese a la diferencia de edad y experiencia, poseían una mirada más inocente. Summer ignoraba aún si era calculada o innata.

– Tal vez alguien pueda ayudarme.

Seis hombres dieron un paso al frente. Max estuvo a punto de manchar el hombro de Monique de salsa de tomate. Summer decidió que era hora de restablecer el orden.

– Mamá – se abrió paso entre el círculo de cuerpos que rodeaba a Monique.

– Ah, Summer, te estaba buscando – mientras le daba las manos a su hija, les lanzó a los hombres una sonrisa que los abarcó a todos –. Qué fascinante. Creo que nunca había estado en la cocina de un hotel. Es tan... eh... grande, ¿verdad?

– Por favor, señora Dubois... madame – incapaz de contenerse, Max tomó la mano de Monique –, sería un honor para mí enseñarle lo que quiera ver. Quizá quiera usted probar un poco de nuestra sopa.

– Qué amable – la sonrisa de Monique habría derretido chocolate a cincuenta metros a la redonda –. Naturalmente, quiero ver dónde trabaja mi hija.

– ¿Su hija?

Estaba claro, pensó Summer, que Max sólo oía música de violines desde que Monique había entrado en la habitación.

– Mi madre – dijo Summer con voz clara –. Monique Dubois. Éste es Max, el jefe del personal de cocina.

¿Madre?, pensó Max, perplejo. Pero, naturalmente, el parecido era tan notable que se sentía como un tonto por no haberse dado cuenta antes. No había ni una sola película de la Dubois que no hubiera visto por lo menos tres veces.

– Es un placer – besó la mano que ella le ofrecía con galantería –. Un honor.

– Es muy reconfortante saber que mi hija trabaja con semejante caballero – aunque sus labios se fruncieron, Summer no dijo nada –. Y me encantaría verlo todo, absolutamente todo... pero quizá más tarde – añadió antes de que Max pudiera

empezar otra vez—. Ahora, tengo que robarles a Summer un ratito. Dígame, ¿sería posible que mandaran un poco de champán y caviar a mi suite?

—El caviar no está en la carta —intervino Summer, mirando a Max con las cejas arqueadas—. Todavía.

—Oh —Monique hizo un mohín—. Entonces, supongo que servirá con un poco de paté o de queso.

—Me encargaré de ello personalmente. Enseguida, madame.

—Es usted muy amable —batiendo las pestañas, Monique le dio el brazo a Summer y salió de la cocina.

—Has cargado un poco las tintas —masculló Summer.

Monique echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una risa efervescente.

—No seas tan británica, chérie. Acabo de hacerte un inmenso favor. El joven y encantador Cochran me informó esta mañana no sólo de que mi hija trabaja para este hotel, cosa que tú no te habías molestado en decirme, sino de que además tenía ciertos problemillas internos en la cocina.

—No te lo dije porque sólo es un acuerdo temporal, y porque me está dando mucho trabajo. En cuanto a los problemas internos...

—En forma de ese fortachón de Max —Monique se deslizó en el ascensor.

—Puedo ocuparme de ellos yo sola —concluyó Summer.

—Pero tampoco te vendrá mal que tu madre le haya impresionado un poco —tras apretar el botón de su piso, Monique se giró para observar a su hija—. Cuando te miro a la luz del día, me doy cuenta de lo guapa que te has vuelto. Y eso me agrada. Si hay que tener una hija mayor, mejor que sea guapa.

Riendo, Summer sacudió la cabeza.

—Eres tan presumida como siempre.

—Siempre lo seré —dijo Monique con sencillez—. Si Dios quiere, siempre tendré motivos para serlo. Ahora... —empujó a Summer fuera del ascensor—, que ya he tomado mi café, mi cruasán y mi masaje, estoy lista para enterarme de todo sobre tu nuevo trabajo y tu nuevo amante. Por tu aspecto, parece que las dos cosas te sientan bien.

—Tengo entendido que lo normal es que las madres y las hijas hablen de los trabajos nuevos, no de los amantes nuevos.

—Tonterías —Monique abrió la puerta de su suite de un empujón—. Nosotros nunca hemos sido madre e hija, sino amigas, n'est-ce pas? Y las buenas amigas siempre hablan de sus amantes.

—El trabajo —dijo Summer con firmeza, dejándose caer en un diván de color crema y subiendo las piernas— va bastante bien. Al principio lo acepté porque me intrigaba y... Bueno, porque Blake me restregó a LaPointe por la cara.

—¿LaPointe? ¿Ese hombrecillo con los ojos como alfileres al que detestas tanto? ¿El que le dijo a la prensa de París que eras su...?

—Querida —dijo Summer con rabia.

—Ah, sí, qué palabra tan estúpida, «querida», tan anticuada, ¿no te parece? —Monique sonrió con serenidad mientras se arrellanaba en el sofá—. ¿Y lo eras?

—Claro que no. No habría permitido que me pusiera sus gordas manos encima aunque hubiera sido el mejor cocinero del mundo.

— Debiste demandarlo.

— Si lo hubiera hecho, las cosas se habrían complicado y la gente habría dicho que, si el río suena, agua lleva. A ese cochino francés le habría encantado — Summer estaba apretando los dientes e intentó relajar la mandíbula —. No me hagas hablar de LaPointe. Ya fue suficiente que Blake consiguiera embaucarme para que aceptara este trabajo amenazando con contratarlo.

— Un hombre muy listo, tu Blake.

— No es mi Blake — dijo Summer quisquillosamente —. Él va por su lado y yo por el mío. Tú sabes que yo no creo en esas cosas — llamaron suavemente a la puerta. Monique hizo un ademán negligente y Summer se levantó a abrir. Mientras un camarero metía en la habitación un carrito con una bandeja de quesos, fruta fresca y una hielera con champán, Summer pensó que Max debía de haber corrido como un loco para prepararlo todo tan rápidamente. Summer firmó la cuenta con un garabato y despidió al camarero.

Monique inspeccionó distraídamente la bandeja antes de elegir un trocito de queso.

— Pero estás enamorada de él.

Ocupada con el corcho del champán, Summer alzó la mirada.

— ¿Qué?

— Estás enamorada del joven Cocharan.

El corcho salió despedido, el champán ascendió burbujeando y surgió como un geiser de la botella. Monique se limitó a alzar su copa para que se la llenara.

— No estoy enamorada de él — dijo Summer con una desesperación soterrada que Monique advirtió enseguida.

— Una siempre está enamorada de su amante.

— No, no es cierto — más calmada, Summer sirvió el champán —. Las aventuras amorosas no tienen por qué ser románticas y cursis. Le tengo cariño a Blake, y le respeto. Lo considero un hombre atractivo e inteligente y disfruto de su compañía.

— Podría decirse lo mismo de un hermano, o de un tío. Hasta de un ex marido, si me apuras — comentó Monique —. Pero no creo que sea eso lo que sientes por Blake.

— Siento pasión por él — dijo Summer con impaciencia —. Pero la pasión no es lo mismo que el amor.

— Ah, Summer — divertida, Monique eligió una uva —. Puedes pensar con tu cerebro británico, pero sientes con tu corazón francés. Ninguna mujer se tomaría a la ligera a ese joven.

— ¿De tal palo, tal astilla? — Summer lamentó haber dicho aquello en cuanto salió de sus labios.

Sin embargo, Monique se limitó a sonreír suavemente, dejándose llevar por el recuerdo.

— Sí, ya lo había pensado. No he olvidado a B.C.

— Ni él a ti.

Interesada, Monique volvió al presente.

— ¿Has conocido al padre de Blake?

—Lo vi un momento. Cuando se mencionó tu nombre, reaccionó como si lo hubiera atravesado un rayo.

La suave sonrisa de Monique se hizo brillante.

—Qué halagador. A una le gusta creer que permanece en el recuerdo de un hombre mucho después de la separación.

—Puede que tú te sientas halagada. Te aseguró que yo pasé vergüenza.

—Pero ¿por qué?

—Mamá —inquieta, Summer se levantó de nuevo y empezó a pasearse por la habitación—, me sentía atraída por Blake, muy atraída, y él por mí. ¿Cómo crees que me sentí cuando estaba hablando con su padre y tanto él como yo estábamos pensando que habíais sido amantes? Creo que Blake no tiene ni idea. Si lo supiera ¿te imaginas lo embarazosa que sería la situación?

—¿Por qué?

Summer dejó escapar un largo suspiro y se volvió para mirar a su madre.

—B.C. estaba y está casado con la madre de Blake. Tengo la impresión de que Blake quiere mucho a su madre, y a su padre también.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Monique se encogió de hombros, alzando ligeramente la mano con la palma hacia arriba—. Yo también quería a su padre. Escúchame —continuó antes de que Summer pudiera replicar—, B.C. estaba enamorado de su mujer. Yo lo sabía. Nos consolamos el uno al otro, nos hicimos reír durante una época que fue bastante amarga para los dos. Yo me siento agradecida por ello, no avergonzada. Y tú tampoco deberías estarlo.

—No me avergüenzo —frustrada, Summer se pasó una mano por el pelo—. Ni te pido que tú lo hagas, pero... Maldita sea, mamá, es muy embarazoso.

—La vida a menudo lo es. Ahora vas a recordarme que hay ciertas normas, y, en efecto, las hay —ella echó hacia atrás la cabeza y adoptó la actitud majestuosa que había heredado su hija—. Yo no juego conforme a las normas, y no pienso pedir disculpas por ello.

—Mamá —maldiciéndose para sus adentros, Summer se acercó y se arrodilló junto al sofá—, no te estaba criticando. Es sólo que lo que es bueno para ti no tiene por qué serlo para mí.

—¿Crees que no lo sé? ¿Piensas que quiero que vivas igual que yo? —Monique posó una mano sobre la cabeza de su hija—. Puede que haya sido más feliz que tú, pero también he sido más desgraciada. No puedo desearte la felicidad sin saber que, al mismo tiempo, tendrás que afrontar el dolor. Sólo deseo para ti lo que tú elijas libremente.

—Algunas cosas da miedo desearlas.

—Sí, y a veces hay que tener cuidado con lo que se desea. Voy a darte un consejo —le dio una palmadita en la cabeza y luego se recostó en el sofá—. Cuando eras pequeña, no te daba ninguno porque los niños siempre han sido un misterio para mí. Y, cuando creciste, no me habrías hecho ningún caso. Tal vez hayamos llegado a ese punto en que una madre y una hija comprenden que la otra es inteligente.

Riendo, Summer tomó una fresa de la bandeja.

—Está bien, te escucho.

—No eres menos mujer por necesitar a un hombre —al ver que Summer fruncía el ceño, Monique prosiguió—. Necesitar a un hombre para vivir, eso sí que es una estupidez. Necesitarlo para conseguir riqueza o darse aires, es deshonesto. Pero necesitar a un hombre, a un solo hombre, para que te dé alegría y pasión... Eso es la vida.

—Una puede tener alegría y pasión sin necesidad de un hombre.

—Cierta alegría y cierta pasión —convino Monique—. Pero ¿por qué conformarse con tan poco? ¿Qué pretendes demostrar cercenando un deseo tan natural? Tal vez sea tonta la mujer que se casa cuatro veces. No es que pida perdón por ello. Sólo quiero recordarte que Summer Lyndon no es Monique Dubois. Nosotras contemplamos las cosas de manera distinta. Pero las dos somos mujeres. Yo no me arrepiento de nada.

Con un suspiro, Summer apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—Ojalá fuera capaz de decir lo mismo.

—Tú eres una mujer inteligente. Lo que elijas, será lo mejor para ti.

—Mi mayor miedo ha sido siempre cometer un error.

—Puede que tu mayor miedo sea tu mayor error —acarició de nuevo la mejilla de Summer—. Vamos, sírveme un poco más de champán. Te hablaré de mi Keil.

Cuando regresó a la cocina, Summer seguía dándole vueltas a la conversación que había mantenido con su madre. Era extraño que Monique le pidiera detalles sobre su vida privada, y más raro aún que le ofreciera consejo. Ciertamente que la mayor parte de la hora que habían pasado juntas había estado dedicada a glosar las virtudes de Keil Morrison, pero, antes de eso, Monique había dicho cosas destinadas a hacer reflexionar a Summer... y a hacerla dudar del orden de sus prioridades.

Pero, cuando al acercarse a las puertas batientes de la cocina le salió al paso el ruido de una trifulca, Summer comprendió que tendría que dejar sus cavilaciones para más adelante.

—Mi casserole es perfecta.

—Demasiada leche y muy poco queso.

—Nunca has podido admitir que mi casserole es mejor que la tuya.

La escena podía parecer cómica: el enorme Max y el diminuto Charlie, el cocinero coreano que apenas le llegaba a su jefe a la altura del pecho, estaban de pie, mirándose el uno al otro con fijeza, disputándose una rúente de casserole de espinacas. Podía parecer cómica, pensó Summer cansinamente, si el resto de la cocina no hubiera elegido ya a uno u otro adversario mientras las comandas de la comida permanecían ignoradas.

—Un trabajo mediocre —dijo Max, que aún no había perdonado a Charlie por haber estado enfermo tres días seguidos.

—Tus casseroles sí que son mediocres. Las mías son perfectas.

—Demasiada leche —dijo Max con vehemencia—. Y poco queso.

—¿Algún problema? —Summer se adelantó, interponiéndose entre ellos.

—Este feo hombrecillo con ínfulas de cocinero pretende hacer pasar este amasijo de hojas empapadas por una casserole de espinacas —Max intentó quitarle la fuente de cristal, pero Charlie resultó tener más fuerza de la esperada.

—Este gordinflón que dice ser chef está celoso porque sé más de verduras que él.

Summer se mordió el labio inferior. Maldita fuera, la cosa tenía gracia, pero el momento no podía ser peor.

– Tal vez los demás deberíais volver al trabajo – dijo despreocupadamente –, antes de que los clientes que hay en el comedor huyan a la hamburguesería más cercana en busca de un servicio decente. Ahora... – se volvió hacia los dos contrincantes –. Supongo que ésa es la casserole en cuestión.

– Se suponía que tenía que serlo – replicó Max –. Pero es una basura – dio otro tirón a la fuente.

– ¡Basura! – gritó el pequeño cocinero, enfurecido, y replegó los labios –. Basura es lo que tú haces pasar por costillas de primera. La única cosa comestible de ese plato es la pizca de perejil que le pones – Charlie tiró de la fuente.

– Caballeros, ¿puedo hacer una pregunta? – sin esperar respuesta, Summer tocó con un dedo la fuente. Todavía estaba caliente –. ¿Alguien ha probado la casserole?

– Yo no pruebo el veneno – Max le dio otro tirón a la fuente. Lo tiro por el desagüe.

– No permitiré que este... este asno pruebe una sola cucharada de mis espinacas – Charlie tiró en sentido contrario –. Las contaminaría.

– Está bien, niños – dijo Summer con tanta dulzura que los dos se volvieron a mirarla con indignación –. ¿Por qué no la pruebo yo?

Los dos se miraron con recelo.

– Dígale que suelte mis espinacas – insistió Charlie.

– Max...

– Que las suelte él primero. Yo soy su superior.

– Charlie...

– Sólo es superior a mí en peso – el tironeo empezó otra vez.

Sintiendo que su paciencia se agotaba, Summer alzó las manos.

– Está bien, ¡ya basta!

Tal vez fuera por la impresión de oírla alzar la voz, cosa que nunca hacía en la cocina, o tal vez porque la fuente empezaba a resbalar de tanto manoseo, pero el caso es que se escurrió de las manos de los dos de repente, golpeó contra el borde de la encimera, resquebrajándose, y el cristal se hizo añicos antes de que la casserole y su contenido cayeran al suelo. Max y Charlie estallaron en improperios al unísono.

Summer, distraída por el dolor que sentía de pronto en el brazo derecho, miró hacia abajo y vio que la sangre empezaba a manar de un corte de varios centímetros. Asombrada, se quedó mirándolo durante tres segundos mientras su mente se negaba en redondo a admitir que la sangre, su sangre, pudiera manar tan rápidamente.

– Disculpadme – logró decir al fin –, ¿creéis que podéis acabar este asalto después de que me desangre?

Charlie giró la cabeza hacia ella, con un torrente de insultos en la punta de la lengua. Pero se quedó mirando con los ojos como platos la herida de Summer y a continuación prorrumpió en una enloquecida jerigonza en coreano.

– Si dejara de meterse en todo... – comenzó a decir Max, pero, al ver la sangre que corría por el brazo de Summer, palideció y, para sorpresa de todos, empezó a moverse a la velocidad del rayo. Agarrando un paño limpio, lo apretó contra la herida –. Siéntese – ordenó, llevándola hacia un taburete –. Vosotros – gritó sin

dirigirse a nadie en particular—, recoged todo eso —ya había empezado a improvisar un torniquete—. Relájese —le dijo a Summer con desacostumbrada amabilidad—. Quiero ver si es profundo.

Aturdida, ella asintió con la cabeza y mantuvo los ojos fijos en el vapor que despedía una cacerola al otro lado de la habitación. No le dolía mucho, en realidad, pensó mientras su visión se nublaba y volvía a aclararse. Probablemente se había imaginado toda aquella sangre.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Summer oyó vagamente la voz de Blake a su espalda—. Se oye el ruido desde el comedor —Blake se acercó, pensando en darles un ultimátum a Summer y Max, pero se quedó de una pieza al ver el paño lleno de sangre—. Summer...

—Ha habido un accidente —se apresuró a decir Max mientras Summer sacudía la cabeza, intentando despejarse—. El corte es profundo. Habrá que darle puntos.

Blake le quitó el paño y apartó a un lado a Max.

—Summer, ¿qué demonios ha pasado?

Ella se concentró en su cara y advirtió en sus ojos na expresión preocupada y quizás un tanto enfadada antes de que todo empezara a darle vueltas otra vez. Luego cometió el error de mirarse el brazo.

—Casserole de espinacas —balbució antes de deslizarse del taburete, desmayada.

Lo siguiente que oyó fue una discusión. «¿No es aquí donde entraba yo?», pensó vagamente. Tardó un momento en reconocer la voz de Blake, pero la otra, la de una mujer, seca y áspera, le era desconocida.

—Voy a quedarme.

—Señor Cocharan, usted no es un familiar. Va contra las normas del hospital que se quede mientras atendemos a la señorita Lyndon. Créame, sólo se trata de unos cuantos puntos.

¿Unos cuantos puntos? A Summer se le encogió el estómago. No le gustaba admitirlo, pero, en lo tocante a las agujas, era una perfecta cobarde. Y, si su sentido del olfato no la engañaba, estaba claro dónde estaba. El olor a antiséptico era claramente reconocible. Quizá, si se levantaba y se marchaba sin hacer ruido, nadie se daría cuenta.

Al incorporarse, se encontró en un pequeño cuartito de curas delimitado con cortinas. Su mirada se posó en una bandeja que contenía las relucientes y aterradoras herramientas del oficio médico.

Blake captó el movimiento por el rabillo del ojo y se acercó a ella.

—Summer, tranquilízate.

Humedeciéndose los labios, ella observó de nuevo la habitación.

—¿Esto es un hospital?

—La sala de urgencias. Van a curarte el brazo.

Ella logró sonreír, pero siguió mirando fijamente la bandeja.

—Preferiría que no lo hicieran —cuando empezó a agitar las piernas por encima del borde de la camilla, la doctora se apresuró a detenerla.

—Estese quieta, señorita Lyndon.

Summer miró la cara tosca y arrugada de la mujer. Tenía el pelo rizado, de color melocotón, y gafas de montura metálica. Summer intentó calcular sus fuerzas y las de la doctora y decidió que podía vencer.

— Me voy a casa — dijo con sencillez.

— Usted va a quedarse aquí sentadita para que le cosamos ese brazo. Ahora, estese quieta.

Bueno, tal vez si reclutaba un aliado...

— Blake...

— Necesitas puntos, cariño.

— No quiero.

— Los necesita — dijo la doctora con aspereza—. ¡Enfermera! — mientras se restregaba las manos en un pequeño lavabo, volvió a mirar por encima del hombro—. Señor Cocharan, tendrá que esperar fuera.

— No — Summer consiguió sentarse del todo—. A usted no la conozco — le dijo a la mujer vestida de blanco del lavabo—, ni a usted tampoco — añadió cuando una enfermera cruzó las cortinas—. Si tengo que quedarme aquí sentada mientras me cosen el brazo con tripa de gato o lo que usen, quiero tener a mi lado a alguien a quien conozca — apretó con fuerza la mano de Blake—. A él lo conozco — se recostó, pero siguió apretando la mano de Blake.

— Muy bien — cedió al fin la doctora—. Vuelva la cabeza y no mire — la advirtió—. No tardaremos mucho. Hoy ya he usado metros y metros de tripa de gato.

— Blake... — Summer respiró hondo y lo miró fijamente a los ojos, procurando no pensar en lo que iban a hacerle las dos mujeres del otro lado de la mesa—. Tengo que confesarte algo. No se me dan muy bien estas cosas — tragó saliva de nuevo al sentir la presión sobre su piel—. Tengo que tomar tranquilizantes cada vez que voy al dentista.

Por el rabillo del ojo, Blake vio que la doctora daba el primer punto.

— Casi tuvimos que hacer lo mismo con Max — pasó el pulgar acariciadoramente por los nudillos de Summer—. Después de esto, puedes decirle que vas a instalar un fogón de leña y una chimenea, que no te dará ningún problema.

— Menudo modo de conseguir que coopere — ella hizo una mueca, sintió que su estómago se encogía y tragó saliva desesperadamente—. Háblame..., de lo que sea.

— Deberíamos tomarnos un fin de semana, muy pronto, e irnos a la playa. A algún sitio tranquilo, al pie del mar.

Era una buena imagen. Summer intentó concentrarse en ella.

— ¿Qué mar?

— El que tú quieras. Durante tres días, no haremos más que tumbarnos al sol y hacer el amor.

La joven enfermera alzó la mirada, y un suspiro escapó de sus labios antes de que la doctora clavara sus ojos en ella.

— En cuanto vuelva de Roma. Lo único que tienes que hacer es encontrar una islita en el Pacífico mientras yo estoy fuera. Me gustaría que tuviera palmeras y unos cuantos nativos amistosos.

— Me encargaré de ello.

—Mientras tanto —dijo la doctora, cortando un trozo de venda—, mantenga seco el vendaje, cámbieselo cada tres días y vuelva dentro de dos semanas para que le quitemos los puntos. Un corte muy feo —añadió, rematando hábilmente el vendaje—. Pero sobrevivirá.

Summer giró la cabeza con cautela. La herida estaba cubierta por gasa blanca esterilizada. Parecía limpia, pulcra y en cierto modo competente. Las náuseas se disiparon al instante.

—Pensaba que ahora los puntos se disolvían.

—Tiene usted un brazo muy bonito —la doctora se aclaró las manos en el lavabo—. No queremos que le quede cicatriz. Voy a recetarle unas pastillas para el dolor.

Summer apretó la mandíbula.

—No pienso tomármelas.

Encogiéndose de hombros, la doctora se secó las manos.

—Como quiera. Ah, y prueben en las islas Salomón, junto a Nueva Guinea —corriendo la cortina, se marchó.

—Vaya mujer —masculló Summer mientras Blake la ayudaba a levantarse—. Es un encanto. No sé por qué no la contrato como mi médico de cabecera.

Volvía a ser la misma, pensó Blake con una sonrisa, pero le rodeó la cintura para sujetarla.

—Era justamente lo que necesitabas. No te hacían falta más compasión, ni más mimos, que los míos.

Ella lo miró con el ceño fruncido mientras Blake la conducía al aparcamiento.

—Cuando sangro —dijo—, necesito muchos mimos.

—Lo que necesitas... —él la besó en la frente antes de abrir la puerta del coche— es una cama, una habitación a oscuras y unas cuantas horas de descanso.

—Voy a volver al trabajo —replicó ella—. Seguramente la cocina estará hecha un caos, y tengo una larga lista de llamadas que hacer... en cuanto haga que me instalen un teléfono, claro.

—Vas a irte a casa, a la cama.

—Ya he dejado de sangrar —le recordó Summer—. Y, aunque admito que, en lo que respecta a la sangre, las afecciones y los médicos con sus batas blancas, soy como una auténtica cría, no hay más que hablar. Me encuentro bien.

—Estás pálida —Blake se detuvo ante un semáforo y se volvió hacia ella—. El brazo tiene que dolerte, o lo hará muy pronto. Siempre que uno de mis empleados se desmaya en el trabajo, tengo por norma que se tome el resto del día libre.

—Muy liberal y humanitario por tu parte. Yo no me habría desmayado si no hubiera mirado.

—A casa, Summer.

Ella se incorporó, cruzó las manos y respiró hondo. Le dolía el brazo, pero no lo habría admitido por nada del mundo.

—Blake, ya sé que te lo he dicho otras veces, pero a veces no viene mal repetirse. Yo no acepto órdenes.

El silencio se apoderó del coche durante casi un minuto entero. Blake giró al oeste, alejándose del Cocha—ran House, camino del edificio de apartamentos de Summer.

– Tomaré un taxi – dijo ella con ligereza.

– Lo que vas a tomarte es un par de aspirinas, justo antes de que yo baje las persianas y te meta en la cama.

Cielos, aquello sonaba a gloria. Desechando aquella imagen, Summer alzó la barbilla.

– El hecho de que haya dependido de ti... sólo un poquito... mientras esa mujer me pinchaba con su aguja no significa que necesite un guardián.

Había un modo de convencerla para que hiciera lo que él quería. Blake se lo pensó. Tal vez lo mejor fuera abordar la cuestión directamente.

– Supongo que no te habrás fijado en cuántos puntos te ha dado.

– No – Summer miró por la ventanilla.

– Yo sí. Los iba contando mientras ella cosía. Quince. Tampoco te habrás fijado en el tamaño de la aguja.

– No – llevándose la mano al estómago, ella lo miró fijamente –. Eso es juego sucio, Blake.

– Si funciona... – luego deslizó una mano sobre la de ella –. Una siesta, Summer. Me quedaré contigo, si quieres.

¿Cómo iba a enfrentarse a él si se portaba con tanta ternura? ¿Cómo iba a enfrentarse a sí misma cuando lo único que deseaba en realidad era acurrucarse a su lado?

– Está bien, me echaré un rato – de pronto, sentía que le hacía falta, y no únicamente por el brazo. Si Blake continuaba agitando sus emociones de aquel modo, los meses siguientes serían un infierno –. Sola – concluyó con firmeza –. Tú tienes muchas cosas que hacer en el hotel – cuando él paró el coche frente a su edificio, Summer alzó una mano para impedir que apagara el motor –. No, no te molestes en subir. Me iré a la cama, te lo prometo – sintiendo que él se disponía a protestar, sonrió y le apretó la mano. «Tengo que subir sola», se dijo. Si Blake la acompañaba, todo podía cambiar –. Voy a tomarme una aspirina, encenderé el estéreo y me echaré. Me sentiré mejor si te pasas por la cocina y te aseguras de que todo va bien.

Blake escudriñó su cara. Summer tenía la tez pálida y los ojos cansados. Él quería quedarse con ella, sentir cómo buscaba de nuevo su apoyo. Incluso allí sentado, a su lado, podía sentir la distancia que Summer intentaba interponer entre ellos. No, no lo permitiría. Pero, de momento, ella necesitaba descansar.

– Si eso es lo que quieres... Te llamaré esta noche.

Inclinándose, Summer le dio un beso en la mejilla y salió del coche rápidamente.

– Gracias por darme la mano.

Capítulo X

Aquello empezaba a sacarla de quicio. No era que no disfrutara de las atenciones. Más que disfrutarlas, había llegado a esperarlas. Tampoco le desagradaba que le llevaran la comida. Había desarrollado un gusto temprano por aquello, al

haber crecido en casas llenas de sirvientes. Pero, como sabe cualquier buen cocinero, el azúcar hay que administrarlo con sumo cuidado.

Monique había prolongado su estancia una semana entera, diciendo que no podía marcharse de Filadelfia de ninguna manera mientras su hija se recuperaba de una herida. Cuanto más trataba Summer de quitarle importancia a aquel incidente, con mayor angustia y admiración la miraba su madre. Cuanta más admiración y atenciones recibía, más se preocupaba Summer por su siguiente visita al médico.

Aunque no era propio de ella, Monique había adquirido —TM rido la costumbre de pasarse por el despacho de Summer cada día, con humeantes tazas de té y cuencos de salutífera sopa, y se quedaba después con su hija hasta que ésta se lo comía todo.

Durante los primeros días, a Summer todo aquello le había parecido entrañable..., a pesar de que ella no solía tomar té, ni sopa. Hasta donde le alcanzaba la memoria, Monique había sido siempre cariñosa y amable, pero nunca maternal. Sólo por esa razón, Summer se bebía el té y se tomaba la sopa al tiempo que se tragaba sus quejas. Pero, a medida que iban pasando los días y Monique seguía interrumpiendo constantemente las fases finales de su proyecto, Summer empezó a perder la paciencia. Habría podido tolerar las exageraciones y los mimos de su madre, de no ser porque recibía el mismo trato del personal de cocina, encabezado por Max.

No se le permitía hacer nada por sí misma. Si empezaba a preparar una cafetera, alguien se la quitaba de las manos e insistía en que se sentara a descansar. Todos los días, a las doce en punto, Max en persona le llevaba una bandeja con el menú especial del día. Salmón en salsa, sourüé de langosta, berenjenas rellenas. Summer comía porque, al igual que su madre, Max se quedaba revoloteando a su alrededor, mientras imaginaba una hamburguesa doble con queso y un generoso plato de aritos de cebolla.

La gente le abría las puertas, la miraba con preocupación, la asaltaban con frases tranquilizadoras hasta que le daban ganas de gritar. Una vez, había perdido los estribos hasta el punto de replicar que tenía unos cuantos puntos en el brazo, no una enfermedad terminal, y, sin embargo, le habían llevado otra tacita de té... con unas pastas de vainilla.

La estaban matando a base de mimos.

Cada vez que pensaba que no podía más, Blake lograba poner las cosas en su lugar de nuevo. No se mostraba rudo, ni desatento respecto a su herida, pero no la trataba como si fuera la atracción principal en un lecho de muerte.

Blake poseía una intuición infalible para elegir el momento adecuado para llamarla o dejarse caer por la cocina. Allí estaba, tranquilo cuando ella necesitaba tranquilidad, ordenado cuando ella ansiaba orden. Él le exigía cosas cuando todos los demás se empeñaban en que no moviera un solo dedo. Cuando Summer se enfadaba con él, era por motivos enteramente distintos y de un modo que ponía a prueba y engrandecía sus capacidades, en lugar de sofocarlas.

Y, con Blake, Summer podía dar rienda suelta a su temperamento sin sentirse culpable. Podía gritarle sabiendo que no veía en sus ojos la paciencia infinita que veía en los de Max. Podía ponerse terca sin preocuparse de herir sus sentimientos, al contrario de lo que le sucedía con su madre.

Sin darse cuenta, Summer empezó a considerarlo un pilar firme y un dechado de sensatez en un mundo donde reinaba el absurdo. Y, quizá por primera vez en su vida, sintió la necesidad intrínseca de apoyarse en ese pilar.

Aparte de Blake, Summer tenía su trabajo para intentar refrenar sus nervios desquiciados. Se sumergió en él. Tenía que mantener largas reuniones con el impresor para diseñar la carta perfecta, con elegantes tapas de color pizarra con las palabras CUCCHARAN HOUSE grabadas en el frente, grueso papel pergamino color crema en el interior y delicada grafía. Luego estaban las cartas del servicio de habitaciones que irían en cada unidad, no tan lujosas, quizá, pero sí distinguidas. Se pasaba horas hablando con proveedores entre regateos y negociaciones, divirtiéndose más de lo que había imaginado, hasta que conseguía las condiciones que quería.

Aquello le proporcionaba cierto fulgor triunfal, quizá 0 ej arrebató que sentía al completar un plato espectacular, pero sí cierto fulgor. Había descubierto que, de un modo distinto, era igual de satisfactorio.

Y resultaba imperdonablemente molesto que, tras concluir unas arduas negociaciones, alguien le dijera que debía echarse una siestecita.

—Chérie —Monique se deslizó en el almacén justo cuando Summer acababa de hablar con el carnicero; llevaba en la mano la inevitable tisana—. Es hora de que te tomes un descanso. No debes esforzarte tanto.

—Estoy bien, mamá —mirando el té, Summer deseó que se vertiera. Le apetecía algo carbonatado y frío, preferiblemente con mucha cafeína—. Sólo estoy repasando los contratos con los proveedores. Es un poco complicado y todavía tengo que hacer dos llamadas.

Si de ese modo pretendía insinuar sutilmente que deseaba estar sola, fracasaba indefectiblemente.

—Ya has trabajado suficiente por hoy —insistió Monique, sentándose al otro lado de la mesa—. No olvides que has sufrido una conmoción.

—Me hice un corte en el brazo —dijo Summer, impaciente.

—Quince puntos —le recordó su madre, y la miró con desaprobación al ver que tomaba un cigarrillo—. Eso es malísimo para la salud, Summer.

—También lo es la tensión nerviosa —masculló ella, y luego se aclaró la garganta—. Mamá, estoy segura de que Keil te echa tanto de menos como tú a él. No deberías estar tanto tiempo lejos de tu flamante marido.

—Ah, sí —suspiró Monique, y miró al techo con expresión soñadora—. Para una recién casada, un día lejos de su marido es como una semana, y una semana puede ser como un año —de pronto juntó las manos y empezó a sacudir la cabeza—. Pero mi Keil es el hombre más comprensivo del mundo. El sabe que debo quedarme con mi hija, que me necesita.

Summer abrió la boca y volvió a cerrarla. Diplomacia, se dijo. Tacto.

—Has sido maravillosa —comenzó a decir, sintiéndose un tanto culpable porque era cierto—. No sabes cuánto te agradezco el tiempo y las molestias que te has tomado esta última semana. Pero ya casi tengo el brazo curado. Estoy bien, de veras. Me siento terriblemente culpable porque estés aquí, cuando deberías estar disfrutando de tu luna de miel.

Monique agitó una mano, dejando escapar una risa ligera y sexy.

—Cielo mío, algún día descubrirás que una luna de miel no es un periodo de tiempo, ni un viaje, sino un estado mental. No te preocupes por eso. Además, ¿crees que podría irme antes de que te quiten esos horribles puntos del brazo?

—Mamá... —Summer sintió una punzada en el estómago y tomó la taza de té.

—No, no. Yo no estaba allí cuando te curó esa doctora, pero... —sus ojos se llenaron de lágrimas y sus labios temblaron—, estaré a tu lado cuando te los quiten... uno a uno.

Summer se imaginó tumbada de nuevo en la camilla, con aquella doctora con cara de amargada inclinándose sobre ella. Monique, ataviada de negro, estaría de pie a su lado, enjugándose los ojos con un pañuelo de encaje. No sabía si deseaba gritar o sólo dejar caer la cabeza entre las rodillas.

—Mamá, tendrás que perdonarme. Acabo de recordar que tengo una cita con Blake en su despacho —sin esperar respuesta, Summer salió del almacén.

Casi de inmediato, los ojos de Monique se secaron y sus labios se curvaron. Recostándose en la silla, se echó a reír alborozada. Tal vez no siempre había sabido qué hacer con su hija cuando Summer era una niña, pero ahora que era una mujer, sabía exactamente cómo persuadirla. Y la estaba empujando sutilmente en brazos de Blake, donde sin duda su testaruda, práctica y enamorada hija encontraría por fin su sitio.

—A l'amour —dijo, alzando la taza de té en un brindis.

A Summer no le importaba no tener cita. Sólo quería ver a Blake, hablar con él y recuperar la cordura.

—Tengo que ver al señor Cocharan —dijo desesperadamente, dejando atrás a la recepcionista.

—Pero señorita Lyndon...

Summer atravesó corriendo la oficina exterior y abrió la puerta sin llamar.

—¡Blake!

El alzó una ceja, le indicó que entrara y prosiguió con su conversación telefónica. Pensó que Summer parecía extenuada y perseguida por una jauría de sabuesos. Al principio sintió deseos de reconfortarla, de tranquilizarla, pero el sentido común se impuso. Era evidente que Summer estaba harta de esas cosas y las detestaba.

Frustrada, ella comenzó a pasearse por la habitación. Se sentía atravesada por una energía nerviosa. Se acercó a la ventana y, luego, inquieta, se apartó de ella. Finalmente caminó hasta la barra y se sirvió una buena dosis de vermú. En cuanto oyó que Blake colgaba el teléfono, se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Hay que hacer algo!

—Si vas a agitar eso —dijo él suavemente, señalando el vaso—, será mejor que bebas algo primero. Vas a vertértelo encima.

Frunciendo el ceño, ella bebió un largo trago.

—Blake, mi madre tiene que volver a California.

—¿Ah, sí? —él acabó de garabatear un informe—. Vaya, lamentaremos que se vaya.

—¡No! No, tiene que irse, pero no lo hará. Insiste en quedarse aquí y cuidarme hasta dejarme catatónica. Y Max —prosiguió antes de que él pudiera decir nada—, hay que hacer algo con Max. Hoy... hoy ha sido ensalada de gambas con aguacate.

No puedo soportarlo más — tomó aliento y continuó atropelladamente—. Charlie me mira como si fuera Juana de Arco, y el resto del personal de cocina se comporta igual o peor. Me están volviendo loca.

— Eso ya lo veo.

Ella se detuvo de repente y achicó los ojos.

— No me mires con esa sonrisita.

— ¿Estaba sonriendo?

— Y tampoco te hagas el inocente — replicó ella—. Te estabas riendo para tus adentros, y los ataques de nervios no tienen ninguna gracia.

— Tienes mucha razón — él cruzó las manos sobre la mesa—. ¿Por qué no te sientas y empiezas por el principio?

— Mira... — ella se dejó caer en una silla, bebió un sorbo de vermouth y luego se levantó y empezó a pasearse otra vez—. No es que no agradezca tantas amabilidades, pero hay un dicho que dice que lo bueno, si breve, dos veces bueno.

— Creo que lo he oído alguna vez.

Haciendo caso omiso, ella prosiguió:

— Se puede arruinar un jardín si se le prestan demasiadas atenciones, ¿sabes?

Él asintió con la cabeza.

— Algo parecido suele decirse de los niños.

— Deja de hacerte el gracioso, maldita sea.

— No lo hago adrede — él sonrió. Ella arrugó el ceño.

— ¿Me estás escuchando? — preguntó.

— Soy todo oídos.

— Yo no estoy hecha para que me mimen, eso es todo. Mi madre... Todos los días es taza tras taza de té, hasta que me sale por las orejas. «Deberías descansar, Summer. Aún no tienes fuerzas, Summer». Maldita sea, soy fuerte como un buey.

Él sacó un cigarrillo, disfrutando del espectáculo.

— Eso digo yo.

— ¡Y Max! Su buena voluntad me saca de mis casillas. Todos los días, la comida a las doce en punto — gruñendo, se llevó una mano a la tripa—. Hace una semana que no como de verdad. Tengo unas ganas tremendas de comerme unos tacos, pero estoy tan llena de té y pastel de langosta que no me cabe nada más. Si una sola persona más me dice que ponga los pies en alto y descanse, te juro que le daré un puñetazo en la boca.

Blake escrutó el extremo de su cigarrillo.

— Procuraré no mencionarlo.

— ¡Eso es! Tú nunca me lo dices — ella rodeó la mesa y se sentó encima de ella, justo delante de él—. Eres el único aquí que me trata como a una persona normal desde que pasó ese ridículo accidente. Ayer hasta me gritaste. No sabes cuánto te lo agradezco.

— No hay de qué.

Ella le tomó la mano, medio riéndose.

— Hablo en serio. Me siento bastante estúpida por haber permitido que un accidente así ocurriera en mi cocina. Pero tú no me lo recuerdas constantemente dándome palmaditas en la cabeza y lanzándome miradas de preocupación.

—Te entiendo —Blake entrelazó sus dedos con los de ella—. He estado haciendo un estudio sobre ti casi desde el instante en que nos conocimos.

A Summer se le aceleró ligeramente el pulso.

—No soy una persona fácil de entender.

—¿Ah, no?

—Yo misma no me entiendo a veces.

—Entonces, deja que te hable de Summer Lyndon. Es una mujer preciosa, un tanto consentida debido a sus orígenes y a su éxito —sonrió al ver que ella arrugaba el ceño—. Es fuerte y voluntariosa, y profundamente femenina sin ser calculadora. Es ambiciosa y constante, y posee una capacidad de concentración que me recuerda a la de un cirujano. Y es romántica, aunque ella diga lo contrario.

—Eso no es cierto —comenzó a decir Summer.

—Escucha a Chopin cuando trabaja. Y, aunque prefiera tener su despacho en un almacén, siempre tiene rosas sobre su mesa.

—Hay cosas que...

—Deja de interrumpirme —le dijo él con sencillez, y, bufando, ella guardó silencio—. Mantiene sus miedos ocultos bajo la superficie porque no le gusta admitir que los tiene. Es terca y defiende sus ideas contra viento y marea. Y es tan compasiva que tolera cualquier situación incómoda con tal de no herir los sentimientos de los demás. Es comedida, pero también apasionada. Le gusta el mejor champán y la comida normal y corriente. No he conocido a nadie que me irrite tanto, ni a nadie en quien confíe tanto.

Ella dejó escapar un largo suspiro. No era la primera que Blake la ponía en una situación en la que no le salían las palabras.

—No es una mujer muy admirable.

—No del todo —convino Blake—. Pero es fascinante.

Ella sonrió y, a continuación, se sentó en su regazo.

—Siempre he querido hacer esto —murmuró, acurrucándose—. Sentarme en el regazo de un jefe en un despacho elegante. De pronto estoy segura de que prefiero ser fascinante a ser admirable.

—Yo te prefiero así —él la besó con suavidad.

—Ya has vuelto a sofocar mi ataque de nervios.

Él le acarició el pelo, pensando que estaba cerca, muy cerca, de ganarla por completo.

—Para eso estoy aquí.

—Ojalá no tuviera que bajar a enfrentarme con todas esas memeces —suspiró—. Y esas caras de preocupación...

—¿Qué te gustaría hacer?

Juntando las manos tras el cuello de Blake, ella se echó a reír.

—¿Si pudiera hacer lo que quisiera?

—Cualquier cosa.

Ella se pasó la lengua por los dientes, pensativa, y luego sonrió.

—Me gustaría ir al cine, a ver una película espantosa, y comer kilos y kilos de palomitas con mantequilla y demasiada sal.

—Está bien —él le dio un cariñoso azote en el trasero—. Vamos a buscar una película espantosa.

- ¿Ahora?
- Ahora mismo.
- Pero si sólo son las cuatro...
- Él la besó y luego la hizo levantarse.
- A eso se le llama hacer novillos. Luego te lo explico.

Ella le hacía sentirse joven, absurdamente joven e irresponsable, sentado en un rincón oscuro del cine, con un enorme recipiente de palomitas de maíz en el regazo, agarrados de la mano. Cuando echaba la vista atrás y contemplaba su vida, Blake no recordaba ningún momento en que no se hubiera sentido seguro y confiado. Pero irresponsable... Eso, nunca. El hecho de tener tras de sí un negocio multimillonario había hecho arraigar en él un sentido muy exigente del deber. Pese a las comodidades de las que había disfrutado durante su infancia, siempre había sentido la exigencia tácita de mantener ese nivel, por sí mismo, y por el bien del negocio familiar.

Dado que nunca se había tomado su posición a la ligera, era un hombre cauteloso. La espontaneidad nunca había formado parte de su estilo. Pero quizás eso estuviera cambiando un poco..., gracias a Summer. Esa tarde, había sentido el impulso de concederle cualquier cosa que ella quisiera.. Si hubiera sido un viaje a París para cenar en Maxim's, hubiera hecho los preparativos de inmediato. Claro, que debería haber imaginado que una caja de palomitas y una película eran más del estilo de Summer.

Era ese estilo, el contraste entre la elegancia y la sencillez, lo que lo había atraído desde el principio. Sabía sin asomo de duda que nunca habría otra mujer que lo conmoviera de aquel modo.

Summer sabía que hacía días que no se relajaba por oinpleto. En realidad, desde el accidente no podía relajarse con nadie, salvo con Blake. Él le había dado su apoyo, y, lo que era más importante, le había dejado espacio para respirar. Durante la semana anterior no se habían visto a menudo, y ella sabía que Blake estaba a punto de cerrar el acuerdo con la cadena Hamilton. Los dos habían estado muy ocupados, preocupados y estre—sados, y, sin embargo, cuando estaban solos y lejos del Cocharan House, no hablaban de negocios. Ella era consciente de lo mucho que había trabajado Blake en aquella compra: las negociaciones, el papeleo, las reuniones interminables...Y, no obstante, él lo dejaba todo a un lado por ella.

Summer se inclinó hacia él.

- Dulce.
- ¿Mmm?
- Tú — musitó ella —. Eres muy dulce.
- ¿Por qué, por encontrar una película espantosa?

Riendo, ella tomó un puñado de palomitas.

- Es mala, ¿Verdad?
- Malísima, por eso el cine está casi vacío. A mí me gusta así.
- ¿Eres un misántropo?

— No, es sólo que así es más fácil... —acercándose a ella, tomó el lóbulo de su oreja entre los dientes— ... permi —.tirse esta clase de cosas.

– Ah – Summer sintió un estremecimiento de placer.

– Y éstas – le mordió el cuello –. Sabes mejor que las palomitas.

– Y eso que están buenísimas – Summer giró la cabeza para que su boca encontrara la de Blake.

Casi se sentía capaz de decir que sus labios estaban hechos para los de él. Si creyera en tales cosas... Si creyera en tales cosas, habría dicho que estaban destinados a encontrarse en aquel momento de sus vidas. Encontrarse, atraerse, fundirse. Cuando estaban juntos, cuando sentía los labios ardientes de Blake, casi podía creerlo. Quería creerlo.

El le pasó una mano por el pelo. Suave, limpio. Aquella simple caricia hacía que la deseara enloquecida – mente. Nunca se sentía tan fuerte como cuando estaba con ella. Y tampoco tan vulnerable. No oyó la explosión de sonido y música de los altavoces. Ella no vio el repentino caleidoscopio de colores de la pantalla. Acurrucados en los asientos, se movieron para acercarse un poco más.

– Disculpen – el joven acomodador, un universitario que tenía el trabajo hasta septiembre, cuando empezarían de nuevo las clases, arrastró los pies por el pasillo. Luego se aclaró la garganta –. Disculpen – al levantar la mirada, Blake vio que las luces de la sala estaban encendidas y que la pantalla estaba en blanco. Al cabo de un momento, sorprendida, Summer apretó la boca contra su hombro para sofocar la risa –. La película ha acabado – dijo el chico, azorado –. Hay que... eh... desalojar la sala después de cada pase – al mirar a Summer, pensó que cualquier hombre perdería interés por la película con alguien como ella. Entonces Blake se levantó y alzó una ceja altivamente. El chico tragó saliva –. Ejem... Son las normas, ¿sabe? El jefe...

– Es comprensible – lo interrumpió Blake al ver cómo subía y bajaba la nuez de su garganta.

– Nos llevamos las palomitas – dijo Summer mientras se levantaba. Tomó la caja bajo un brazo y con el otro se agarró a Blake –. Buenas noches – le dijo al acomodador por encima del hombro cuando salieron. Una vez fuera, rompió a reír –. Pobre chico, pensaba que ibas a darle una paliza.

– Se me pasó por la cabeza, pero sólo un instante.

– Lo suficiente como para que se pusiera nervioso – tras montarse en el coche, Summer colocó las palomitas sobre sus rodillas –. Sabes lo que ha pensado, ¿no?

– No, ¿qué?

– Que éramos amantes adúlteros – inclinándose, lamió la oreja de Blake –. Que tu mujer cree que estás en la oficina y mi marido que estoy de compras.

– ¿Y por qué no hemos ido a un motel?

– Ahí es donde vamos ahora – comiendo de nuevo palomitas, Summer le lanzó una mirada traviesa –. Aunque creo que, en nuestro caso, tendremos que conformarnos con mi apartamento.

– Estoy dispuesto a mostrarme flexible. Summer... – Blake la apretó contra su costado mientras se saltaban un semáforo –. ¿De qué iba la película?

Riendo, ella posó la cabeza sobre su hombro.

– No tengo ni la menor idea.

Algo más tarde, yacían desnudos en la cama de Summer, con las cortinas abiertas para que entrara la luz y la persiana subida para que entrara la brisa. Del apartamento de abajo les llegaba el sonido repetitivo de las escalas que alguien tocaba al piano con cierta indecisión. , Quizá Summer se hubiera quedado dormida un rato, porque la luz del sol parecía más suave, casi rosada. Pero no tenía ninguna prisa porque cayera la noche.

Las sábanas estaban calientes y arrugadas. El aire estaba preñado de olores a comida: cerdo a la parrilla del apartamento del profesor de piano, salsa boloñesa de los recién casados de la puerta de al lado. La brisa arrastraba la apetitosa mezcla de aquellos aromas.

—Qué agradable —murmuró Summer, con la cabeza apoyada en la curva del hombro de su amante—. Estar aquí, así, sabiendo que todo lo que hay que hacer puede hacerse mañana. Creo que no haces suficientes novillos —ella, por su parte, no los hacía nunca.

—Si los hiciera, el negocio se resentiría y los de la junta directiva empezarían a refunfuñar. Quejarse es lo que más les gusta.

Ella restregó la planta del pie distraídamente sobre el empeine del pie de Blake.

—No te he preguntado por la cadena Hamilton porque pensaba que ya tenías bastante con la oficina y la prensa, pero me gustaría saber si has conseguido lo que querías.

Él pensó en fumarse un cigarrillo, pero luego decidió que no merecía la pena el esfuerzo.

—Quería esos hoteles. Al final, el trato ha satisfecho a todo el mundo. No puede pedirse nada más.

—No —pensativa, Summer se giró para poder mirarlo directamente. Su pelo rozó el pecho de Blake—. ¿Por qué los querías? ¿Por la adquisición en sí misma, por la propiedad, o por el simple placer de maniobrar y regatear, por la estrategia de las negociaciones?

—Por todo eso. En parte, el placer de los negocios consiste en llegar a acuerdos, en allanar el camino, en seguir adelante hasta que consigues tu objetivo. En cierto modo, no es muy distinto al arte.

—Los negocios no son arte —dijo Summer puntillosamente.

—Hay semejanzas. Tú fijas una idea, la pules y luego sigues adelante hasta que has creado lo que querías.

—Otra vez te estás poniendo lógico. En el arte, se utiliza el sentimiento en la misma proporción que la razón. En los negocios, no puede hacerse eso —ella se encogió de hombros—. Sólo se trata de datos y números.

—Te estás olvidando del instinto. Los datos y los números no son suficientes.

Ella frunció el ceño, pensativa.

—Puede ser, pero uno no puede hacerle caso a su instinto y saltarse sin más los hechos fehacientes.

—Hasta los hechos fehacientes varían dependiendo de las circunstancias y de las partes implicadas —Blake estaba pensando en ella y en sí mismo—. A menudo, el instinto es más fiable.

Summer también estaba pensando en ellos.

—Sí, a veces —murmuró—, pero no siempre. Eso deja espacio para el fracaso.

—Ni los datos, ni la planificación excluyen el fracaso.

—Sí —ella apoyó de nuevo la cabeza en su hombro, intentando ahuyentar el leve hormigueo de pánico que se agitaba dentro de ella.

Blake pasó una mano por su espalda. Ella seguía siendo desconfiada, pensó. Un poco más de tiempo, un poco más de espacio..., un cambio de tema.

—Tengo que supervisar y reorganizar veinte hoteles más —comenzó a decir—. Eso significa veinte cocinas más que habrá que estudiar y mejorar. Voy a necesitar una experta.

Ella sonrió un poco al alzar la cabeza de nuevo.

—Veinte son muchos.

—No para la mejor.

Ladeando la cabeza, ella lo miró por encima de su elegante y recta nariz.

—Naturalmente que no, pero la mejor es muy difícil de conseguir.

—La mejor está ahora mismo desnuda en mis brazos.

Los labios de Summer se curvaron lentamente.

—Muy cierto. Pero, esto, creo, no es una mesa de negociaciones.

—¿Se te ocurre una idea mejor para pasar la velada?

Ella pasó la punta de un dedo por su mandíbula.

—Mucho mejor.

Él agarró su mano y, metiéndose uno de sus dedos en la boca, empezó a lamérselo suavemente.

—Enséñamelo.

La idea resultaba atractiva y excitante. Parecía que, cada vez que hacían el amor, ella se dejaba dominar rápidamente por sus emociones y por la habilidad de Blake. Esa vez, ella impondría el ritmo, y, en su momento, a su modo, destrozaría el control innato que despertaba tanto su admiración como su frustración. Con sólo pensarlo, sintió que un escalofrío le subía por la espalda.

Acercó su boca a la de Blake y usó su lengua para saborearla. Despacio, muy despacio, trazó la forma de sus labios. Sentía ya cómo iba creciendo su ardor. Con un suspiro indolente, cambió de postura para moverse sobre Blake mientras depositaba una línea de besos sobre su mandíbula.

—Te deseo más de lo que debería —se oyó decir—. Y te tengo menos de lo que querría.

Antes de que él pudiera decir nada, Summer apretó su boca contra la de él y ambos emprendieron el viaje. Blake seguía aún palpitando por sus palabras. Había deseado oír una admisión semejante de ella; esperaba oírla, igual que esperaba sentir en ella una emoción fuerte y pura. Fue aquella emoción la que desbarató todas sus defensas mientras las manos de Summer recorrían su cuerpo, aprovechándose de su debilidad.

Ella acariciaba. La piel de Blake se encendía.

Ella saboreaba. Su sangre ardía.

Ella marcaba el ritmo. Su mente oscilaba.

Blake había descubierto que era vulnerable. Era Summer quien le hacía sentirse así. Bajo la luz suave del atardecer, se sentía atrapado en un mundo nocturno en el que energías opuestas contendían sordamente. Los dedos de Summer eran

frescos y firmes cuando lo acariciaban, incitantes. Podía sentir cómo se deslizaban morosamente sobre él, deteniéndose aquí y allá mientras ella suspiraba. Su cuerpo estaba cargado de placeres. Con largos besos, ella fue explorándolo poco a poco, deleitándose en la firme virilidad de su cuerpo, sabiendo que pronto resquebrajaría su impenetrable entereza. Estaba obsesionada con ello, y con Blake. ¿Era posible que, después de hacer el amor con él, cuando había empezado a comprender la fortaleza y la debilidad de su cuerpo, sintiera aún más placer al descubrirlos de nuevo?

Las oscilaciones de sus sentimientos, los matices del placer que experimentaba cuando estaba con él, parecían no tener fin. Cada vez era tan vibrante y única como la primera. A pesar de que aquello contradecía todo cuanto pensaba sobre las relaciones entre un hombre y una mujer, ya no se lo cuestionaba. Gozaba de ello.

Blake era suyo. En cuerpo y alma, ella lo sentía. Casi podía sentir de manera tangible cómo se iba desvaneciendo aquella pátina pulida y civilizada que formaba parte de él. Era lo que ella quería.

Les quedaba poca cordura. Mientras ella se movía sobre él, el deseo se hizo más primitivo, más primario. El quería más, infinitamente más, pero la sangre retumbaba en su cabeza. Ella era tan ágil, tan incansable... Blake sintió una oleada de pura indefensión por primera vez en su vida. Las manos de Summer eran hábiles, tan hábiles que Blake no notaba la rápida alteración de su aliento. Podía sentir cómo lo atormentaba exquisitamente, pero no veía los destellos de pasión ni la profundidad del deseo que delataban sus ojos. Estaba ciego y sordo a todo.

Entonces la boca de Summer devoró la suya y todo lo salvaje que el hombre civilizado refrenaba se liberó en él. Estaba loco por ella. Ante sus ojos giraba un oscuro torbellino de colores, en sus oídos retumbaba un salvaje reflujo, semejante al del mar embravecido por la tormenta. El nombre de Summer surgió de él como un juramento mientras la agarraba, obligándola a tumbarse de espaldas, rodeándola, poseyéndola.

Y de pronto no hubo nada más de ella de lo que apoderarse, donde ahogarse y gozar y a lo que rendir tributo, hasta que la pasión alcanzó su cima, dejando vacío a Blake.

Capítulo XI

— Estoy muerta de hambre.

Era una noche sin luna. Ni un atisbo de luz se filtraba en la habitación. La oscuridad era cómoda y agradable. Ellos seguían desnudos, entrelazados en la cama de Summer. El piano llevaba una hora en silencio. El aire ya no olía a guisos. Blake apretó a Summer un poco más y mantuvo los ojos cerrados, a pesar de que no buscaba el sueño. Por alguna razón, en el silencio, en la penumbra, se sentía más cerca de ella.

— Estoy muerta de hambre — repitió Summer, un poco irritada esta vez.

— Tú eres la chef.

— Oh, no, ahora no — apoyándose en el codo, Summer lo miró con fijeza. Podía ver la silueta de su perfil, la larga línea del mentón, la nariz recta, el arco de las

cejas. Deseaba besar su rostro otra vez, pero sabía que era hora de descansar un poco—. Ahora te toca a ti cocinar.

—¿A mí? —él abrió un ojo cautelosamente—. Puedo salir por una pizza.

—Se tarda demasiado —Summer se giró para tumbarse sobre él y le dio un fuerte beso... y un pequeño puñetazo en las costillas—. He dicho que tengo hambre. Es un problema urgente.

Blake dobló los brazos detrás de su cabeza. Él también podía ver solamente una silueta: la cortina de su pelo, la pendiente de su hombro, la curva de sus pechos. Era suficiente.

—Yo no sé cocinar.

—Todo el mundo sabe cocinar algo —insistió ella.

—Huevos revueltos —dijo él, esperando desanimarla—. Es lo único que sé hacer.

—Con eso me vale —antes de que a Blake se le ocurriera algo para hacerle cambiar de idea, Summer saltó de la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—¡Summer! —él se tapó los ojos con el brazo y dejó escapar un débil gemido. Ella sonrió y se acercó al armario en busca de una bata.

—Tengo huevos y una sartén.

—Hago fatal los huevos.

—No importa —Summer buscó sus pantalones, los sacudió un momento y se los tiró encima—. Cuando se tiene hambre, todo vale.

Resignado, Blake puso los pies en el suelo.

—Entonces, no me critiques luego.

Mientras ella esperaba, Blake se puso los calzoncillos. Eran azul oscuro, bajos de cintura y altos de muslo. Muy sexys, pensó ella, y muy discretos. Era curioso como una cosa tan insignificante podía reflejar la personalidad de alguien.

—A los cocineros nos gusta que cocinen para nosotros —le dijo mientras él se ponía los pantalones.

Blake se puso la camisa sin abrochársela.

—Entonces, no te metas.

—Ni se me ocurriría —dándole el brazo, Summer lo llevó a la cocina. Blake parpadeó cuando ella encendió la luz—. Estás en tu casa —le invitó.

—¿No vas a ayudarme?

—Claro que no —Summer levantó la tapa del frasco de las galletas y sacó una Oreo—. No hago horas extras, y jamás ayudo.

—¿Reglas sindicales?

—Reglas mías.

—¿Vas a comer galletas? —preguntó él mientras buscaba un cuenco—. ¿Y huevos?

—Esto sólo es un aperitivo —dijo Summer con la boca llena—. ¿Quieres una?

—Creo que paso —metiendo la cabeza en la nevera, Blake encontró el cartón de los huevos y una botella de leche.

—Tal vez quieras gratinar un poco de queso —sugirió Summer, y se encogió de hombros cuando él la miró arqueando una ceja—. Perdona. Adelante, sigue —

Blake cascó cuatro huevos en un cuenco y añadió un chorro de leche—. Hay que medir, ¿sabes?

—No se habla con la boca llena —contestó él suavemente mientras empezaba a batir los huevos.

Los batía demasiado, pensó ella, pero logró contenerse. Sin embargo, en lo tocante a la cocina, no tenía paciencia.

—Tampoco has calentado la sartén —sin dejarse arredrar porque él no le hiciera ningún caso, Summer tomó otra galleta—. Me parece que vas a necesitar lecciones.

—Si quieres hacer algo, haz unas tostadas.

Ella tomó el paquete del pan y metió dos rebanadas en el tostador.

—Los cocineros nos ponemos un poco puntillosos cuando nos miran, pero los buenos chefs tienen que superarlo... y procurar no distraerse —esperó hasta que él hubo vertido los huevos en una sartén para acercarse. Rodeándole la cintura con los brazos, apretó los labios contra su nuca—. No distraerse con nada. Y has puesto el fuego demasiado fuerte.

—¿Quieres los huevos tostados o más bien quemados?

Riendo, ella pasó las manos por su pecho.

—Tostados está bien. Tengo una botellita de burdeos blanco que podías haberle puesto a los huevos, pero, como no lo has hecho, creo que voy a servir un par de vasitos —dejó que él siguiera cocinando y, para cuando Blake hubo acabado, ella había untado con mantequilla las tostadas y había servidos dos vasos de vino—. Impresionante —dijo Summer al sentarse a la mesa de la cocina—. Y muy aromático.

—¿Y atractivo? —Blake vio cómo se servía ella huevos en su plato.

—Mucho, y... —Summer probó un bocado—. Sí, bastante bueno. Puede que te meta en el turno del desayuno, sólo por probar.

—Tal vez aceptara el empleo, si el menú básico fueran cereales fríos.

—Tienes que expandir tus horizontes —ella siguió comiendo, disfrutando de aquella comida sencilla y caliente—. Creo que se te daría bastante bien con unas cuantas lecciones rudimentarias.

—¿Me las darías tú?

Summer alzó su vino y sus ojos se rieron por encima del borde del vaso.

—Si quieres. Desde luego, no podrías tener mejor maestra.

Ella tenía aún el pelo revuelto alrededor de la cara. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus ojos brillantes tenían matices dorados. La bata amenazaba con deslizarse de sus hombros y dejaba al descubierto un incitante atisbo de su piel. Al igual que la pasión había desbaratado el control de Blake, sus sentimientos desbarataron por entero su razón.

—Te quiero, Summer.

Ella lo miró fijamente mientras su sonrisa se desvanecía poco a poco. No sabía qué estaba pasando en su interior. No parecía ser una sola sensación, sino una miríada de temores, ilusiones, dudas y anhelos. Ninguna de aquellas emociones parecía dominar sobre las otras. Estaban tan mezcladas y confundidas que Summer tuvo que hacer un esfuerzo por aislar alguna y aferrarse a ella. Sin saber qué hacer, dejó el vaso cuidadosamente sobre la mesa y se quedó mirando el vino que relucía en su interior.

—No era una amenaza —Blake la tomó de la mano y se la sujetó hasta que ella alzó la mirada—. No veo por qué te sorprende tanto.

Pero a ella la había sorprendido. Esperaba afecto. Eso era algo que podía controlar. Entendía que él la respetara. Pero el amor... Aquella era una palabra demasiado frágil. Una palabra demasiado fácil de romper. Y algo dentro de ella suplicaba que la aceptara. Summer luchó contra aquel sentimiento.

—Blake, yo no necesito oír esas cosas, como otras mujeres. Por favor...

—Puede que no —Blake no había empezado como pensaba, pero, ahora que lo había hecho, acabaría—. Pero necesito decírtelo. Hace mucho tiempo que lo necesito.

Ella pasó la mano por la de Blake y tomó de nuevo su vaso con nerviosismo.

—Siempre he pensado que las palabras son la primera cosa que puede dañar una relación.

—Cuando no se dicen —replicó Blake—. Es la falta de palabras, la falta de comunicación, lo que daña una relación. Lo que he dicho, no lo he dicho porque sí.

—Ya —Summer le creía. Quizá fuera el hecho de creerlo lo que acrecentaba sus temores. El amor, cuando se entregaba libremente, exigía retribución. Ella no estaba lista... Estaba segura de que no lo estaba—. Creo que lo mejor será que, si queremos que las cosas sigan como están, intentemos...

—Yo no quiero que las cosas sigan como están —la interrumpió él. Blake hubiera preferido enfadarse a sentir aquel pánico que empezaba a apoderarse de él. Se tomó un momento para intentar calmar sus emociones—. Quiero que te cases conmigo.

—No —el miedo de Summer estalló de pronto. Se levantó lentamente, como si así pudiera borrar aquellas palabras, poner distancia—. No, es imposible.

—Es posible —Blake también se levantó. No estaba dispuesto a que se apartara de él—. Quiero que compartas mi vida, mi nombre. Quiero tener hijos contigo y verlos crecer a tu lado.

—Basta —ella levantó una mano, intentando detenerlo. Sus palabras la estaban conmoviendo, y ella sabía que sería muy fácil decir que sí y cometer aquel último error.

—¿Por qué? —antes de que ella pudiera impedirlo, Blake tomó su cara entre las manos—. ¿Porque te da miedo reconocer que tú también quieres?

—No, no quiero. No creo en el matrimonio. No es más que una licencia que cuesta unos cuantos dólares. Un trozo de papel. Por unos cuantos miles de dólares más, se puede obtener una sentencia de divorcio. Otro trozo de papel.

Blake la sentía temblar y se maldecía por no haber sabido cómo abordar la cuestión.

—Tú sabes que no es así. El matrimonio consiste en dos personas que se hacen promesas mutuamente y que se esfuerzan por mantenerlas. Divorciarse es darse por vencido.

—A mí no me interesan las promesas —desesperada, ella apartó las manos de Blake de su cara y retrocedió—. No quiero que me hagan promesas, y no quiero hacerlas. Soy feliz tal como estoy. Tengo que pensar en mi carrera.

—Eso no es suficiente para ti, los dos lo sabemos. No me digas que no sientes nada por mí. Lo noto. Cada vez que estamos juntos lo veo en tus ojos. Más cada vez.

Maldita sea, Summer, ya he esperado bastante. Si no he elegido el mejor momento, no he podido evitarlo.

—¿El mejor momento? —ella se pasó una mano por el pelo—. ¿De qué estás hablando? ¿Estabas esperando? —dejando caer las manos, empezó a pasearse por la habitación—. ¿Esto formaba parte de tus planes a largo plazo? ¿Lo tenías todo pensado, meticulosamente organizado? Oh, ya comprendo —dejó escapar un suspiro tembloroso y se giró bruscamente para mirarlo—. ¿Te sentaste en tu despacho y trazaste una estrategia punto por punto? ¿En esto consistía fijarse una meta, allanar el camino, seguir adelante?

—No seas absurda.

—¿Absurda? —replicó ella—. No, creo que no lo soy. Has jugado muy bien tus cartas, desarmándome, confundiéndome, mostrándote encantador y comprensivo. Paciencia tienes mucha. ¿Estabas esperando pillarme en un momento bajo? —su respiración se hacía cada vez más trabajosa. Hablaba atropelladamente—. Deja que te diga algo, Blake. Yo no soy una cadena hotelera que puedas comprar esperando a que el mercado esté maduro.

En cierto modo, Summer había sido extremadamente precisa. Y ello hizo que Blake se pusiera a la defensiva.

—Maldita sea, Summer, quiero casarme contigo, no comprarte.

—En mi opinión, esas palabras significan a menudo lo mismo. Pero esta vez los planes te han salido mal, Blake. No hay trato. Ahora, quiero que me dejes en paz.

—Tenemos muchas cosas de que hablar.

—No, no tenemos nada de que hablar. Al menos, sobre este asunto. Trabajo para ti, según los términos del contrato. Eso es todo.

—Que se vaya al infierno el contrato —él la tomó de los hombros y la zarandeó, exasperado—. Y tú también, por ser tan testaruda. Te quiero. Eso no es algo que puedas apartar a un lado como si no existiera.

Para sorpresa de ambos, sus ojos se llenaron de lágrimas bruscamente.

—Déjame en paz —logró decir mientras se le saltaban las lágrimas—. Déjame en paz.

Sus lágrimas hicieron flaquear a Blake.

—No puedo hacerlo —pero la soltó a pesar de que deseaba abrazarla—. Te daré algo de tiempo, puede que los dos lo necesitemos, pero tenemos que volver a hablar de esto.

—Vete —ella nunca lloraba delante de los demás. A pesar de que intentaba contenerse, las lágrimas se le escapaban—. Vete de una vez —se dio la vuelta y se apartó de él, abrazándose hasta que oyó que la puerta se cerraba.

Entonces miró a su alrededor y comprendió que, a pesar de que Blake se había ido, su presencia estaba por todas partes. Dejándose caer en el sofá, se echó a llorar, deseando estar en otra parte.

Summer no había ido a Roma por las iglesias, las fuentes o el arte. Ni por la historia o la cultura. Mientras iba en un taxi del aeropuerto a la ciudad, la atraían más las calles atestadas de gente y el bullicio que las antigüedades. Tal vez se había quedado demasiado tiempo en Estados Unidos. Europa eran coches veloces, palacios

y ruinas. Necesitaba estar en Europa otra vez, se dijo. Pero, al pasar a toda velocidad junto a la fontana de Trevi, se acordó de Filadelfia.

Unos días fuera, se decía. Sólo unos días fuera, haciendo lo que mejor se le daba, y volvería a recuperar la perspectiva. Había cometido un error con Blake. Sabía desde el principio que aquello era una equivocación. Ahora, tenía que romper su relación, rápidamente y por completo. Él le agradecería sin que pasara mucho tiempo el que hubiera impedido que cometiera un error aún mayor. Casarse con ella... Sí, Summer imaginaba que pronto, al cabo de unas pocas semanas, Blake se sentiría profundamente aliviado.

Recostada en el asiento del taxi, veía pasar Roma y se sentía más desgraciada de lo que se había sentido nunca.

Cuando el taxi se detuvo rechinando junto a la acera, salió y se quedó parada un momento, una mujer esbelta con sombrero de fieltro blanco y chaqueta y un bolso de piel de serpiente colgado descuidadamente del hombro. Iba vestida como una mujer mundana y con experiencia. En sus ojos, sin embargo, había una niña perdida.

Pagó mecánicamente al taxista, recogió sus maletas y se dio la vuelta. Eran poco más de las diez de la mañana en Roma, y ya hacía calor bajo un cielo espectacular. Recordó que, al marcharse de Filadelfia, había tormenta. Subió las escaleras de un edificio antiguo y distinguido y llamó enérgicamente cinco veces. Tras una espera razonable, volvió a llamar con más fuerza.

Cuando la puerta se abrió, se quedó mirando al hombre vestido con una bata corta de seda. Estaba bordada, notó, con plumas de pavo real. A cualquier otro hombre le habría quedado ridícula. Él tenía el pelo revuelto y los ojos medio cerrados. Una sombra de barba le cubría las mejillas.

—Hola, Carlo. ¿Te he despertado?

—¡Summer! —Carlo se tragó la retahíla de improperios en italiano que tenía en la punta de la lengua y la abrazó—. Menuda sorpresa, ¿no? —la besó sonoramente dos veces y luego se apartó—. Pero ¿por qué vienes a dármele al amanecer?

—Son más de las diez.

—A las diez está amaneciendo cuando uno se ha acostado a las cinco. Pero pasa, pasa. No se me ha olvidado que venías al cumpleaños de Gravan ti.

Por fuera, la casa de Carlo era distinguida. Por dentro, era opulenta. Dominado por el mármol y el oro, el vestíbulo sólo mostraba un atisbo de su gusto por el lujo. Atravesaron unos arcos y pasaron al salón, lleno grandes y pequeños tesoros. La mayoría se los habían regalado clientes agradecidos... o mujeres. Carlo tenía la habilidad de elegir amantes que seguían mostrándose amables cuando ya no eran amantes.

Había cortinas de brocado en las ventanas, alfombras orientales en el suelo y un Tintoretto en la pared. Los dos sofás estaban tan cargados de cojines que uno podía sumergirse en ellos. Junto a uno de ellos había un león sentado de alabastro de casi un metro de altura. Los cristales de la lámpara de araña de tres brazos lanzaban destellos de luz refractada.

Summer pasó un dedo por una jarra de delicada porcelana azul y blanca.

—¿Es nueva?

—Sí.

—¿Medici?

– Claro. Regalo de... una amiga.

– Tus amigas son siempre sumamente generosas.

El sonrió.

– Yo también.

– ¿Carlo?

La voz pastosa e impaciente procedía de lo alto de las curvas escaleras de mármol. Carlo levantó la mirada, volvió a mirar a Summer y sonrió de nuevo. Summer se quitó el sombrero.

– Una amiga, supongo.

– Perdóname un momento, cara – dijo él mientras se dirigía a las escaleras –. Podrías irte a la cocina, a preparar café.

– Y quitarme del medio – concluyó Summer mientras Carlo desaparecía escaleras arriba. Se quedó mirando hacia la cocina y volvió a agarrar las maletas.

La cocina era tan espectacular como el resto de la casa y tan grande como una habitación media de hotel. Summer la conocía tan bien como la suya propia. Estaba decorada en colores ébano y marfil y parecía tener metros y metros de encimera. Tenía dos hornos, una nevera de tamaño industrial, dos pilas y un lavaplatos en el que podía lavarse la vajilla de una cena en una embajada. Carlo Franconi siempre hacía las cosas a lo grande.

Summer abrió un armario para tomar el café en grano y el molinillo. Llevada por un impulso, decidió hacer creps. Carlo, pensó, tal vez tardara un poco.

Cuando al fin bajó, ella estaba acabando de hacer los creps.

– Ah, bella, estás cocinando para mí. Me siento honrado.

– Me sentía un poco culpable por haberte despertado. Además... – puso los creps, rellenos de manzanas calientes y canela, en dos platos –, tengo hambre – puso los platos en una mesa de trabajo rayada mientras Carlo acercaba las sillas –. Debería disculparme por presentarme sin avisar. ¿Se ha enfadado tu amiga?

Él le lanzó una sonrisa mientras se sentaba.

– No confías mucho en mí, ¿eh?

– Scusi – ella le pasó la jarrita de la nata –. Así que vamos a trabajar juntos en la cena de Enrico.

– Yo voy a hacer carpaccio y espaguetis. Enrico tiene debilidad por mis espaguetis. Va todos los viernes a comer a mi restaurante – Carlo empezó a comerse el crep inmediatamente –. Y tú vas a hacer el postre.

– Una tarta de cumpleaños – Summer bebió café mientras su crep se enfriaba, intacto. De pronto se había quedado sin apetito –. Enrico me pidió algo especial, pensado sólo para él. Sabiendo lo vanidoso que es, y lo mucho que le gusta el chocolate y la nata batida, no me resultó muy difícil pensar algo.

– Pero la cena no es hasta dentro de dos días. Has llegado muy pronto, ¿no?

Ella se encogió de hombros y empezó a jugar con el café.

– Quería pasar unos días en Europa.

– Entiendo – Carlo, en efecto, creía entenderla. Summer tenía los ojos un tanto hundidos, un signo de problemas amorosos –. ¿Todo va bien por Filadelfia?

– La remodelación ya está hecha. La carta nueva ya está impresa. Creo que el personal de cocina va a hacerlo muy bien. Contraté a Maurice, el de Chicago. ¿Te acuerdas de él?

— Ah, sí, el del pato laminado.

— La carta es fantástica — continuó ella —. Como la que me gustaría servir a mí, si tuviera un restaurante. Creo que, cuando empecé a enfrentarme al papeleo, desarrollé cierto respeto por ti, Carlo.

— Papeleo... — él se acabó sus creps y empezó a mirar los de Summer —. Molesto, pero necesario. No estás comiendo, Summer.

— ¿Mmm? No, creo que estoy un poco aturdida por el vuelo — señaló su plato —. Adelante.

Tomándole la palabra, Carlo cambió los platos.

— ¿Resolviste tus problemas con Max?

Ella se tocó el brazo distraídamente. Los puntos, por fortuna, eran cosa del pasado.

— Nos las estamos apañando. Mi madre fue a visitarme unos días. Ella siempre deja huella.

— ¡Monique! ¿Y qué tal está?

— Ha vuelto a casarse — dijo Summer con sencillez, y alzó su café —. Con un director de cine, esta vez. Otro americano.

— ¿Está contenta?

— Naturalmente — el café era fuerte, mucho más fuerte que el americano, al que se había acostumbrado. Pensó, irritada, que para ella ya nada era como antes —. Dentro de unas semanas empiezan a rodar una película juntos.

— Quizás esta vez haya elegido bien. Un director de cine que comprende su temperamento artístico, sus necesidades... — dijo Carlo mientras comía morosamente la deliciosa mezcla de fruta y especias —. ¿Y qué tal está tu americano?

Summer dejó su café en la mesa y miró fijamente a Carlo.

— Quiere casarse conmigo.

Carlo se atragantó con un trozo de crep y agarró su taza.

— Pues... felicidades.

— No seas tonto — incapaz de permanecer sentada, Summer se levantó, metiéndose las manos en los bolsillos de la larga y amplia chaqueta —. No voy a casarme con él.

— ¿No? — Carlo se acercó al fogón y sirvió más café —. ¿Por qué no? ¿Le encuentras poco atractivo, quizá? ¿Tiene mal carácter? ¿Es idiota?

— Claro que no — impaciente, ella abría y cerraba las manos dentro de los bolsillos —. Eso no tiene nada que ver.

— Entonces, ¿qué es lo que pasa?

— No tengo intención de casarme con nadie. No quiero montarme en ese tiovivo.

— Puede que pases del anillito de oro porque te da miedo perderlo.

Ella alzó la barbilla.

— Ten cuidado con lo que dices, Carlo.

Él se encogió de hombros.

— Ya sabes que digo lo que pienso. Si querías oír otra cosa, no haber venido aquí.

— He venido porque quería pasar unos días con un amigo, no discutir sobre el matrimonio.

—Pues parece que este asunto te está quitando el sueño.

Ella volvió a dejar la taza sobre la mesa de golpe. El café se derramó por los lados.

—Ha sido un vuelo muy largo y he estado trabajando mucho. Y, sí, puede que todo esto me esté sacando de quicio —continuó antes de que Carlo pudiera hablar—. No esperaba esto de él, no quería que sucediera. Blake es un hombre honesto, y sé que, si dice que me quiere y que quiere casarse conmigo, lo dice en serio. De momento. Eso no significa que yo tenga que decirle que sí.

Carlo no se inmutó. Estaba acostumbrado a las emociones apasionadas de las mujeres, y le gustaban.

—¿Y tú? ¿Qué sientes por él?

Ella vaciló. Luego se acercó a la ventana. Desde allí podía ver el jardín de Carlo: un recinto apacible y aislado que servía como frontera entre la casa y las bulliciosas calles de Roma.

—Siento algo por él —murmuró—. Algo más fuerte de lo que me conviene. Pero, en todo caso, eso sólo significa que debo romper con él inmediatamente. No quiero hacerle daño, Carlo, y tampoco quiero sufrir.

—¿Tan segura estás de que sufrirías si te casaras con él? —Carlo le puso las manos sobre los hombros y se los apretó suavemente—. Cuando se analizan tanto las cosas, cara mía, se malgasta mucha vida. Tienes a alguien que te quiere, y, aunque no lo digas, yo creo que tú también lo quieres a él. ¿Por qué no lo reconoces?

—El matrimonio, Carlo —ella se dio la vuelta, muy seria—, no es para gente como nosotros, ¿no crees?

—¿Gente como nosotros?

—Estamos tan enfrascados en nuestro trabajo... Estamos acostumbrados a ir y venir donde se nos antoja y cuando se nos antoja. No tenemos que rendirle cuentas a nadie, ni que pensar en nadie, salvo en nosotros mismos. ¿No es por eso por lo que tú no te has casado nunca?

—Podría decir que soy un hombre generoso, creo, y que tengo la impresión de que sería demasiado egoísta otorgarle mis dotes a una sola mujer —Summer sonrió ampliamente, como él deseaba. Carlo le apartó el pelo de la cara con delicadeza—. Pero, tratándose de ti, te diré que la verdad es que nunca he encontrado a nadie que hiciera temblar mi corazón. Y he buscado. Si encontrara a esa mujer, iría corriendo por una licencia y un cura.

Suspirando, Summer regresó junto a la ventana. Las flores formaban un tapiz de colores tendido al sol.

—El matrimonio es un cuento de hadas, Carlo, lleno de príncipes, campesinas y sapos. He visto cómo se desvanecían muchos de esos cuentos de hadas.

—Cada cual escribe su propia historia, Summer. Una mujer como tú debe saberlo, porque es lo que has hecho siempre.

—Puede ser, pero esta vez no sé si tengo valor para pasar a la siguiente página.

—Tómate tu tiempo. No hay mejor lugar para pensar sobre la vida y el amor que Roma. Ni mejor compañía para ello que Carlo Franconi. Esta noche, voy a cocinar para ti. Unos linguini... —se besó la punta de los dedos— de morirse. Tú puedes hacerme uno de tus flanes, como cuando éramos estudiantes, ¿te acuerdas?

Volviéndose hacia él, Summer le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Sabes, Carlo?, si fuera de las que se casan, me casaría contigo, sólo por tu pasta.

Él sonrió.

—Carissima, ni siquiera mi pasta puede compararse con mi...

—Estoy segura de ello —lo interrumpió ella secamente—. ¿Por qué no te vistes y me llevas de compras? Tengo que comprar algo fantástico mientras estoy aquí. Aún no le hecho un regalo de boda a mi madre.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Blake encendió su mechero y observó cómo traspasaba la llama la oscuridad. Faltaba aún una hora para que amaneciera, pero había abandonado la idea de conciliar el sueño. Había dejado de intentar imaginarse qué estaba haciendo Summer en Roma mientras él permanecía allí sentado, despierto, en una suite vacía, pensando en ella. Si se iba a Roma...

No, se había prometido a sí mismo concederle un poco de espacio, sobre todo habida cuenta de lo mal que había abordado él la cuestión. Tenía que dejar que pasara algún tiempo, por el bien de ambos.

Más estrategia, pensó sarcásticamente, dándole una profunda calada al cigarrillo. ¿Se trataría únicamente de eso? A él siempre le habían gustado los desafíos, los problemas. Y Summer era ambas cosas, ciertamente. ¿Sería por eso por lo que la deseaba? Si ella hubiera accedido a casarse, él podría haberse felicitado por un plan perfectamente diseñado y llevado a cabo. Otra adquisición de los Cocharan. Maldita fuera.

Se levantó. Se puso a dar vueltas por la habitación. El humo del cigarrillo caracoleaba entre sus dedos y luego se disipaba en la penumbra. Sabía que las cosas no habían sucedido así, aunque ella pensara lo contrario. Si fuera cierto que había tratado todo aquel asunto como un problema que debía resolver cuidadosamente, se debía únicamente a que ésa era su forma de proceder en todo. Pero la quería, y, si estaba seguro de algo, era de que Summer también lo quería a él. ¿Cómo iba a superar él la barrera que ella había erigido entre ambos?

¿Volver a su vida de antes? Imposible. Se quedó mirando la ciudad mientras la oscuridad se iba desvaneciendo. Por el este, el cielo empezaba a aclararse con los primeros atisbos de rosa. De pronto se dio cuenta de que había contemplado demasiados amaneceres solo. Las cosas habían cambiado mucho para ambos, pensó. Quedaban demasiadas cosas en el tintero. No se podía desechar el amor por la simple conveniencia.

Se había mantenido alejado de ella durante una semana entera antes de que Summer se marchara a Roma. Le había resultado mucho más difícil de lo que esperaba, pero las lágrimas de Summer aquella noche le habían impulsado a hacerlo. Ahora se preguntaba si no habría sido otro error. Tal vez si hubiera ido a buscarla al día siguiente...

Sacudiendo la cabeza, se apartó de la ventana otra vez. Desde el principio, su error había sido intentar abordar la cuestión de manera lógica. El amor carecía de lógica. Y, sin la lógica, él perdía toda su ventaja.

Locamente enamorado. Sí, aquella expresión le parecía muy acertada. Todo era una locura, una incurable locura. Si Summer hubiera estado allí, él se lo habría demostrado. De alguna forma, cuando ella volviera, pensó con vehemencia, él derribaría aquella muralla piedra a piedra hasta que Summer se viera obligada a afrontar su propia locura.

Se sobresaltó al oír el teléfono. ¿Sería Summer?

— ¿Diga?

— ¿Blake? — la voz era demasiado morosa, demasiado francesa.

— Sí. ¿Monique?

— Siento molestarte, pero siempre se me olvida cuántas horas de diferencia hay entre una costa y otra. Estaba a punto de irme a la cama. ¿Tú estabas levantado?

— Sí — el sol iba alzándose lentamente; en la habitación reinaba una luz pálida. La mayor parte de la ciudad seguía durmiendo, pero él no dormía—. ¿Qué tal el vuelo de regreso a California?

— Me pasé casi todo el tiempo durmiendo. Por suerte, porque ha habido tantas fiestas... Qué poco ha cambiado Hollywood... Algunos nombres, algunas caras... Ahora, para ser glamourosa, una tiene que llevar las gafas de sol colgadas de una cinta. Mi madre solía llevarlas así, pero sólo para no perderlas.

Él sonrió.

— A ti no te hacen falta las modas para tener glamour.

— Eres un encanto — su voz era muy joven y jovial.

— ¿Qué puedo hacer por ti, Monique?

— Oh, qué amable. Primero, he de decirte que fue un placer alojarme en tu hotel otra vez. El servicio es siempre impecable. ¿Y el brazo de Summer? Mejor, ¿no?

— Eso parece. Está en Roma.

— Ah, sí, no me acordaba. Bueno, mi Summer siempre ha sido culo de mal asiento. La vi sólo un momento antes de irme. Parecía... preocupada.

El sintió que los músculos de su estómago se tensaban. Intentó relajarse.

— Ha estado trabajando mucho en la cocina.

Los labios de Monique se curvaron. «Éste no suelta prenda», pensó con aprobación.

— Sí, bueno, puede que vaya a verla muy pronto.

Tengo que pedirte un favor, Blake. Fuiste tan amable cuando estuve allí...

— Lo que quieras.

— La suite en la que me alojé, me pareció tan cómoda, tan agradable... Me pregunto si podrías reservármela otra vez, para dentro de dos días.

— ¿Dos días? — él arrugó el ceño, pero buscó automáticamente la pluma para anotarlo—. ¿Vas a venir otra vez?

— Soy tan tonta, tan... ¿cómo se dice?... tan distraída... Tengo que ocuparme de unos asuntos allí, y, con el accidente de Summer, se me olvidó por completo. Debo volver para atar unos cuantos cabos sueltos. ¿Y la suite?

— Desde luego, me encargaré de ello.

— Merci. Tal vez puedas hacer otra cosa por mí. El sábado por la noche daré una pequeña fiesta... Sólo unos cuantos amigos y un poco de vino. Te estaría muy agradecida si pudieras pasarte unos minutos. ¿Sobre las ocho?

En ese momento, no había nada que le apeteciera menos que asistir a una fiesta. Pero su cortesía le obligaba a aceptar. De nuevo anotó automáticamente la fecha y la hora.

— Iré encantado.

— Estupendo. Hasta el sábado, entonces. Au revoir.

Tras colgar el teléfono, Monique dejó escapar una risita. Ciertamente, ella era actriz, no guionista, pero su pequeña historia le parecía brillante. Sí, absolutamente brillante.

Agarrando de nuevo el teléfono, se dispuso a enviar un telegrama. A Roma.

Capítulo XII

Chérie, debo regresar a Filadelfia por un asunto pendiente antes de que empiece el rodaje. Estaré en mi suite del Cocharan House todo el fin de semana. El sábado por la noche doy una pequeña soirée. Ven a las 8:30. A bientôt. Mamá.

¿Qué estaría tramando ahora su madre? Summer leyó de nuevo el telegrama mientras cruzaba el Atlántico. ¿Un asunto pendiente? No se le ocurría ningún asunto pendiente que su madre pudiera tener en Filadelfia, a no ser que tuviera que ver con su segundo marido. Pero eso era agua pasada, y Monique siempre delegaba en otros sus asuntos de negocios. Solía decir que una buena actriz era en el fondo una niña y que no tenía cabeza para los negocios. Aquella era otra de las diabólicas artimañas que le permitían hacer exactamente lo que se le antojaba. Pero a Summer no se le ocurría por qué demonios quería volver Monique a la costa este.

Encogiéndose de hombros, volvió a guardar el telegrama en el bolso.

No le apetecía asistir a un cóctel cinco horas después. El día anterior se había superado confeccionando un pastel de cumpleaños con la forma del palacio de Enrico a las afueras de Roma, relleno de una deliciosa combinación de chocolate y nata. Había tardado doce horas en hacerlo. Y, por una vez, y sólo por insistencia del anfitrión, se había unido a la fiesta para tomar el champán y el postre. Le había parecido que le sentaría bien. La gente, el glamour, la atmósfera festiva... Sin embargo, sólo había servido para convencerla de que no tenía ganas de estar en Roma charlando con desconocidos y bebiendo vino. Quería volver a casa. Y su casa, por más que le sorprendiera pensarlo, estaba en Filadelfia.

No echaba de menos París, ni su pintoresco pisito en la Rive Gauche. Le apetecía estar en su apartamento del cuarto piso, en Filadelfia, donde había recuerdos de Blake en todos los rincones. Por más estúpida que se sintiera, seguía deseando a Blake.

Ahora, mientras volaba hacia su hogar, descubrió que eso no había cambiado. Era a Blake a quien deseaba ver cuando se hallara de nuevo en tierra. Era él a quien quería contarle todas las absurdas anécdotas que había oído en el salón de Enrico. Era la risa de Blake la que ansiaba oír. Era con Blake con quien quería acurrucarse ahora que la energía nerviosa que se había apoderado de ella durante los días anteriores empezaba a disiparse.

Suspirando, echó el asiento hacia atrás y cerró los ojos. Aun así, cumpliría con su deber e iría a la suite de su madre. Tal vez la pequeña fiesta de Monique le sirviera de distracción. Quizá fuera un respiro antes de volver a enfrentarse a Blake. A Blake, y a la decisión que había tomado.

B.C. pasó un dedo por la parte interior del cuello almidonado de su camisa, confiando en no parecer tan nervioso como se sentía. Ver a Monique otra vez después de tantos años... ¡Y tener que presentarle a Lillian! «Monique, mi mujer, Lillian. Lillian, Monique Dubois, una antigua amante. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?».

Aunque le gustaban los buenos chistes, aquél no le hacía ninguna gracia.

Al parecer, las transgresiones matrimoniales no prescribían. Ciertamente que sólo se había descarriado una vez, y ello durante una separación oficiosa de su esposa que lo había dejado furioso, amargado y lleno de temores. Pero, aun así, una vez cometido, un crimen era un crimen.

El quería a Lillian, siempre la había querido, pero no podía negar que su breve aventura con Monique había ocurrido. Y tampoco podía negar que había sido excitante, apasionada y memorable.

Nunca habían vuelto a tener contacto, aunque él la había visto una o dos veces cuando todavía se dedicaba activamente a los negocios. Pero hasta de eso hacía muchísimo tiempo. Así que, ¿por qué lo llamaba ella ahora, veinte años después, insistiendo en que fuera a su suite del Cocharan House en Filadelfia... ¡y con su esposa!? Se pasó un dedo por el cuello otra vez. Algo le impedía respirar. Monique sólo había dicho que se trataba de un asunto que concernía a la felicidad de sus respectivos hijos.

Aquello había obligado a B.C. a idear una razón convincente para regresar a la ciudad e insistir en que Lillian lo acompañara. Lo cual no había sido fácil, porque él se había casado con una mujer sumamente astuta e independiente.

—¿Vas a pasarte todo el día tirándote de la dichosa corbata? —B.C. se sobresaltó al oír a su mujer detrás de él—. Tranquilo —riendo, ella le sacudió la espalda de la chaqueta, alisándosela sobre los hombros—. Cualquiera diría que nunca has pasado una velada con una celebridad. ¿O es que las actrices francesas te ponen nervioso?

Aquella actriz francesa en particular, pensó B.C, volviéndose hacia su mujer. Siempre había sido hermosa, no tan bella como Monique, pero, aun así, encantadora, con aquel aire de serenidad que seguía conservando su atractivo a pesar de los años. Su pelo negro y lustroso estaba salpicado de gris aquí y allá, pero lo llevaba peinado de tal modo que los colores en contraste realzaban su semblante.

Lillian siempre había tenido estilo. Había sido su compañera, siempre se había mantenido a su lado, apoyándolo. Era una mujer fuerte. A él siempre le había hecho falta una mujer fuerte. Ella era la mejor compañera que un hombre podía desear. B.C. apoyó las manos sobre sus hombros y la besó con ternura.

—Te quiero, Lily —cuando ella le tocó la mejilla y sonrió, B.C. la tomó de la mano, sintiéndose como un condenado a muerte a punto de dar sus últimos pasos—. Será mejor que nos vayamos. Llegaremos tarde.

Blake colgó el teléfono, irritado. Estaba seguro de que Summer volvía esa tarde, pero, aunque había llamado a su casa una y otra vez durante más de una hora, no había obtenido respuesta. Se le había agotado la paciencia y no estaba de humor para bajar a la fiesta de Monique. Igual que había hecho su padre, empezó a tirarse de la corbata.

Cuando todo aquello acabara, cuando ella volviera, encontraría un modo de convencerla para que regresara con él. Encontraría esa maldita isla en el Pacífico, si hacía falta. La compraría y aprendería a hacer las labores domésticas. Compraría una cadena de pizzerías o de restaurantes de comida rápida. Tal vez así ella se diera por satisfecha.

Sintiéndose estúpido y un tanto mezquino, Blake salió despacio del apartamento.

Monique inspeccionó la suite y asintió con la cabeza. Las flores eran un detalle bonito. No demasiadas, sólo unos cuantos capullos aquí y allá para darle un leve aroma a jardín a la estancia. Un toque, sólo un toque de romanticismo. El vino se estaba enfriando, las copas relucían bajo la luz amortiguada. Y Max se había superado con los hors d'ouvres, decidió Monique. Un poco de caviar, un poco de paté, unos canapés diminutos... Todo muy elegante. Tenía que recordar hacer una visita a la cocina.

En cuanto a ella misma... Monique se tocó el moño pegado a la nuca. No era su estilo habitual, pero quería tener un aire de dignidad. Le daba la impresión de que la velada lo exigía. Sin embargo, sus pantalones de seda negra y su escotada blusa eran sexys y elegantes.

El decorado estaba dispuesto, se dijo. Ahora sólo hacían falta los actores...

Alguien llamó. Con una lenta sonrisa, Monique se acercó a la puerta. El primer acto estaba a punto de empezar.

— ¡B.C.! — su sonrisa era brillante; sus manos se extendieron hacia él —. ¡Qué maravilla verte otra vez después de tanto tiempo!

Monique estaba tan deslumbrante como siempre. No había modo de resistirse a aquella sonrisa. A pesar de que había decidido mostrarse muy frío y cortés, la voz de B.C. se suavizó.

— Monique, no has cambiado nada.

— Tú siempre tan encantador — ella se echó a reír y lo besó en la mejilla antes de volverse hacia la mujer que permanecía a su lado —. Tú debes de ser Lillian. Me alegro de que nos conozcamos al fin. B.C. me hablaba tanto de ti que tengo la impresión de que somos viejas amigas.

Lillian observó a la mujer a través del umbral y alzó una ceja.

— ¿Ah, sí?

«Ésta no es ninguna tonta», decidió Monique al instante.

— Pero de eso hace muchísimo tiempo, claro, así que tenemos que empezar a conocernos de nuevo desde el principio. Por favor, pasad. B.C, ¿tendrías la amabilidad de abrir una botella de champán?

Hecho un manojo de nervios, B.C. cruzó la habitación para cumplir su encargo. Le sentaría bien una copa. Pero habría preferido un whisky.

— Yo la he visto muchas veces, claro — comenzó a decir Lillian—. Creo que no me he perdido ninguna de sus películas, señorita Dubois.

— Llámame Monique, por favor — con un gesto sencillo y amable, sacó una rosa de uno de los jarrones y se la dio a Lillian—. Me siento muy halagada. De vez en cuando tengo ganas de retirarme. La última ha sido la que más me ha durado. Pero volver al cine es como volver con un antiguo amante.

El corcho salió despedido de la botella como un misil y rebotó en el techo. Monique agarró tranquilamente a Lillian del brazo. Por dentro se reía como una niña.

— Qué sonido tan emocionante, ¿verdad? Siempre me pongo contenta cuando oigo abrir una botella de champán. Tenemos que hacer un brindis, n'est-ce pas? — alzó una copa teatralmente—. Por el destino, creo — dijo—. Y por el extraño modo en que nos mezcla a todos — hizo chocar su copa con la de B.C. y luego con la de su mujer antes de beber—. Bueno, dime, B.C., ¿todavía te gusta navegar?

Él se aclaró la garganta, no sabiendo si mirar a su mujer o a Monique. Las dos lo estaban mirando fijamente.

— Eh, sí. En realidad, Lillian y yo acabamos de volver de Tahití.

— Qué encantador. Un lugar perfecto para los enamorados, ¿eh?

Lillian bebió un sorbo de vino.

— Perfecto.

— Et voila — dijo Monique cuando llamaron de nuevo a la puerta—. El siguiente invitado. Servios, por favor — empezaba ahora el segundo acto. Monique se acercó a la puerta sin prisa—. Blake, eres muy amable por haber venido. Estás guapísimo.

— Monique — Blake tomó la mano que ella le tendía y se la llevó a los labios mientras intentaba calcular cuánto tiempo tendría que quedarse—. Bienvenida otra vez.

— Prometo no abusar de tu hospitalidad. Creo que mis otros invitados van a sorprenderte — dijo ella, indicándole que entrara.

Las últimas dos personas que Blake esperaba encontrar en la suite de Monique eran sus padres. Cruzó la habitación y se inclinó para besar a su madre.

— Vaya, sí que estoy sorprendido. No sabía que estabais aquí.

— Llegamos hace un rato — Lillian le dio una copa de champán—. Llamamos a tu habitación, pero la línea estaba ocupada.

¿Qué demonios pretendía aquella mujer?, se preguntó Lillian cuando Monique se reunió con ellos.

— Ah, la familia — dijo Monique exageradamente, sirviéndose un poco de caviar—. Me encantan las familias unidas. He de decirlo a los dos que admiro mucho a vuestro hijo. El joven Cocharan mantiene el pabellón muy alto, ¿no es cierto?

Por un instante, sólo por un instante, los ojos de Lillian se achicaron. Quería saber a qué pabellón en concreto se refería la actriz francesa.

— Estamos muy orgullosos de Blake — dijo B.C. con cierto alivio—. No sólo ha logrado mantener el patrimonio de los Cocharan, sino que lo ha multiplicado. Lo de la cadena Hamilton ha sido un golpe magnífico — brindó por su hijo—. Magnífico. ¿Qué tal va la reforma de la cocina?

— Muy bien — a Blake no le apetecía hablar de aquello—. Mañana empezamos a servir la nueva carta.

—Entonces, hemos llegado justo a tiempo —comentó Lillian—. Así seremos de los primeros en probarla.

—¿No es increíble la coincidencia? —le preguntó Monique a Lillian mientras le ofrecía la bandeja de los canapés.

—¿Coincidencia?

—Oh, es curiosísimo. Es mi hija quien dirige la cocina de tu hijo.

—Tu hija —Lillian miró a su marido—. No lo sabía.

—Es una cocinera excelente. ¿No estás de acuerdo, Blake? Summer suele cocinar para él —añadió con una sonrisa intencionada antes de que Blake pudiera decir nada.

Lillian se llevó la rosa a la nariz. Qué interesante.

—¿De veras?

—Una chica encantadora —dijo B.C.—. Se parece a ti, Monique, aunque resulte difícil creer que tengas una hija tan mayor.

—Yo me llevé una auténtica sorpresa cuando conocí a tu hijo —ella le sonrió—. ¿No es extraño cómo acaban las cosas?

B.C. se aclaró la garganta y sirvió un poco más de vino.

Unas semanas antes, Blake se había preguntado qué mensajes secretos intercambiaban Summer y su padre. En ese momento, no le costaba ningún trabajo adivinar lo que su padre y Monique no se decían en voz alta. Miró primero a su madre y la vio bebiendo champán tranquilamente.

¿Su padre y la madre de Summer? ¿Cuándo?, se preguntaba mientras intentaba hacerse a la idea. Hasta donde le alcanzaba la memoria, sus padres habían sido devotos amantes, casi inseparables. No. De pronto recordó una época breve y turbulenta durante sus años de adolescencia. La casa estaba llena de tensión, de discusiones en voz baja. Luego B.C. se había ido dos semanas... ¿o habían sido tres? Un viaje de negocios, le había dicho su madre, pero incluso entonces él se había dado cuenta de que no era así. Ahora... ahora tenía una idea más clara de dónde había pasado su padre al menos parte de aquellos días. Y con quién.

Se fijó en la mirada de su padre, incómoda y casi desafiante. El pobre, pensó Blake, estaba pagando por un desliz que había cometido dos décadas antes. Vio que Monique sonreía lentamente. ¿Qué demonios pretendía?

Antes de que la ira tomara forma, Monique posó una mano sobre su brazo. Con aquel gesto, parecía pedirle que esperara, que tuviera paciencia. Entonces llamaron otra vez a la puerta.

—Ah, discúlpame. ¿Sirves otra copa? —le preguntó a B.C.—. Esta noche, tenemos otro invitado.

Cuando abrió la puerta, Monique se sintió sumamente complacida al ver a su hija. Su sencillo vestido de seda de color jade era suave, estrecho y sutilmente insinuante. Hacía que su leve palidez resultara muy romántica.

—Chérie, cuánto me alegro de que no me hayas decepcionado.

—No puedo quedarme mucho tiempo, mamá. Tengo que dormir un poco —le entregó una caja con un lazo rosa—. Pero quería traerte tu regalo de boda.

—Eres un cielo —Monique la besó ligeramente en la mejilla—. Yo también tengo algo para ti. Algo que confío guardarás como un tesoro —haciéndose a un lado, hizo pasar a Summer.

«Así no», pensó Summer desesperada cuando, al ver a Blake, sintió un estremecimiento de asombro que la recorrió por entero. Quería prepararse, descansar, sentirse segura. No quería verlo allí, en ese momento. Y, además, con sus padres... Todo aquello era absurdo.

— Esto no tiene gracia, mamá — murmuró en francés.

— Al contrario, puede que sea lo más importante que he hecho nunca. B.C. — dijo Monique alegremente —, ya conoces a mi hija, ¿no?

— Sí, claro — con una sonrisa, B.C. le dio a Summer una copa de champán —. Me alegro de verte otra vez.

— Ésta es la madre de Blake — continuó Monique —. Lillian, permíteme presentarte a mi única hija, Summer.

— Encantada de conocerte — Lillian le dio la mano afectuosamente. No era ciega, y había visto la mirada de asombro que habían intercambiado su hijo y la hija de la actriz francesa. Una mirada sorprendida, anhelante e indecisa. Si Monique había preparado el escenario para aquel encuentro, Lillian haría cuanto pudiera por ayudarla —. Acabo de enterarme de que eres chef y de que has hecho la carta que probaremos mañana.

— Sí — Summer buscó algo que decir —. ¿Qué tal su viaje en barco? A Tahití, ¿no?

— Lo hemos pasado de maravilla, aunque B.C. se cree que es el capitán Ahab en cuanto me descuido.

— Tonterías — B.C. deslizó el brazo alrededor de los hombros de su esposa —. Ésta es la única mujer a la que le he confiado el timón de uno de mis barcos.

«Se adoran», pensó Summer, sorprendida. Llevaban casi cuarenta años casados, y estaba claro que habían tenido sus más y sus menos. Y, sin embargo, se adoraban.

— ¿No es maravilloso que un hombre y una mujer puedan compartir sus intereses y, sin embargo, ser personas independientes? — Monique les lanzó una sonrisa radiante y luego miró a Blake —. Estarás de acuerdo conmigo en que esas cosas mantienen juntos a un hombre y una mujer, aunque tengan que afrontar malas rachas y malentendidos.

— Desde luego — él miró fijamente a Summer —. Es una cuestión de amor, de respeto y quizá de... optimismo.

— ¡Optimismo! — a Monique, aquella palabra le pareció perfecta —. Sí, eso me gusta. Yo, por supuesto, siempre soy optimista. Quizá demasiado. Me he casado cuatro veces, al fin y al cabo — se rió de sí misma —. Claro, que creo que yo lo primero que busco, y quizá lo único, es romanticismo. ¿No crees, Lillian, que es un error buscar otra cosa?

— Todos buscamos romanticismo, amor, pasión... — Lillian tocó suavemente el brazo de su marido, en un gesto tan natural que ninguno de los dos lo notó —. Y respeto, claro. Aunque supongo que yo añadiría dos cosas — alzó la mirada hacia su marido —. Tolerancia y tenacidad. Un matrimonio necesita todas esas cosas.

Ella lo sabía. Al ver la mirada de su esposa, B.C. comprendió que siempre lo había sabido. Lo sabía desde hacía veinte años.

—Qué maravilla —satisfecha de sí misma, Monique dejó su regalo sobre la mesa—. Éste es el momento perfecto para abrir mi regalo de bodas. Esta vez, pienso poner en práctica todas esas cosas.

Summer quería marcharse. Se decía que sólo tenía que darse la vuelta y caminar hacia la puerta. Pero permanecía clavada en el suelo, con los ojos fijos en los de Blake.

—Oh, es precioso —Monique alzó con reverencia el diminuto tióvivo. Los caballos eran de marfil recamados en oro. Cada uno de ellos perfecto, único. Al girar la base, se oía un romántico preludio de Chopin—. Pero, querida, es perfecto. Un carrusel para celebrar un matrimonio. Los caballos deberían llamarse Romanticismo, Amor, Tenacidad y así sucesivamente. Lo guardaré como un tesoro.

—Yo... —Summer miró a su madre y de pronto sintió que ninguno de sus errores le importaba—. Que seas muy feliz, mamá.

Monique le tocó la mejilla con la punta de un dedo y luego la rozó con los labios.

—Tú también, mignonne.

B.C. se inclinó para susurrar al oído de su mujer:

—Lo sabes, ¿verdad?

Divertida, ella alzó su copa.

—Por supuesto —contestó en voz baja—. Nunca has podido ocultarme nada.

—Pero...

—Lo sabía ya entonces y te odié durante casi un día entero. ¿Recuerdas de quién fue la culpa? Yo ya no.

—Dios, Lily, no sabes lo culpable que me sentía. Esta noche, he estado a punto de ahogarme de...

—Bien —dijo ella con sencillez—. Ahora, viejo tonto, salgamos de aquí para que estos chicos puedan aclarar las cosas. Monique... —extendió la mano, y, cuando sus manos se tocaron y sus ojos se encontraron, entre ellas pasaron cosas que nunca serían dichas en voz alta—. Gracias por una velada encantadora, y mis mejores deseos para ti y tu marido.

—Lo mismo digo —con una sonrisa melancólica, Monique le tendió los brazos a B.C.—. Au revoir, mon ami.

Él aceptó el abrazo, sintiéndose como un condenado al que acaban de indultar. Lo único que deseaba era subir a su habitación y demostrarle a su esposa cuánto la amaba.

—Tal vez mañana podamos comer juntos —dijo distraídamente dirigiéndose a todos en general—. Buenas noches.

Monique se echó a reír en cuanto la puerta se cerró tras ellos.

—El amor siempre me hace reír. Bueno —de pronto, se puso a envolver de nuevo el regalo y lo guardó en la caja—. Mis maletas están abajo y mi avión sale dentro de una hora.

—¿Una hora? —preguntó Summer—. Pero...

—Ya he resuelto el asunto que tenía pendiente —guardándose la caja bajo el brazo, se puso de puntillas para besar a Blake—. Eres muy afortunado por tener unos padres tan maravillosos —luego besó a Summer—. Y tú también, cielo mío, aunque no estuvieran hechos para ser marido y mujer. La habitación está pagada y el

champán aún está frío — se dirigió hacia la puerta, dejando un rastro de olor a París a su paso. Deteniéndose en el umbral, miró hacia atrás —. Bon appétit, mes enfants.

Cuando la puerta se cerró, Summer se quedó donde estaba, sin saber si deseaba aplaudir o romper algo.

— Menuda actuación — comentó Blake —. ¿Más vino?

Ella podía mostrarse tan amable y despreocupada como él.

— De acuerdo.

— ¿Qué tal en Roma?

— Mucho calor.

— ¿Y tu tarta?

— Magnífica — alzando su copa llena, Summer se apartó un poco de él —, ¿Por aquí va todo bien?

— Sí, sorprendentemente bien. Aunque creo que a todo el mundo le alegrará que estés aquí para el estreno de mañana. Dime... — bebió un sorbo de champán, saboreándolo —, ¿cuándo te enteraste de que tu madre y mi padre habían tenido una aventura?

«Qué directo», pensó Summer. Bueno, ella también podía serlo.

— Cuando pasó. Yo era muy pequeña, pero los niños son muy listos. Podría decirse que entonces lo sospechaba. Pero me convencí de ello la primera vez que le mencioné a tu padre el nombre de mi madre.

Él asintió con la cabeza, recordando aquel encuentro en su despacho.

— ¿Te molestó?

— Fue un tanto embarazoso — ella movió los hombros, inquieta.

— Y estabas decidida a que la historia no se repitiera.

— Puede ser.

— Claro que, en cierto modo, se repitió.

Intentando aparecer despreocupada, Summer untó un poco de caviar en una tostada.

— Sí, pero ninguno de nosotros estaba casado.

Como si estuviera en un cóctel cualquiera, Blake eligió un canapé.

— Supongo que sabrás por qué ha hecho tu madre todo esto.

Summer sacudió la cabeza cuando él le ofreció la bandeja.

— Monique siempre tiene que hacer una escena. Ella montó el escenario y trajo a los actores para demostrarme, creo, que, aunque puede que no sea perfecto, el matrimonio puede ser duradero.

— ¿Y lo ha conseguido? — al ver que ella no decía nada, Blake dejó su copa. Era hora de que dejaran de soslayar la cuestión, hora de que dejaran de hablar de generalidades —. No ha habido una sola hora desde la última vez que te vi que no haya pensado en ti.

Sus ojos se encontraron. Ella sacudió la cabeza débilmente.

— Blake, creo que no debemos...

— Maldita sea, ahora vas a escucharme, Summer. Estamos bien juntos. No me digas que tú no lo piensas. Tal vez tuviera razón sobre el modo en que planeé mi... mi cortejo — dijo, a falta de una palabra mejor —. Tal vez me comporté con cierta prepotencia. Estaba seguro de que, si esperaba el momento adecuado, conseguiría exactamente lo que quería con el mínimo esfuerzo. Tenía que estar seguro o me

habría vuelto loco intentando darte tiempo para que comprendieras lo que puede haber entre nosotros.

—Yo fui demasiado dura esa noche —ella cruzó los brazos y luego los dejó caer—. Te dije esas cosas porque me asustaste. Pero no las sentía. O, al menos, no todas.

—Summer... —él le acarició la mejilla—, yo sentía todo lo que te dije esa noche. Ahora mismo te deseo tanto como la primera vez.

—Estoy aquí —ella dio un paso hacia él—. Estamos solos.

El deseo se agitó dentro de Blake.

—Quiero que hagamos el amor, pero no hasta que sepa qué es lo que quieres de mí. ¿Sólo quieres unas cuantas noches, unos cuantos recuerdos, como los que tienen nuestros padres?

Ella se apartó de nuevo.

—No sé cómo explicarlo.

—Dime qué es lo que sientes.

Ella se tomó un momento para intentar calmarse.

—Está bien. Cuando cocino, elijo este o aquel ingrediente. Dispongo de mis propias manos, de mi talento, y, juntando ambas cosas, hago algo perfecto. Si no me parece perfecto, lo tiro a la basura. Tengo poca paciencia —se detuvo un momento, preguntándose si él podía comprender aquella analogía—. Pensaba que, si alguna vez decidía embárcame en una relación seria, elegiría este ingrediente y aquél y los mezclaría. Pero sabía que nunca sería perfecto. Así que... —dejó escapar un largo suspiro—, me preguntaba si debía tirarlo a la basura.

—Una relación de pareja no es algo que se haga en un día, ni que se perfeccione en un día. El juego consiste en parte en esforzarse por conseguirlo. Cincuenta años no bastan.

—Eso es mucho tiempo para esforzarse por algo que siempre tendrá defectos.

—¿Te parece un desafío demasiado grande?

Ella se dio la vuelta bruscamente y luego se quedó parada.

—Me conoces muy bien —murmuró—. Demasiado bien. Puede que incluso más de lo que te conviene.

—Te equivocas —dijo él con calma—. Tú eres lo que me conviene.

La boca de Summer se abrió, temblando, y luego volvió a cerrarse.

—Por favor —logró decir—, quiero acabar. Cuando estaba en Roma, intentaba convencerme de que eso era lo que quería. Volar de acá para allá sin tener que preocuparme de nadie, más que de mí misma y del siguiente plato que tenía que hacer. Cuando estaba en Roma —añadió con un suspiro—, me sentía más desgraciada de lo que me había sentido en toda mi vida.

El no pudo evitar sonreír.

—Lamento saberlo.

—No, creo que no lo lamentas en absoluto —dándose la vuelta, ella comenzó a trazar el borde del vaso con la punta del dedo—. En el avión, me decía que, cuando volviera, hablaríamos como dos personas sensatas. Resolveríamos la situación de la mejor manera posible. Imaginaba que seguiríamos como antes. Juntos, pero sin ataduras, o quizás incluso sin compartir intimidad alguna —alzó la copa y bebió un sorbo del líquido frío y espumoso—. Esta noche, cuando entré aquí y te vi, supe que

eso sería imposible. No podemos seguir viéndonos como antes. Al final, los dos acabaríamos sufriendo.

—No vas a salir de mi vida.

Dándose la vuelta, Summer se acercó a él.

—Lo haría, si pudiera. Y, maldita sea, no eres tú quien me lo impide. Soy yo misma. Ni tu lógica, ni tus artimañas podrían haber cambiado lo que había dentro de mí. Sólo yo podría cambiarlo. Sólo lo que siento podría cambiarlo —Summer tomó sus manos y respiró hondo—. Quiero montarme en ese tiovivo contigo. Quiero intentarlo.

Las manos de Blake se deslizaron por sus brazos y se hundieron entre su pelo.

—¿Por qué? Dime por qué.

—Porque en algún momento entre el instante en que apareciste en mi puerta y éste, me enamoré de ti. Aunque sea una estupidez, quiero que nos demos una oportunidad.

—Lo conseguiremos —Blake buscó su boca y, cuando sintió temblar a Summer, comprendió que se debía tanto a los nervios como a la pasión—. Si quieres, podemos darnos un periodo de prueba —empezó a besar su cara—. Hasta podemos firmar un contrato... Es más práctico.

—¿Un periodo de prueba? —ella empezó a apartarse de él, pero Blake la sujetó con fuerza.

—Sí, y, si durante el periodo de prueba uno de los dos quiere divorciarse, sólo tendrá que esperar a que finalice el plazo del contrato.

Ella arrugó el ceño. ¿Cómo podía ponerse a hablar de negocios en un momento así? ¿Cómo se atrevía? Alzó la barbilla, desafiante.

—¿Cuál sería el plazo del contrato?

—Cincuenta años.

Riendo, Summer le echó los brazos al cuello.

—Trato hecho. Lo quiero por escrito mañana mismo, y por triplicado. Pero esta noche... —empezó a besarle los labios mientras metía las manos bajo su chaqueta—. Esta noche, sólo somos amantes. Amantes de verdad, ahora. Y la suite es nuestra hasta mañana.

El beso fue largo... lento... suave...

—Recuérdame que le envíe a Monique una caja de champán —dijo Blake, tomándola en brazos.

—Hablando de champán... —inclinándose, ella recogió las dos copas medio llenas que había encima de la mesa—. No podemos permitir que pierda las burbujas. Y luego —prosiguió mientras Blake la llevaba hacia el dormitorio—, mucho más tarde, quizá pidamos una pizza.

Fin